

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ



*Llamas*



PARA MI **CORAZÓN**

*Llamas*   
PARA MI **CORAZÓN**

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ



*Llamas*  
PARA MI **CORAZÓN**

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

Llamas para mi corazón

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Llamas para mi corazón

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



Iba caminando hacia casa tranquilamente. Una de las mejores cosas que destacaría de mi trabajo de bombero es, aparte de las muchas satisfacciones que te reporta, el tiempo libre del que permite disfrutar una vez acabadas las extenuantes jornadas de trabajo.

Cuando estás en el tajo, has de darlo todo. Cualquier emergencia puede poner a quien la sufre al borde de la muerte y tú debes actuar con los cinco sentidos para tratar de salvar la vida de esa persona.

Algo que también me gustaría destacar es que la de bombero ha de ser una profesión vocacional, así como que quien lo es, nunca deja de serlo. Me refiero a que no es el típico trabajo en el que, una vez que sales de tu puesto, te olvidas de tu condición.

Al menos yo no lo veo así. Y me tocó demostrarlo aquella tarde en la que oí gritos en el interior de una vivienda, un tercer piso de un bloque perteneciente a una calle de mi barrio, en el que yo me encontraba haciendo la compra

Tiré de inmediato la bolsa y me dirigí hacia la vivienda en cuestión. La mujer, porque los gritos los profería una adorable ancianita, chillaba ¡Fuego, fuego! Por esa razón, era evidente que su vida estaba en peligro y que yo haría cuanto estuviese en mi mano para salvarla.

Un vecino ya estaba en la puerta de su vivienda cuando subí las escaleras a la velocidad del rayo, pues en casos así hay que evitar los ascensores.

Me encontraba en forma y tan solo se trataba de un tercer piso, por lo que llegué fresco cual lechuga.

—¡Soy bombero! —le chillé—. Apártese, por favor...

Yo acababa de llamar a mis compañeros para que llegasen a la mayor brevedad posible, pero unos minutos tenían por delante.

—Se trata de Andrea, dice que el fuego está en la cocina, pobre mujer—me informó su vecino echándose las

manos a la cabeza—. Tiene cerrado con llave porque no ha salido en todo el día y la cocina está al lado de la entrada, no se atreve a acercarse.

—¿Muy cerca?

—Mucho, es lo primero que te encuentras a mano derecha en cuanto abres la puerta, en el pasillo. Debe ser un horno...

—Sí, el calor se nota desde aquí, maldita sea—le dije calibrando la situación y mientras los gritos de la anciana ponían cada uno de mis vellos de punta.

—¿Qué podemos hacer? Esta mujer se va a achicharrar. El fuego no tardará en propagarse por toda la vivienda—se lamentaba el vecino, quien también era muy mayor y luego me enteré de que se llamaba Nicolás—. Por Dios, qué desgracia, con lo buena que es. Y encima con sus problemas respiratorios, qué calamidad.

—Dígale que retroceda, que se vaya para la terraza. Escalaré por la fachada.

—¿Estás loco? No puedes hacer eso. Podrías caerte y...

—El portón es blindado. No puedo tirarlo a cabezazos, como usted comprenderá. Haga lo que le digo, por favor.

Bajé a la misma velocidad a la que había subido. No había tiempo que perder...

l.

El resto de los vecinos habían ido desalojando el bloque, permaneciendo todos ellos debajo de la terraza de Andrea. Aún es más complicado cuando le pones nombre a la persona, cuando parece que la pérdida será mayor s no atinas en tus funciones, cuando...

Miré el reloj y apenas había pasado un minuto. Si me lo pensaba, la mujer podía fallecer porque su cocina debía ¡llamear más que la del infierno y la cosa se estaba poniendo al rojo vivo, nunca mejor dicho. Y encima con problemas respiratorios. Si los pulmones de la anciana seguían recibiendo esa incesante emanación de humo, estaba perdida.

Comencé a escalar sin pensarlo, mientras los vecinos contenían la respiración.

—No, por Dios, que eres muy joven y muy guapo. Seguro que ya llegan los bomberos—me dijo una señora mientras comenzaba mi ascenso y ella me cogía del brazo.

Pese a la enorme concentración que requería el momento, a la que acompañaba una tensión de espanto, esboqué una sonrisa por lo de “muy guapo”. O sea, que, si fuese feo, otro gallo cantaría y que me dieran morcillas.

En fin, que, apoyándome en las rejas del bajo, seguí con el ascenso porque la estrechez de las calles del centro histórico en el que nos encontrábamos no permitiría a mis compañeros avanzar a la velocidad deseada.

Los vecinos, así como los muchos curiosos que se dieron cita en la calle, contuvieron el aliento al contemplar la maniobra. Yo confiaba en mí mismo y en que podría hacerlo, por lo cual no miré hacia abajo mientras ascendía en dirección a esa terraza que estaba deseando alcanzar.

No fue fácil y más cuando, al pasar del segundo a la de Andrea, sufrí un resbalón de esos que hacen que ante ti pasen mogollón de momentos de tu vida, rollo diapositivas de las antiguas.

El clamor fue general y, si ya estaba sudando, no digamos lo que sudé en ese instante que me vi en el aire. Con muchos reflejos, logré alcanzar el barandal de Andrea y, de un salto, ya estaba en su terraza.

La gente empezó a aplaudir como loca, enfervorizada cuando yo aún no me las prometía tan felices. Por las indicaciones que le di a Nicolás, Andrea ya debía estar en la terraza y allí no había ni rastro de la mujer.

Para más inri, la cristalera del salón que conducía a la misma estaba cerrada a cal y canto, por lo que comencé a aporrearla por si ella me podía escuchar.

El humo dificultaba ya enormemente la visión que yo obtenía del salón, al haberse propagado por toda la casa. No tenía más opción que romper la cristalera. No había llegado hasta allí para dejar morir a la anciana, eso desde luego.

Si Andrea no me esperaba en la terraza era por algo... Y no precisamente por algo bueno. La preocupación no podía apoderarse de mí, de manera que cogí aquella enorme maceta de barro y...

En fin, que, apoyándome en las rejas del bajo, seguí con el ascenso porque la estrechez de las calles del centro histórico en el que nos encontrábamos no permitiría a mis compañeros avanzar a la velocidad deseada.

Los vecinos, así como los muchos curiosos que se dieron cita en la calle, contuvieron el aliento al contemplar la maniobra. Yo confiaba en mí mismo y en que podría hacerlo, por lo cual no miré hacia abajo mientras ascendía en dirección a esa terraza que estaba deseando alcanzar.

No fue fácil y más cuando, al pasar del segundo a la de Andrea, sufrí un resbalón de esos que hacen que ante ti pasen mogollón de momentos de tu vida, rollo diapositivas de las antiguas.

El clamor fue general y, si ya estaba sudando, no digamos lo que sudé en ese instante que me vi en el aire. Con muchos reflejos, logré alcanzar el barandal de Andrea y, de un salto, ya estaba en su terraza.

La gente empezó a aplaudir como loca, enfervorizada cuando yo aún no me las prometía tan felices. Por las indicaciones que le di a Nicolás, Andrea ya debía estar en la terraza y allí no había ni rastro de la mujer.

Para más inri, la cristalera del salón que conducía a la misma estaba cerrada a cal y canto, por lo que comencé a aporrearla por si ella me podía escuchar.

El humo dificultaba ya enormemente la visión que yo obtenía del salón, al haberse propagado por toda la casa. No tenía más opción que romper la cristalera. No había llegado hasta allí para dejar morir a la anciana, eso desde luego.

Si Andrea no me esperaba en la terraza era por algo... Y no precisamente por algo bueno. La preocupación no podía apoderarse de mí, de manera que cogí aquella enorme maceta de barro y...

## Capítulo 2



Ya estaba dentro de la humeante vivienda de atmósfera irrespirable.

—¿Quién eres tú? ¿Superman? Si no traes capa ni nada—me indicó en voz muy bajita. Le costaba mucho hablar, se estaba asfixiando.

—No, no soy ningún superhéroe... Soy bombero y me llamo Rubén, Andrea.

—Lo que yo digo, un superhéroe—me dijo esbozando esa sonrisa tan tierna.

—No lo creo, ¡tenemos que salir de aquí! —le dije tomándola en brazos y llevándomela a la terraza mientras un ataque fuerte de tos le impedía seguir hablando—. Tranquila, Andrea, tranquila—le repetía mientras escuchaba la sirena del camión... Por fin llegaban los refuerzos.

Los necesitaba porque escalar la fachada no fue moco de pavo, pero bajar con ella ya sería imposible.

Ellos no tardaron en llegar al portón y, con las herramientas adecuadas, tirarlo abajo y sofocar el fuego de la cocina mientras yo tranquilizaba a Andrea.

—Para una vez que viene una legión de muchachos fornidos a mi casa, y es para esto. En mis sueños no ocurre así, aunque no te los voy a contar, que tus oídos son muy jovencitos para escucharlo, Rubén—me comentaba ella, que no solo era adorable, sino muy graciosa.

—Pues ya mismo te estás peinando y maquillando para la foto, Andrea. Que vas a salir en la prensa.

—¿En la prensa? ¿Y yo con estos pelos? —se preguntaba ella, que no podía ser más dicharachera.

—Pero si estás guapísima—la entretenía yo, mientras la tos volvía a hacer de las suyas con la mujer.

—¿Guapísima? Estoy que le doy un susto al miedo. Mira, tengo tizne en la cara, parezco un choco en su tinta.

—De eso nada, estás muy bella...

—Menudo adulator estás tú hecho, eso no os lo enseñan en el cuerpo, ¿no? Eso lo debes traer tú de serie.

—Igual que tú la simpatía y la belleza...

—Ay, jovencito. Si yo tuviera 50 añitos menos de nada...

—¿Cuántos tienes, Andrea?

—86, tengo 86 años. Ahí es nada, ¿qué te parece?

—Que estás para invitarte a bailar. En cuanto te pongas bien, te invito.

—¿Ponerme bien? Mira lo que ha hecho la artrosis con los dedos de mis manos, jovencito. Los tengo torcidos como alcayatas. Si quieres llevarme a bailar, tendrás que conformarte con lo que hay—decía cuando un imponente ataque de tos no le permitió hablar más.

Entre el humo, vi avanzar a Diego, mi compi, y entonces suspiré.

—Necesita oxígeno, ¡urgente!

—Aquí está, Rubén, aquí está.

Andrea le sonreía y me hacía gestos con las manos de que también era muy guapo. No me había topado con ninguna persona rescatada más simpática nunca.

La ambulancia ya estaba abajo cuando pudimos sacarla de aquel infierno en el que se había convertido su casa. Por fortuna, eso sí, el fuego solo había devastado la cocina, por lo que el resto únicamente necesitaría un buen pintado y un ventilado impresionante.

—Rubén, yo aquí no tengo a nadie, ¿tú me acompañarías al hospital? Sé que estoy abusando de ti, pero piensa que es en el buen sentido—me pidió ella con la voz saliéndole de un hilito y su mano apretando la mía.

—Claro que sí, Andrea, claro que sí...

—Y tú, ¿qué estabas haciendo aquí? ¿Eres del barrio?

—Pues sí. Venía de la compra...

Se encogió de hombros. Apenas le salía la voz, pero yo la entendía muy bien, ya que gesticulaba tela. Quería decirme que yo no llevaba bolsas, y era cierto.

—Ni idea de dónde ha caído la lubina, Andrea. Y me da igual, algún gato se la habrá encontrado—le dije sonriente.

Con gestos, puesto que cada vez estaba más débil, me indicó que ya me cocinaría ella una, y que me chuparía los dedos.

Me recordó a mi difunta abuela Manuela, que había fallecido unos añitos atrás y a la que también le encantaba cocinarme mis platos preferidos.

Al llegar al hospital, no esperaba que la prensa me estuviese esperando. Al parecer, un vecino había grabado el rescate y la noticia corrió como la pólvora por toda la ciudad.

Los periodistas querían hablar conmigo y ella parecía feliz.

—Lo que te mereces, mi superhéroe—me decía sin dejar de apretar mi mano mientras los sanitarios trataban de despejar el camino de periodistas que se había formado hasta la entrada en urgencias.

Cuando por fin la alcanzamos, a ella se la llevaron para explorarla y yo me quedé allí, esperando. Entonces llegó Nicolás, su vecino. El hombre también lo vivió en primera persona y nos siguió en su coche.

—Lo que te agradezco que hayas salvado a Andrea. Esa mujer es el alma de la comunidad.

—¿No tiene familia? —le pregunté porque él no lo había mencionado.

—Su única hija falleció y su nieta Paula, a la que crio, se ha ido a vivir a un pueblecito a la gran puñeta—me indicó y se quedó tan campante.

—¿Podría ser un poco más explícito, Nicolás?

—En realidad es un pueblecito de Gran Bretaña, ni idea del nombre. Lo que sí tengo es el contacto de la chavala. Es un encanto como su abuela, yo no sé por qué tuvo que irse esa muchacha tan lejos. Con lo bien que estaría Andrea con ella cerquita, pero vaya, que quien la lleva la entiende.

—Sus razones tendrá...

—Pues sí. Yo ahora mismo voy a llamarla, que la ocasión lo merece. Y, si puede, que se venga unos días a estar con ella. Verla será su mejor medicina, no me cabe duda.

—Pues en eso seguro que tiene razón.

—Sé que tengo más años que Matusalén, pero hazme el favor de tutearme, que me haces sentir más viejo aún.

—Ok, pues te dejo, que voy a ver si me entero de cómo está Andrea.

—Estará bien. Es fuerte como un roble. He conocido a mujeres con garra y luego está Andrea, a la que debieron hacer de una pasta especial. Oye, los de la prensa siguen agolpados en la puerta, esperando verte salir.

—Sí, buena me la ha hecho quien me ha grabado—suspiré.

—Hombre, si eres un héroe, que se sepa.

—No soy un héroe, de verdad que no lo soy—negaba.

—Sus razones tendrá...

—Pues sí. Yo ahora mismo voy a llamarla, que la ocasión lo merece. Y, si puede, que se venga unos días a estar con ella. Verla será su mejor medicina, no me cabe duda.

—Pues en eso seguro que tiene razón.

—Sé que tengo más años que Matusalén, pero hazme el favor de tutearme, que me haces sentir más viejo aún.

—Ok, pues te dejo, que voy a ver si me entero de cómo está Andrea.

—Estará bien. Es fuerte como un roble. He conocido a mujeres con garra y luego está Andrea, a la que debieron hacer de una pasta especial. Oye, los de la prensa siguen agolpados en la puerta, esperando verte salir.

—Sí, buena me la ha hecho quien me ha grabado—suspiré.

—Hombre, si eres un héroe, que se sepa.

—No soy un héroe, de verdad que no lo soy—negaba.

## Capítulo 3



Mi jefe me hizo llamar de inmediato, como era de esperar.

—Te has convertido en un héroe, Rubén—me decía mientras me hizo entrar en su despacho. Estoy seguro de que te propondrán para una condecoración.

—No ha sido para tanto, Orlando. Cualquiera de nosotros lo hubiera hecho, y lo sabes.

—No te quites méritos, ha sido una proeza, Rubén.

—Que no, hombre, que no.

—Y, además, una que está grabada. Eso sí que hace ruido.

—En eso no te quito la razón. Todo lo que sale en los medios se amplifica y...

—Mira, ya me están llamando desde arriba—me anunció mirando su teléfono—. Te mantendré informado.

Me fui a casa con buen sabor de boca. Desde que Lidia se marchó, unos meses atrás, como que nada en mi vida había sido demasiado alegre. Hasta ese día.

Lidia y yo llevábamos un par de años conviviendo cuando comencé a notarla rara. Ella se hacía la sueca cada vez que yo le sacaba el tema, si bien la flauta terminó sonando y en un descuido por su parte comprobé que estaba má que liada con Samuel, el dentista con el que trabajaba, puesto que era higienista dental.

Me dolió como una patada en los mismísimos, ya que el tal Samuel y su novia Cristina eran amigos y se dejaban caer por casa de vez en cuando, y nosotros también íbamos a la suya. Veníamos a tener la misma edad, año arriba o año abajo. La mía era de 34 en esos momentos, una en la que se supone que, más o menos, se debe contar con cierta madurez mental, sabiendo uno lo que quiere.

Sí, iba a ser eso, porque lo que Samuel y Lidia quisieron fue ponernos los cuernos a Cristina y a mí. Cuando ambos vinimos a reaccionar, ya tenían un lío de categoría y acabaron viviendo juntos.

A mí se me quedó una cara de panoli que no era normal, y a Cristina una de pena impresionante. Y, para sentirnos algo mejor, hasta llegamos a liarnos algunas veces con la esperanza de que eso nos ayudase, algo que no sucedió ni en nuestros mejores sueños.

Unos meses después, yo ya estaba hecho a la nueva situación, y el dolor había desaparecido, por lo que me disponía a disfrutar de todo lo bueno que la vida me pusiera por delante. Y de momento me había puesto un éxito profesional que daría que hablar, puesto que la noticia llegó a salir hasta en los medios nacionales aquella noche.

Llamaron a la puerta y era Diego con unas cuantas birras.

—Frías, frías, colega. Tenemos que celebrar que ha sido un gran día.

—Sí que lo ha sido. Ven aquí, dame un abrazo.

—Venga, pero ñoñerías las justas—bromeó—. Oye, esto hay que salir a celebrarlo en el finde, que lo sepas.

— Ya es hora de que me empiecen a pasar cosas buenas, aunque el acoso mediático este me agobia un poco.

—Sí, me lo imagino. En cualquier caso, tienes tirón. Igual te podrías convertir en influencer o algo similar “Te quitaré el ardor con mi manguera”, podrías esgrimir como estado, y hasta dedicarte al porno.

—¿Qué mierda hablas, colega? ¿Al porno? Yo no serviría para eso. No serviría ni para influencer, cuanto y más..

—Pues a mí porque no se me ha dado el caso que, si no... Yo aprovecharía el tirón, te lo digo muy en serio.

—Yo soy bombero vocacional. Me encanta mi trabajo y no lo cambiaría por ningún otro—le confirmé lo que ya debía saber.

<sup>s</sup>—A mí me costó un huevo sacar la plaza, pero que, si puedo vivir un poquillo más del cuento, mejor. Se me han puesto los pelos como escarpas viendo en el jodido vídeo cómo escalabas la fachada. Yo no sé si eres consciente de que un paso en falso te podría haber llevado...

—¿Has venido a que nos tomemos unas birras o a ponerme mal cuerpo? Lo hecho, hecho está. Y lo volvería a hacer mil veces. Solo con ver lo agradecida que me está Andrea...

—La ancianita, sí que parecía un amor. Pero Rubén, que te la has jugado mucho, tío. Parece que vas como pollo sin cabeza desde que Lidia se largó.

—Al contrario, ahora es cuando empiezo a salir del atolladero. Lo pasé fatal, pero presiento que la mala racha ha , terminado.

—Hombre, desde luego que una condecoración te cae fijo. Y eso tiene mucho fuelle. Si a mí me cayese una de esas, no iba a fardar nada...

—Tú estás con el ego por las nubes, Dieguito.

—Siempre, que para eso la vida es bella y yo más.

Tenía mucho peligro mi amigo. Con él estaba volviendo a la vida, a salir de marcha, a tomar copas, a conocer chicas. Diego le tenía alergia al compromiso y me vino genial en aquellos meses en los que me quedé tirado y teniendo que reanudar una existencia que nada tenía que ver con la anterior.

Yo es que con Lidia ya me veía casado y con niños. Teníamos muchos proyectos que se fueron al garete de la noche a la mañana. Así que me replanteé la vida y en esos momentos la estaba viviendo según venía, unos días mejor y otros peor.

El de aquel día, sin duda, fue un golpe de suerte. Y no porque quisiera condecoraciones ni palmaditas en la espalda, sino porque salvar a Andrea me supuso toda una satisfacción personal. Ella era una de esas mujeres que enriquecen el mundo con su presencia, una de esas personas que no se deberían marchar nunca, por lo que retenerla aquí me supuso un gran regalo.

Iría a verla por la mañana. Además, contaba con el resto de la semana libre debido a aquello, hasta que la tensión mediática se rebajase. Lo agradecí más que nada por si ella me necesitaba.

De golpe se había convertido en alguien importante para mí. Entre ambos se creó un vínculo, no sabría cómo explicarlo.

—La ancianita, sí que parecía un amor. Pero Rubén, que te la has jugado mucho, tío. Parece que vas como pollo sin cabeza desde que Lidia se largó.

—Al contrario, ahora es cuando empiezo a salir del atolladero. Lo pasé fatal, pero presiento que la mala racha ha terminado.

—Hombre, desde luego que una condecoración te cae fijo. Y eso tiene mucho fuelle. Si a mí me cayese una de esas, no iba a fardar nada...

—Tú estás con el ego por las nubes, Dieguito.

—Siempre, que para eso la vida es bella y yo más.

Tenía mucho peligro mi amigo. Con él estaba volviendo a la vida, a salir de marcha, a tomar copas, a conocer chicas. Diego le tenía alergia al compromiso y me vino genial en aquellos meses en los que me quedé tirado y teniendo que reanudar una existencia que nada tenía que ver con la anterior.

Yo es que con Lidia ya me veía casado y con niños. Teníamos muchos proyectos que se fueron al garete de la noche a la mañana. Así que me replanteé la vida y en esos momentos la estaba viviendo según venía, unos días mejor y otros peor.

El de aquel día, sin duda, fue un golpe de suerte. Y no porque quisiera condecoraciones ni palmaditas en la espalda, sino porque salvar a Andrea me supuso toda una satisfacción personal. Ella era una de esas mujeres que enriquecen el mundo con su presencia, una de esas personas que no se deberían marchar nunca, por lo que retenerla aquí me supuso un gran regalo.

Iría a verla por la mañana. Además, contaba con el resto de la semana libre debido a aquello, hasta que la tensión mediática se rebajase. Lo agradecí más que nada por si ella me necesitaba.

De golpe se había convertido en alguien importante para mí. Entre ambos se creó un vínculo, no sabría cómo explicarlo.

## Capítulo 4



Llegué al hospital y allí que estaba ella, como una rosa, en su camita.

—Buenos días, bella dama—le dije dándole un beso en la frente.

—No te pega ser un galán de época, sino un superhéroe. Ya te haré yo una capa porque, aunque me veas los dedos así de torcidos, como un manojo de llaves allen, todavía coso.

—De ti me lo creo todo, Andrea. Oye, te veo un poco triste, ¿y eso? Si estás genial, ya hablas mucho mejor.

—¿Te pareció que yo no sabía hablar ayer? ¿Se me fue la chaveta?

—No, claro que no. Pero que te asfixiabas. A eso me refiero, porque vocalizar, vocalizas que es un gusto. Y tiene una jerga de lo más divertida.

—Gracias, hijo. Eso sí, de los pulmones estoy fatal y como me dio por celebrar esa fiestecita con tanto humo en casa, pues eso—bromeó—. Mejor haber celebrado una de la espuma y lo habría dejado todo súper limpio—me dijo sacando mi risa.

—¿Qué te pasa, Andrea? Te noto triste.

—Hijo, que una tiene una pensión muy cortita. Y como que hay gastos que recorté en el pasado. Y ahora resulta que no tengo seguro del piso, y los muebles de la cocina están chamuscados, más negros que el tiznón.

—Vaya, pues mira que lo siento, de verdad.

—Nicolás ha estado aquí antes y me ha contado que hay una tienda en el polígono que tiene unos muy básicos, pero muy monos. He echado cuentas y salen muy baratitos, los podré comprar a plazos, pero claro, es que no es solo eso...

—Lo supongo, está todo de pena, ¿no?

—Claro, hay que pintar el piso entero, ver si se tiene que tirar algo más... Hacer limpieza profunda... Tendré que contratar a alguien y todo eso cuesta un poco.

—Ya lo entiendo, pero ahora lo primero es que te pongas bien. Olvídate de todo eso.

—No, si yo bien estoy, ¿cómo no estarlo si tú me has salvado y mañana viene a verme mi nieta?

—¿Viene tu nieta, Andrea? Esa sí que es una gran noticia...

—Sí, se quería venir hoy, pero resulta que el vuelo de mañana es mucho más baratito y yo le he dicho que no hay prisa, que a mí aquí me cuidan como a una reina. Ya verás cuando le diga que me has visitado. Ella ya ha visto el vídeo ese en Internet, qué emoción... Y está deseando conocerte.

—Pues mira qué bien. Por cierto, espero que te gusten los bombones—le comenté entregándole una caja.

—Con delirio, me gustan con delirio. Déjalos ahí... Qué buen partido eres, ya te digo que si yo tuviera 60 años menos...

—Ayer decías que con 50 menos te valdría, ¿cuántos te vas a echar encima, Andrea?

—Es verdad, hijo, a este paso va a parecer que tendrán que hacerme la prueba del carbono 14 esa para saber mi edad.

—Y tú estás hecha una chavala, no me digas que no.

—Sí, claro que sí. Yo me siento joven por dentro, como cuando era una niña. Aquí lo único que se ha arrugado es el envoltorio, porque lo que toca el alma... Esa la tengo yo intacta.

Me despedí de ella y tuve una idea. Ella me había comentado que le dejó la llave de su casa a Nicolás, por lo que fui a buscarle.

—Es que tengo unos días libres y le quiero pintar y adecentar el piso.

—¿De verdad harías eso por ella? Tú no sabes el favor que le haces. Yo me habría prestado con gusto, pero también estoy ya lleno de achaques y lo mismo me quedo que no me puedo mover. Eso sí, me gustaría echar una manita en todo lo que pueda.

—Pues nada, me proporcionas las llaves y te hago algún encargo si me van faltando cosas, todo lo que surja, ¿te parece? —le ofrecí porque para él era importante.

—Eso está hecho. Venga, que entremos y valoras por ti mismo la faena...

Lo hicimos y todo estaba que daba miedo, eso era incontestable. Pero, a excepción de la cocina, las cosas podrían quedar genial con una buena mano de pintura y una limpieza general de órdago.

—¿Qué? ¿Esto es mejor o peor que escalar la fachada? Porque yo no sabría decirte, ¿eh?

—Es distinto, ya está—le contesté.

—Sí, cuestión de coger el toro por los cuernos. Oye, chaval, ¿he dicho algo inconveniente? —me preguntó de inmediato.

—No, no, qué va, Nicolás.

—Ah, vale, es que he mencionado lo de los cuernos y me ha parecido ver un mohín raro. A mí es que los cuernos me los pusieron una vez, ¿sabes? Y digo una porque cuando me enteré le dije a Enriqueta que nos divorciábamos. Durante un tiempito no podía ni hablar de esas cosas, pero luego...

—Luego pasó, claro.

—Te los han puesto fijo, lo veo en tus ojos.

—Nicolás, va siendo hora de que nos pongamos manos a la obra, ¿no te parece? —le animé eludiendo el tema.

—Claro que sí, chaval. Mira, hay una tienda de pinturas aquí cerca...

—Pues ve a encargar un bidón de pintura blanca. Ah, y coméntales si tienen a alguien que pueda ayudarme a retirar los muebles de la cocina. No quisiera que se los encontrara así, chamuscados a su vuelta.

—Es verdad, mejor vacía en espera de los muebles nuevos. Yo le he dicho que la acompaño al polígono a encargarlos. Ya no conduzco mucho, pero saco el coche cuando no me queda más remedio.

—Ya os llevaré yo—le sonreí.

—Al final, se va a encontrar con muchas alegrías: el piso recién pintado y limpio, y la cocina nueva. Cuánto me alegro por ella. Es tan buena mujer...

—¿Tú la quieres, Nicolás? —le pregunté.

—Desde hace años, pero después de lo de Enriqueta me quedé muy mal y no he querido precipitarme con ninguna otra.

—Pero ¿tú cuántos años tienes?

—Yo 80, aunque estoy hecho un chaval, ¿eh? Al menos por fuera, que tengo buena planta. Por dentro, soy un saquito de achaques—me sonrió mientras se daba media vuelta para ir a la tienda de pinturas.

—Al final, se va a encontrar con muchas alegrías: el piso recién pintado y limpio, y la cocina nueva. Cuánto me alegro por ella. Es tan buena mujer...

—¿Tú la quieres, Nicolás? —le pregunté.

—Desde hace años, pero después de lo de Enriqueta me quedé muy mal y no he querido precipitarme con ninguna otra.

—Pero ¿tú cuántos años tienes?

—Yo 80, aunque estoy hecho un chaval, ¿eh? Al menos por fuera, que tengo buena planta. Por dentro, soy un saquito de achaques—me sonrió mientras se daba media vuelta para ir a la tienda de pinturas.

## Capítulo 5



Me pasé el día currando a tope. Por suerte, la lavadora la tenía Andrea en el baño, por lo que se salvó. Y eso propició que pudiera poner varias coladas, desfundando el sofá, retirando cortinas, ropa de cama...

Nicolás me ayudaba en todo lo que podía, encargándose de tender y recoger la ropa, poniendo más coladas en su casa... Nuestro deseo era que ella se lo encontrase todo genial cuando regresase.

Por la noche, me di una vueltecita por el hospital y no le comenté nada porque deseaba que fuese una bonita sorpresa para ella.

—¿Otra vez está aquí mi superhéroe? Mira que al final terminaré pensando que no he perdido facultades y que tú y yo todavía...—rio.

Era divertidísima. Una ancianita de esas por cuya cabecita no han pasado los años y sigue siendo la niña traviesa que un día vivió en ella.

—Eres la monda, Andrea. Tú siempre con la sonrisa en los labios.

—Y eso que la vida me ha golpeado, hijo. No creas que siempre fue buena conmigo, por mucho que me haya compensado en otros sentidos.

—Como con tu nieta, ¿no? Mañana tienes a Paula aquí. Yo me quedo tranquilo, por eso, y ya vengo por la tarde.

—Tú ven cuando quieras, pero que no tienes por qué. Tendrás muchas cosas que hacer. A mí me tienes conquistada ya, no hace falta que hagas más esfuerzos—rio.

—Y tú a mí...

—Pues nada... Cuando quieras le pides la mano a mi padre para casarte conmigo—se carcajó—. Ay, mi pobre

padre, dónde estará ya... Bueno, yo lo sé, al lado de mi madre y de mi hija Gloria—me contó.

—Escuché que tu hija falleció. Lo siento mucho...

—Gracias, Rubén. Sí, se fue y me dejó a mi niña, a mi Paula. Yo la he criado y la quiero con todo mi corazón, igual que ella a mí. La echo mucho de menos, pero sé que está bien donde está, y eso es lo único que me importa.

—¿Dónde está exactamente?

—En Clovelly, un pueblo a unas horas de Londres, ¿sabes que siempre me dice que tengo que ir a conocerlo?

—¿Y por qué no vas? Seguro que te gustaría.

—No, yo no estoy para eso. Es la jodida insuficiencia respiratoria, que me ata de pies y manos. Si yo, ya hubiese ido. Como ahora hay vuelos por dos duros.

—Sí que es verdad...

—Aunque ya puedo ahorrar para la faena que me queda en casa. En fin, que me da hasta miedo entrar por allí. Verás, tú igual no lo entiendes porque eres muy joven y vives más de puertas para fuera, pero para mí, mi casa es mi mundo. Lo es todo, y claro, saber que la tengo manga por hombro me angustia.

—Todo se va a solucionar, Andrea, todo—le dije dándole un beso en la mejilla.

—No sé qué hago contándote todas estas penurias de vieja a ti, que me has salvado. Y que encima estarás dejando de pasar tiempo con alguna chica para venir a verme.

—¿Y a qué chica podría ir a ver mejor que a ti?

—Ay, jovencito, no me hagas hablar. A cualquiera que pueda darte marcha. Un tiarrón como tú, con este cuerpo que Dios te ha dado, y encima que se ha hecho famoso, las tendrá a pares.

—No me interesa eso, Andrea.

—¿Eres gay? Ay, madre del amor hermoso. Si no me había dado cuenta... ¿No ves que los que no tenéis pluma sois casi imposibles de reconocer?

Me eché a reír, qué otra cosa podía hacer. Era tan tierna y divertida.

—No es eso, Andrea. De veras que no es eso...

—Oye, que a mí me parece fantástico, ¿eh? No creas que porque sea vieja tengo la mente anquilosada en el pasado. Mira, yo creo que si me hubiera tocado vivir en estos tiempos, habría probado de todo para salir de dudas.

—¿Sí? —arqueé una ceja, risueño.

—Sí, no sé qué le habría parecido a mi Andrés, que en paz descansa, pero sí.

—¿Tu marido se llamaba Andrés?

—Sí, Andrés y Andrea, ¿te imaginas el cachondeo? Cuando el cura nos estaba casando, aquello parecía un trabalenguas.

—¿Y fuiste feliz, Andrea?

—A mi manera, sí.

—¿A tu manera? No suena demasiado bien...

—Andrés no fue el típico príncipe azul de las comedias precisamente. Era un poco cazarro, machista y el fútbol le importaba más que yo, que lo sabía muy bien. Me quería, también a su manera, pero no es que se esforzara precisamente por demostrármelo. Eso sí, yo fui feliz porque tengo capacidad de serlo, y esa no me la puede arrebatar nadie. Depende de mí, es mi mejor tesoro. El palo gordo me lo dio la vida cuando se llevó a Gloria, eso sí que no te lo puedo negar, pero me agarré a que me dejó a Paula para no venirme abajo. Y la crié lo mejor que pude. No me debí equivocar tanto, porque es muy buena niña. Ya la vas a conocer. Estoy contando las horas para tenerla aquí conmigo. Es tan bonita mi Paula...

Se le iluminaban los ojos cuando hablaba de ella. Me alegraba de que estuviese en su vida, puesto que se notaba que era el motor que la hacía tirar para adelante.

—Oye, ¿y esas flores que traes? ¿Son para alguna enfermera sexy que hayas conocido? —me preguntó cambiando el tercio un minutillo después.

—Ah, es verdad, que ni me acordaba... Vaya despiste. No, son para la chica más bonita que hay ingresada en el hospital. Te las voy a dejar aquí, en la mesilla de noche, por si te quieres hacer un selfi con ellas.

—¿Un selfi? No hay filtro de esos que me quite a mí las arrugas. Yo no estoy arrugada, hijo, estoy cuarteada ya

por los años —reía mientras miraba con ilusión el ramito de flores y yo pensaba que se la hacía feliz con muy poco.

.

;

o

por los años —reía mientras miraba con ilusión el ramito de flores y yo pensaba que se la hacía feliz con muy poco.

## Capítulo 6



Me desperté con una llamada de mi jefe confirmándome que recibiría esa condecoración que se oteaba en el ambiente desde el primer momento.

A continuación, me llamaron de una cadena de la tele ofreciéndome pasta por hablar y contar mi historia.

—Yo solo soy un bombero que cumplía con su obligación. Si queréis publicar estas palabras como exclusiva, ya la tenéis. No voy a aprovecharme de lo que hice para sacarle partido. No haré de esto un circo—les aclaré.

A continuación, tras tomarme un café, me fui a casa de Andrea para seguir pintando, enfundando sofás y colocando cojines. En fin, para terminar de adecentar su piso.

Además, a falta de que Nicolás encontrase a alguien que me echase una mano para tirar los muebles de la cocina, se lo pedí a Diego, quien se vino.

—Madre mía, la que lio esta mujer en la cocina, ¿se sabe cómo fue?

—Sí. Se despistó con una sartén, la pobre. Y cuando se quiso dar cuenta...

—Las llamaradas llegaban hasta el techo. A este sí que habrá que darle varias manos de pintura, está como el carbón.

—Sí, es probable que le den el alta mañana. Y, por mucho que quiero correr, no sé si lo tendré todo listo.

—Yo hoy puedo ayudarte toda la mañana—me ofreció.

—¿Y lo harás? Me vendría de perlas...

—Claro. Te van a dar una condecoración. Eres un bombero ejemplar y te veo ascendiendo pronto, igual siendo m

jefe. Me conviene pelotearte por si acaso...

—No te hagas el duro. También te da penita Andrea.

—Es que es muy achuchable la viejecita. Vamos, venga, que hay mucho que hacer.

Le dimos duro y dejamos la cocina lista, que era lo más complicado. Ya tenía finiquitados del día anterior el pasillo y el salón, y me restaba pintar esa tarde los dos dormitorios.

Era más que probable que me quedase hasta muy tarde ese día, si bien pensaba dejarlo todo perfecto para sacar la sonrisa de Andrea cuando llegase a casa.

A la hora del almuerzo, cuando ya Diego se había ido, me disponía a comerme un bocata cuando escuché ruido en la puerta.

—¿Eres un okupa? Da la cara, que te voy a cantar las cuarenta. Esta es la casa de mi abuela y aquí no te quedas, así tenga que arrearte un palo en esa cabeza de chorlito que debes tener, ¿vas a darla o eres un jodido cobarde? —me preguntó aquella voz.

Me di la vuelta y era Paula. Lo sabía muy bien porque su abuela me la describió como un angelito rubio de ojos claros, aunque omitió hablar del carácter de aquella muchacha que, a sus 30 años, era todo un bombón.

—Hola, tú debes ser Paula—le dije mientras salía con el bocata en la mano.

—¡Anda! ¡Y tú eres el bombero! ¡Gracias, gracias! —exclamó mientras se tiraba a mis brazos y me comía a besos, en un gesto de lo más espontáneo.

—No hay que darlas, solo cumplí con mi trabajo.

—¡Y un jamón! He leído en las noticias que te condecorarán. Es lo que te mereces después de lo que hiciste por mi abuela.

—Créeme que no es para tanto—le aclaré.

—No te quites mérito. Madre mía, ¡qué contenta estoy de verte aquí! Pero ¿qué se supone que estás haciendo? Si me lo debía encontrar todo hecho una mierda y resulta que está como los chorros del oro. Qué alegría más grande se llevará mi abuela cuando lo vea.

¡ —De eso se trata. Se llevó un enorme disgusto cuando se enteró de que...

—De que no tenía seguro, ya lo sé. Y ahora, fíjate, si hasta parece haberle venido bien lo que ha pasado. Vengo de verla y que sepas que está que no caga contigo. Habla de ti hasta con las piedras, les cuenta el rescate a las enfermeras. Para ella ha sido la gran aventura de su vida.

—Mira qué bien.

—Pues sí, pero bien. Hacía tiempo que no la encontraba así de animada.

—¿Y tú a qué has venido?

—Pues yo venía a valorar el desastre. Le dije que limpiaría lo que pudiese. Pero míralo, si está como la patena.

1

—En realidad, estoy terminando con su dormitorio y me queda el otro.

—Ah, el mío, el pequeñito. Es como una cajita de cerillas, ese se pinta en un santiamén, ¿sabes que en su día quería cambiármelo? Le dije que ni en broma, por supuesto. Te lo puedes imaginar...

—Es muy buena Andrea.

—No te lo imaginas. Y tendrías que haberla conocido hace unos años. Era un verdadero terremoto.

—Ya me lo puedo imaginar. Lo sigue siendo.

—Oye, si te ayudo a pintar terminarás antes—me ofreció remangándose.

—No, no quiero que te manches...

—¿Por quién me has tomado? He pintado muchas veces este piso con mi abuela, ¿eh?

—Vale, vale, pero dedícate solo a los recortes, yo le daré al rodillo.

—Venga, si es tu gusto...

—¿Tú has almorzado? —le pregunté de repente, sin tener ni idea.

—Algo picoteé al llegar al hospital, a media mañana.

—Tengo ahí otro bocata, ¿lo quieres?

¿

—Salvo que sea de cemento o algo parecido, lo quiero. Tengo hambre.

—Es de calamares, ¿te gustan?

—¿Bromeas? ¿Quién podría hacerle asco a un buen bocado de calamares? —me respondió entusiasmada.

—Desde luego que yo no. Voy a por él. También tengo una pequeña neverita con unas latas.

—Qué previsor, creí que venía a darme el lote—hizo una pausa—, de trabajar, digo, y resulta que me daré un festín.

—No exageres. Ese ya nos lo daremos cuando tu abuela salga y os invite a almorzar o cenar, que lo tenemos pendiente. Aunque ella insiste en que también me invitará a una lubina que cocine.

—No seré yo quien diga que no—me comentó mientras yo iba a por ese bocata y esa cerveza fresquita que la ayudaría a trabajar con más ánimo. Porque ese poder lo tiene una birra bien fría, una de esas que obra milagros.

Se lo tomó de buen grado, contándome que su abuela no estaba tan animada y chistosa desde hacía mucho. Y que le encargó que le llevara su mejor vestido por si estaba la prensa allí cuando le dieran el alta. Ella sí que valía para influenciar.

—Tengo ahí otro bocata, ¿lo quieres?

—Salvo que sea de cemento o algo parecido, lo quiero. Tengo hambre.

—Es de calamares, ¿te gustan?

—¿Bromeas? ¿Quién podría hacerle asco a un buen bocado de calamares? —me respondió entusiasmada.

—Desde luego que yo no. Voy a por él. También tengo una pequeña neverita con unas latas.

—Qué previsor, creí que venía a darme el lote—hizo una pausa—, de trabajar, digo, y resulta que me daré un festín.

—No exageres. Ese ya nos lo daremos cuando tu abuela salga y os invite a almorzar o cenar, que lo tenemos pendiente. Aunque ella insiste en que también me invitará a una lubina que cocine.

—No seré yo quien diga que no—me comentó mientras yo iba a por ese bocata y esa cerveza fresquita que la ayudaría a trabajar con más ánimo. Porque ese poder lo tiene una birra bien fría, una de esas que obra milagros.

Se lo tomó de buen grado, contándome que su abuela no estaba tan animada y chistosa desde hacía mucho. Y que le encargó que le llevara su mejor vestido por si estaba la prensa allí cuando le dieran el alta. Ella sí que valía para influencer.

## Capítulo 7



Comenzamos a pintar ambos a la vez. A ella se le daba bien recortar, y luego iba yo y le daba con el rodillo. A la pared, ¿eh? Que no haya malentendidos, que allí todas las brochas que se utilizaron fueron las del trabajo.

Si Andrea había sido un torbellino, Paula no lo era menos. Resultó que, en un momento dado, me dio un brochazo en la camiseta de trabajo, totalmente adrede y entre risas.

—¡No ha sido a propósito! —chillaba y reía por toda la casa.

—No se te ocurra mancharme el resto, ¡que lo tengo ya todo fregado! —le advertí.

—Pareces una maruja de esas a las que les pisas lo fregado y estás muerta—me decía ella mientras le di alcance.

Cielos, no podía resultarme más atractiva con esa camiseta que se había anudado a la cintura y esos shorts. Era primavera y el día relucía, pero no más que sus ojos claros cuando se dio la vuelta y me miró.

—¡Ha sido sin querer! —se excusó.

—Ya, sin querer queriendo. Vamos a dejarlo en empate—le dije mientras llevaba mi dedo manchado de pintura hasta la punta de su nariz.

—¿Qué haces? No me hagas porquerías en la cara, con lo que yo me la cuido—se quejó entre risas.

—No me extraña, tienes la piel de terciopelo—le comenté en ese momento porque me salió. Era así, no había que darle más vueltas.

—Mi abuela dice que en eso me parezco a mi madre y no a ella, que a ella se le arrugó demasiado... Pero yo creo que eso fue por el sufrimiento. Ya sabes, cuando mi madre murió.

—Me imagino, claro.

—Ella sufrió muchísimo. Y encima poniéndome buena cara en todo momento y haciendo ver que estaba contenta. Figúrate, cuando la verdad es se pasaba todo el día aguantando el llanto y se desahogaba por la noche, creyendo que yo dormía.

—Y no dormías...

—Pues no, ¿y sabes por qué? Porque, aunque estuviese en mi dormitorio y no me diese por enterada para que no sufriera más, pensaba que la acompañaba si me quedaba despierta, ¿has escuchado alguna vez una tontería más grande? Oye, ¿y yo por qué te cuento a ti todo esto? No suelo hablar de ello.

—Porque me he convertido en el chico preferido de tu abuela, por eso.

—En su superhéroe. Se lo cuenta así a todo el personal de planta. Los tiene locos, les pone la cabeza como un bombo—reía.

—¿Pues no dice que va a hacerme una capa?

—Y te la hace. Tú no conoces muy bien a Andrea todavía, no sabes quién es mi abuela.

—Ya me voy haciendo una ligera idea. Mira, si corremos un poco, nos dará tiempo a terminar y hacerle una visita antes de que apaguen las luces.

—Yo se la haré de todos modos porque me pienso quedar allí esta noche, haciéndole compañía—me anunció.

—Pues yo te acompaño un ratito y luego me marchó, que tendréis muchas cosas de las que hablar.

—No creas que de tantas. Si ella solo habla de ti. Venga, vamos a terminar y le llevamos su vestido para mañana cuando salga, que mi abuela está como loca por chupar cámara.

Quedamos en eso y unas horas después nos fuimos para el hospital. Al cerrar la puerta, no podía creer que el piso estuviese ya listo para pasar revista, a excepción de colocarle a la cocina los muebles y el frigorífico, aunque sobre eso último se me ocurrió una idea que ya les comentaría.

La carita de Andrea fue de felicidad total cuando entramos juntos por la puerta de su habitación.

—Mi nieta del alma y mi superhéroe, que vienen a verme—dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Abuelita—la acarició ella sentándose en su cama.

. —Paula, ¿dónde has conocido a Rubén? —le preguntó y yo carraspeé porque se trataba de un secreto.

—Pues nada, en la puerta que hemos coincidido.

—Ah, vale. Y la casa, ¿cómo la has encontrado? Madre mía, igual no podemos ni quedarnos allí en unos días...

—No es para tanto—disimuló ella dándole un beso.

—Me encanta que seas así de optimista, hija, pero es para echarse a llorar. Por muy animosa que yo sea, a ver si puedo evitar hacerlo cuando entre por allí, porque menudo disgusto que tengo.

—Venga, que todo va a ir genial, Andrea. Ahora no te puedes venir abajo—le dije yo—. Y menos después de lo valiente que has sido. Los médicos dicen que te has recuperado como una campeona.

—¿Y me lo dices tú? Yo veo el vídeo ese del rescate y menudos temblores me entran. Más de los que tengo normalmente, que ya es decir—nos dijo enseñándonos sus temblorosas manos, esas sobre las que el tiempo hizo estragos—. Eres mi superhéroe y siempre lo vas a ser. Y no por nada, sino porque yo no me quiero ir todavía para no dejar a mi Paula sola en el mundo. Yo antes quiero verla bien acompañada—me soltó.

—Abuelita, por favor... Ahora solo falta que le cuentes mis intimidades. Ya, que cascas mucho—se quejó ella—. Y mira que yo hablo, ¿eh? Pero es que tú te llevas la palma—rio.

Paula tenía que resignarse a que Andrea se mostraba como un libro abierto, menuda era aquella ancianita.

Las dejé a ambas, riendo mientras discutían de sus cosas, y me fui a dormir con la tranquilidad de que se llevaría una enorme sorpresa cuando llegase a su casa y se la encontrase como nueva.

De la noche a la mañana, Andrea se había convertido como en una abuela para mí, algo que me llenaba mucho porque ya no me quedaban abuelas vivas y porque las mías me dejaron una huella imborrable.

—Abuelita—la acarició ella sentándose en su cama.

—Paula, ¿dónde has conocido a Rubén? —le preguntó y yo carraspeé porque se trataba de un secreto.

—Pues nada, en la puerta que hemos coincidido.

—Ah, vale. Y la casa, ¿cómo la has encontrado? Madre mía, igual no podemos ni quedarnos allí en unos días...

—No es para tanto—disimuló ella dándole un beso.

—Me encanta que seas así de optimista, hija, pero es para echarse a llorar. Por muy animosa que yo sea, a ver si puedo evitar hacerlo cuando entre por allí, porque menudo disgusto que tengo.

—Venga, que todo va a ir genial, Andrea. Ahora no te puedes venir abajo—le dije yo—. Y menos después de lo valiente que has sido. Los médicos dicen que te has recuperado como una campeona.

—¿Y me lo dices tú? Yo veo el vídeo ese del rescate y menudos temblores me entran. Más de los que tengo normalmente, que ya es decir—nos dijo enseñándonos sus temblorosas manos, esas sobre las que el tiempo hizo estragos—. Eres mi superhéroe y siempre lo vas a ser. Y no por nada, sino porque yo no me quiero ir todavía para no dejar a mi Paula sola en el mundo. Yo antes quiero verla bien acompañada—me soltó.

—Abuelita, por favor... Ahora solo falta que le cuentes mis intimidades. Ya, que cascas mucho—se quejó ella—. Y mira que yo hablo, ¿eh? Pero es que tú te llevas la palma—rio.

Paula tenía que resignarse a que Andrea se mostraba como un libro abierto, menuda era aquella ancianita.

Las dejé a ambas, riendo mientras discutían de sus cosas, y me fui a dormir con la tranquilidad de que se llevaría una enorme sorpresa cuando llegase a su casa y se la encontrase como nueva.

De la noche a la mañana, Andrea se había convertido como en una abuela para mí, algo que me llenaba mucho porque ya no me quedaban abuelas vivas y porque las mías me dejaron una huella imborrable.

## Capítulo 8



Llegué al hospital por la mañana y Paula la ayudaba a vestirse, por lo que esperé en el pasillo sin que me viesen.

—¿Es o no es más guapo todavía de lo que te conté por teléfono? —le preguntaba ella en plan celestina total.

—Está buenísimo, abuela, es verdad. Pero venga, date prisa, que llegará enseguida para recogernos y no deberíamos hacerle esperar.

—No pasa nada porque espere un poco. Las mujeres siempre hemos hecho esperar a los hombres y...

—Eso es en las pelis, abuela. Recuerda que el abuelo no tenía mucha paciencia y era capaz de decirnos que ya no íbamos a ninguna parte.

—Pues también es verdad, cariño.

Yo hacía como si no estuviese allí, cuando vi avanzar a Nicolás, muy elegante él, con un traje de chaqueta.

—Os oí decir ayer que vendríais a recogerla los dos juntos y he pensado que yo también puedo acompañaros—me informó con una sonrisa.

—Claro que sí, hombre, por supuesto.

Ellas nos escucharon hablar y Paula salió.

—¿Lleváis ahí mucho tiempo? —nos preguntó con una ceja arqueada, un poco mosca por eso que dijo sobre mí y que tanta gracia me hizo. Así que consideraba que estaba bueno. Lo realmente bueno era saberlo.

—Acabamos de llegar, los dos juntos—le mentí.

—Anda, qué bien acompañadas que nos iremos, ¿sabes si están los de la prensa ahí abajo? —me preguntó su abuela.

—Me temo que sí, Andrea.

—¿Lo temes? Pero si eso es gloria bendita. Yo quiero salir escoltada por mi superhéroe y por Nicolás, que sé que también se portó fenomenal y que casi se parte la cadera tratando de tirar la puerta abajo.

—Sí, que es verdad, todavía me duele—le decía el anciano—. Y es que fui tonto, porque debí darle con los cuernos y entonces sí que la tiro abajo a la primera.

—Ay, qué chistoso—le contestaba ella. Se respiraba muy buen rollo entre ambas y más que había surgido tras la traumática experiencia.

Nos ofrecieron salir por una puerta lateral, posibilidad que ella desechó de inmediato.

—De eso nada, yo quiero viralizarme, ¿no se dice así? Y con mi superhéroe al lado, que no solo tendrían que darme una condecoración, sino un premio que fuese como el Gordo de la lotería por lo menos—relataba contenta, camino de la puerta.

Todos querían fotografiarla y preguntarle cómo su encontraba tras su breve estancia en el hospital.

—Estoy divinamente, me han cuidado genial. Y mi superhéroe ha venido a verme todos los días. Hasta hoy para llevarme en su coche a casa, ¿no es un lujo? Ah, y también os quiero presentar a mi nieta Paula, que es un primor de niña, y a mi vecino Nicolás, que no puede ser más bueno, ¿me estáis cogiendo mi lado bueno? —les preguntaba mientras todos reían, porque tenía una chispa que no se podía aguantar.

—¿Qué cree que habría pasado si Rubén no hubiese llegado a tiempo? —le preguntaron.

—Pues que me hubiera asado como un churrasco, vuelta y vuelta, ¿qué me podría haber pasado si no? Volar, no pensaba yo volar desde la terraza, eso os lo aseguro. No me veía haciéndome un paracaídas con las cortinas. Ay, madre, qué contenta estoy. Ya os dejo, chicos. Muchas gracias por vuestra atención. Me voy a hacer una cuenta de esas de Instagram para que me sigáis todos, ¿vale? Y, cuando queráis, estáis invitados a mi casa a tomar un chocolate con churros. Bueno, eso será cuando se pueda entrar por ella, que me da hasta miedo poner un pie allí.

La llevamos hasta allí sin contarle ni media palabra y, cuando por fin abrimos su puerta, su sorpresa fue total, llevándose las manos a la boca.

—Pero si mi casita está más blanca que la cal... Ay, Dios mío, ¿qué milagro es este? —se preguntaba ella.

—Abuela, no ha sido un milagro. Todo lo ha lavado, colocado y pintado Rubén—le explicaba su nieta.

—No, todo no, que también me han ayudado Nicolás y Paula—le aclaré.

—Ay, si es que valéis todos un potosí. Mi casita está mucho más bonita que antes, eso por descontado. Si ya pedía a gritos un pintadito. Al final, hasta me voy a alegrar de lo que ha pasado.

—Abuela, por Dios, que va a parecer que la echaste a arder a conciencia.

—Bien sabe Dios que no, mi niña, que ese lo ve todo. Cuando me encontré en esa humareda, pensando en que no te vería más, Paulita... Qué pena más grande, dejarte aquí sin novio, en este mundo—añadió ella y a los demás nos dio la risa.

Entre unas cosas y otras, ya era casi la hora del almuerzo, y aunque yo dije de marcharme para que Andrea pudiera descansar, no me lo consintió.

e

—De eso nada, mi superhéroe. Tú tienes que supervitaminarte y mineralizarte, como decía Super Ratón—me dijo ella sacando mi sonrisa.

—Bueno, pues os invito yo a comer algo, voy a pedir comida.

—Jesusito de mi vida. Ni en broma, en mi casa no...

—Pero si no me cuesta ningún trabajo, mujer...

—Tú ya me has salvado la vida y me has arreglado la casa, ¿qué será lo siguiente? ¿Ponerme un anillo en el dedo? —me guiñó el ojo, de lo más cómica.

—Abuela, por Dios—intervino Paula.

e

—¿A que no sería lógico, Paula? Ni contestes, ya te digo yo que no... Para eso mejor que te lo ponga a ti.

—Abuela, ¡ya vale! Cómo eres.

—Pues ya sabes tú cómo soy, hija, claro que sí. No me tomo nada en serio. Y tráeme el bolso.

—Si todavía no hemos pedido, ¿ya quieres pagar?

—No, es para arrearle un bolsazo a Rubén por si quiere hacerlo él.

Terminamos pidiendo a un restaurante italiano que había en el barrio y que nos gustaba a todos. Fue imposible que me dejase pagar ese día, por lo que mi invitación quedó en pie para otro, y también la de ella, que no se olvidaba de la lubina que me haría cuando tuviese cocina.

Lo pasamos muy bien durante la comida, en el acogedor y soleado saloncito de Andrea. Su casa era humilde, pero la tenía verdaderamente coqueta y agradable. Hubiera sido una pena que todo aquello se hubiese quemado. Suerte que las llamas no se propagaron más.

—Por lo que más lo hubiera sentido sería por las fotos—nos comentaba mientras dábamos buena cuenta de los deliciosos platos de pasta que nos sirvieron.

—¿Por tus fotos de boda, abuelita? —la picó Paula, a quien le encantaba hacerlo.

—No, no, por esas no. Si tu abuelo era más feo que Picio, que por lo visto era uno muy molesto de ver. Pues tu abuelo lo mismo. Con los años ganó un poco, pero de joven encima estaba muy enclenque y daba pena verlo. Con deciros que se emborrachó en la noche de bodas y le terminé llevando a la cama en brazos yo a él—nos contó y se tronchó de la risa.

—No puedo contigo, no puedo contigo—le repetía Nicolás muerto de la risa.

—¿Y tú qué sabes? Si no has intentado cogerme—se tronchaba ella—. En resumidas cuentas, que no, que yo lo habría sentido por las fotos de mi Paula y por las de mi Gloria—suspiró.

Se hizo un pequeño silencio que Paula rompió enseguida.

—Abuelita, tenemos tiramisú de postre, pero no creo que nos llegue para todos, ¿tú estás ya llena? —la provocó.

—De eso nada, si hay poco, yo ya he visto que ellos se han hinchado de comer y ahora les vendría bien una infusión. El postre para ti y para mí, niña...

Menuda golosa que estaba hecha. Por supuesto que hubo postre de sobra en un almuerzo en el que lo pasamos genial, quedando en que volvería a por todos ellos para ir a encargar los muebles de la cocina al polígono, la mañana siguiente.

)

1

2

## Capítulo 9



Llegué y ya estaban preparadas. No contaban, eso sí, con que enseguida llegaría una furgoneta, a cuyo dueño le encargué el porte de mi frigorífico.

—Pero ¿esto qué es? —me preguntaba Andrea, alucinando.

—Un frigorífico, abuela, ¿es que no lo ves? Oye, ¿te han hecho alguna prueba por si te diste un golpe en la cabeza o algo? —le preguntó su nieta.

—Paula, no me busques, que me encuentras. Claro que es un frigorífico, no tengo demencia senil, pero ¿qué hace aquí?

—Es mi pequeña aportación a tu cocina, Andrea—le expliqué muy contento.

—¿Tu pequeña aportación? Pues nada que no es grande, ¿tú te has graduado la vista, mi superhéroe?

—Es que yo estoy antojado de uno de esos americanos y no me decidía porque este estaba perfecto. Ahora, si te lo quedas tú, encima me haces un favor—le guiñé el ojo.

—Seguro que te faltará a ti quien te haga favores, no me lo puedo ni imaginar—me sonrió pícaro—. Pero vaya, que me lo quedo. Claro que me lo quedo, qué hermosura de frigorífico. Y menudo ahorro.

A mí no me costaba nada y para ella, efectivamente, era una buena ayuda.

—Pues entonces ya solo te faltan los muebles de la cocina, Andrea. Ya verás lo baratitos que son en el polígono. Y como yo compré allí los míos, me dieron un vale que tengo sin canjear y eso te supondrá también un descuento —le comentó Nicolás y a ella los ojos le hicieron chiribitas.

—Paula, ¿tú los estás escuchando? Como sigan así, no es que la cocina me vaya a salir gratis, sino que a este pasc

me pagarán por ponérmela—reía feliz.

Andrea y Nicolás se sentaron en los asientos traseros del coche mientras que Paula se quedó delante conmigo.

—Podéis poner música de esa que os gusta a los jóvenes, ¿eh? Esa del perreo, no creáis que porque llevéis detrás dos carcamales nos tendréis que poner melodías fúnebres—nos advirtió ella en uno de sus típicos arranques.

—Abuela, qué cosas dices, ¿y tú qué sabes del perreo?

—Poca cosa, hija, aunque sí que te digo que, si ahora fuese joven, sería *tó* perra—nos soltó y las carcajadas nos salieron a todos a la vez.

Llegamos al polígono y ella encantada, haciendo su pedido de muebles con el chaval que le hizo el diseño. Ya llevábamos un plano para ello.

—Su cara me suena, señora—le comentó.

—Claro que sí, si yo he sido una actriz muy famosa—se pitorreó—. Mira, yo he trabajado con Carmen Sevilla, con Conchita Piquer y con unas cuantas más de las grandes, que Dios las tenga a todas en su gloria.

—Pues no caigo. Igual será de eso, de las pelis de “Cine de Barrio” que veía mi abuela—le contestó él.

—Que no, chaval, que Andrea está de broma. Se ha hecho famosa porque aquí este muchacho, que es bombero, la salvó de una muerte segura en su casa hace unos días—le explicó Nicolás.

—¡Ahora sí! ¡Claro! ¿Y se le quemó la cocina? Esto se lo voy yo a decir a mi jefe, que seguro que una rebajita ca  
—le ofreció.

—¿Te estás enterando, Paulita? Si es que estamos de suerte. Tenemos que comprar lotería ya, que nos va a tocar  
—le decía ella entusiasmado.

Y sí que les tocó. No la lotería, pero sí una cocina completa y de mucha mejor calidad que la que ella pensaba que podría adquirir, y todo solo por el hecho de que el dueño de la empresa había seguido el caso de cerca y le sensibilizó mucho, aparte de que se declaraba fan de Andrea.

—Yo es que me río a mandíbula batiente con usted, Andrea, que tiene la gracia a esportones—le decía.

—Una tiene su gracia, sí, es verdad. Pues nada, que queda usted invitado a una comidita en mi cocina. No voy a dar abasto con tanta invitación. Si lo sé, la quemó antes—le dijo y el hombre se escamó un poco—. Sí, ¿no se lo

he contado? Es que yo soy un poco pirómana y...

No, eso se lo acababa de inventar. Pero sí era uno de los seres humanos más divertidos que yo hubiese conocido nunca. Hay encuentros que no son casuales, personas que se cruzan en nuestra vida para aportarnos mucho. Paula y yo nos reíamos sin parar.

—Con mi abuela siempre ha sido igual. Incluso cuando ella estaba triste, me hacía reír. Era como una contradicción, pero lo lograba.

—No me extraña. Oye, estáis invitadísimas a la entrega de mi condecoración, no hace falta ni que os lo diga. Sin tu abuela nada de esto habría sido posible—bromeé.

—Eso desde luego. No hace falta que lo jures—rio.

t

e

;

he contado? Es que yo soy un poco pirómana y...

No, eso se lo acababa de inventar. Pero sí era uno de los seres humanos más divertidos que yo hubiese conocido nunca. Hay encuentros que no son casuales, personas que se cruzan en nuestra vida para aportarnos mucho. Paula y yo nos reíamos sin parar.

—Con mi abuela siempre ha sido igual. Incluso cuando ella estaba triste, me hacía reír. Era como una contradicción, pero lo lograba.

—No me extraña. Oye, estáis invitadísimas a la entrega de mi condecoración, no hace falta ni que os lo diga. Sin tu abuela nada de esto habría sido posible—bromeé.

—Eso desde luego. No hace falta que lo jures—rio.

## Capítulo 10



Terminé de disfrutar de mis días libres en el fin de semana. El lunes ya me reincorporaría al trabajo y sería distinto.

Aproveché para verlas el domingo nuevamente. Ese día sí que las invité a almorzar. Me había relajado el finde, puesto que finalmente a Diego le salió un compromiso familiar y no me insistió en salir.

Por mí, mejor, me apetecían planes más tranquilos después de una semana tan intensa. Además, que todavía me seguían algunos de los de la prensa y demás para entrevistarme y prefería que pasaran unos días antes de salir de marcha, dándoles tiempo a que se olvidaran de mí.

Mi invitación a almorzar en la calle se notó que les gustó mucho. También se lo comenté a Nicolás, puesto que ya no éramos nada sin él. También disfrutábamos de su compañía.

Decidimos hacerlo en un restaurante del barrio, dado que Andrea se animó a estirar un poco las piernas aprovechando que el día estaba buenísimo.

De camino, Nicolás le ofreció su brazo, feliz cual perdiz, y mi bella dama se lo dio. Iban charlando muy dicharacheros y lo comentábamos Paula y yo.

—Me alegra verla tan bien acompañada, porque yo no tardaré demasiado en tener que regresar a mi casa, y no me gustaría que se quedase sola otra vez—me comentó.

—Por eso no te preocupes, que tu abuela no estará sola. Pero ¿tienes que irte tan pronto de verdad? —le pregunté.

—Sí, tengo que hacerlo, no me queda más remedio. He de volver a casa porque mi puesto de trabajo no lo puedo perder.

—¿Y dónde trabajas? No me has contado nada de ti, prácticamente.

—Tampoco tú me has soltado ahí la parrafada de tu vida al completo—me respondió rauda.

—No creas que hay tanto que contar...

—Pero la vida de un bombero es apasionante. Fíjate, si no, en lo que ha pasado, en el rescate de mi abuela.

—Lo cual no significa que la mayoría de las veces ocurran cosas así. Es verdad que es un trabajo emocionante, eso no te lo niego. Me apasiona, eso también te lo confieso. Me siento feliz de ser bombero y, por lo demás, mi vida es muy normal.

—¿Vives solo? —me preguntó. Me gustaba que fuese por ahí, que quisiese hurgar algo más en mi vida.

—Sí, solo—le respondí con el deseo de que me preguntase algo más sobre mi vida personal, si bien no lo hizo.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu vida en Clovelly? —me interesé.

—Muy bonita, la verdad. Es un lugar de postal, siempre en la lista de esos que hay que ver sí o sí en Gran Bretaña. Nunca has estado allí, ¿verdad?

—No, de allí solo conozco Londres. Estuve hace años con una pareja que tenía—le comenté en referencia a Lidia

—Te gustaría, ¿sabes que forma parte del elitista grupo de municipios que el Reino Unido considera de su propiedad privada?

—Espera, espera, que eso no lo entiendo muy bien, ¿qué significa en la práctica?

—¡Que tienes que pagar para visitarlo! —exclamó.

—¿Pagar para visitar un pueblo? ¿Es una broma?

—No, no... Tampoco es que te vayas a arruinar, son solo unos 10 euritos, no te tienes que rascar el bolsillo. Ahor bien, la mayoría de la gente se queda alucinada cuando se entera.

—Y yo el primero, ya te digo. Es curioso.

—Merece la pena, te lo advierto de antemano.

—Sobre todo si es por verte a ti, seguro que por eso no le importa pagar a nadie—me aventuré a decirle.

—¿Te imaginas que me utilizaran de reclamo publicitario? —preguntó entre risas.

—Perfectamente. Y si no se les ha ocurrido es porque andan lentos de reflejos, porque eres un reclamo sensacional—le comenté.

—Ya, ya... Pues nada, le daré la idea a mi jefe, a ver si cuela.

—Oye, ¿y dónde trabajas?

—En un hostel muy bonito y pintoresco. Es la bomba, cuenta con unas vistas sensacionales. El sitio es de cuento, ya me gustaría que mi abuela lo hubiera podido ver, pero no se anima.

—Le cuesta, está muy mayor, es obvio.

—Sí, aunque para algunas cosas no tanto. Mira lo contenta que va del brazo de Nicolás.

l.

—¿Sabes que está enamorado de tu abuela hasta la médula? —le confesé.

· —¿Te lo ha dicho él?

—Sí, lo que sucede es que, a sus 80 añitos, el hombre ha querido ir con pies de plomo, por eso nunca le dijo nada, ¿a ti qué te parece?

—Para troncharse, pues a ver si ahora se anima más.

—Sí que lo hará, se le notan las ganas.

—Normal, le ha visto las orejas al lobo. La vida es demasiado corta para desperdiciarla cuando algo merece la pena—opinó aquella atractiva mujer por la que cada día me sentía más atraído.

a

—Sí que lo es, ¿también piensas que hay que lanzarse de cabeza por aquello que merece la pena? —le pregunté.

—Claro. Hombre, que igual conviene ponerse un casco por si acaso, pero que sí—asintió con voz risueña.



## Capítulo 11



—No tendrías que habernos invitado, mi superhéroe—me decía Andrea mientras miraba la carta, cómodamente instalada en una de las mesas de la terraza del restaurante.

—¿Y eso por qué? Si el otro día me invitaste tú, Andrea.

—Eso no fue ni la milésima parte del pago por lo que hiciste en mi casa, que es menester ver lo bonita que me la has dejado. Ahora, que en cuanto me llegue la cocina nueva, te preparo esa lubina que te tengo prometida.

—Te vas a chupar los dedos. Mi abuela es la mejor cocinera del mundo. Sus platos son una de las cosas que más echo de menos de vivir fuera—le comentó Paula.

—Así que por el interés te quiero Andrés, ¿no? —rio ella.

—No me lo tomes a mal, abuelita. Sabes que echo de menos tenerte cerca, solo que yo no tengo la culpa de que cocines así de bien, ¿o sí que la tengo?

—Eres una zalamera, Paulita, siempre lo ha sido.

—También podrías volverte y así disfrutarías todos los días de tu abuela—carraspeó.

—Ya me gustaría, pero entiendo que está bien donde está—suspiró Andrea.

Había algo en ese suspiro que me puso en alerta. No parecía tener demasiado sentido que, deseando la una estar al lado de la otra, las separase una distancia tan enorme. Y más cuando la anciana la necesitaba.

Vi que Paula se incomodaba y que trataba de cambiar de conversación, como si hubiera algún tema que no deseara que saliera y, como es obvio, no quise hurgar en la herida puesto que no tenía ningún derecho a hacerlo.

Comenzamos a tratar muchos temas más. Y Andrea dejó la bomba para el final, para el momento de los postres.

—Os quería comentar una cosita—murmuró—. Espero que no me la toméis a mal, sobre todo tú, mi superhéroe—me dijo poniendo su mano encima de la mía.

—Muchos esfuerzos tendrías que hacer para molestarme, Andrea.

—Es que me han llamado de la tele porque quieren hacerme una entrevista—nos soltó y a todos se nos abrieron los ojos, grande, grande.

—A mí también me llamaron—le contesté sin haber contemplado que le ocurriese lo mismo.

—¿No me digas? Y yo preocupada... ¿Tú cuándo vas a ir? Esos tunantes igual lo que quieren es darnos la sorpresa y que nos veamos allí en el plató.

—No lo creo, Andrea, más que nada porque yo rehusé el ofrecimiento.

—¿Rehusar significa que no vas a ir? —me preguntó—. Es que yo, con ciertas palabras no me entiendo muy bien —me sonrió.

—Eso mismo, Andrea.

—¿Y a ti me molesta si voy yo? Es que ya he dado mi palabra. Y, además, que me pagarán un dinerito y a mí niña Paula le vendrá genial.

—¿Qué dices, abuelita? Tú no tienes que sacrificarte por mí, ¿eh? Yo ya te he demostrado que sé salir adelante.

—Y con creces, sola por los mundos de Dios, cuando nunca te habías movido de mi vera. Pero igual ese dinerito te sirve para tener otra idea, para no tener que estar tan lejos...

—Hace un poquito has dicho que estoy bien donde estoy—le recordó.

—Y lo sé, aunque mi cabeza me dice una cosa y mi corazón me dice otra, Paula.

—Quedamos en que ya lo iríamos viendo con el tiempo, ¿te acuerdas?

—Divinamente, hija. La cabeza es lo único que sigo teniendo bien en mi dolorido cuerpo.

—Pues entonces, abuelita. Deja el mundo correr y ya se irá viendo, ¿te parece?

—Pero tú ese dinerito lo coges, no seas tonta. Que me van a dar una pasta por ir a contar eso tan bonito que me ha pasado con Rubén, que se jugó la vida por mí.

—Tampoco es eso, Andrea, no exageres...

—Que sí, hijo, y que yo lo voy a contar con muchísimo orgullo. También a ti te daré un piquito de lo que coja, que te lo mereces.

—Eso sí que no lo aceptaría en la vida, Andrea, te puedes olvidar.

—Qué muchacho más cumplido. Eres eso que llaman un soltero de oro, ¿no te parece, Paula?

Ella no perdía oportunidad de lanzar la caña, aunque fuese para su nieta, y Paula le sonreía, sabedora de que era todo un personaje.

A la salida, quedamos en que nos llamábamos en esos días.

—Pero la tarde está perfecta, cariño, ¿por qué no te vas a dar un paseíto con Rubén por ahí? —le comentó ella.

—Porque tengo que cuadrar algunas cositas del hostel. Aunque esté aquí, debo teletrabajar algunos ratos, abuelita y me comprometí a que lo enviaría esta noche.

a

—Y encima así de responsable mi niña, ¿no es un primor, Rubén? —disparaba en todas las direcciones.

—Claro que lo es, mi bella dama—le contesté mientras le gastaba la broma de besar su mano y, a continuación, la de su nieta.

—Esa otra, más que besarla, me la tienes que pedir... Y ya verás lo prontito que te la doy—se le soltó la lengua a la anciana.

—Abuela, que te estoy oyendo—le decía Paula moviendo graciosamente la punta de su pie.

—Ya lo sé, mi niña. Si tú no estás sorda ni nada. Por suerte, ya llegarás a mi edad y te empezará a fallar todo. Aprovecha ahora que eres joven—le decía mirándome de soslayo.

Paula se acercó a despedirme.

—Espero que no te moleste, ella es así. No tiene pelos en la lengua, nunca los tuvo. Eso sí, todo lo dice de corazón.

—Tu abuela me tiene conquistado, no se me ocurre ninguna manera de que pudiese enfadarme.

—Pues yo que me alegro.

—Y su encanto es hereditario—aproveché para soltarle mientras le daba un abrazo.

—Tú también eres guay—me dijo antes de despedirnos en la puerta de su bloque.

,

l

—Espero que no te moleste, ella es así. No tiene pelos en la lengua, nunca los tuvo. Eso sí, todo lo dice de corazón.

—Tu abuela me tiene conquistado, no se me ocurre ninguna manera de que pudiese enfadarme.

—Pues yo que me alegro.

—Y su encanto es hereditario—aproveché para soltarle mientras le daba un abrazo.

—Tú también eres guay—me dijo antes de despedirnos en la puerta de su bloque.

## Capítulo 12



Diego se acercó por allí esa noche, nuevamente con unas birras frías. De todos modos, poco pensábamos beber porque trabajábamos al día siguiente.

—El finde que viene no te libra nadie de que salgamos, ya lo estoy deseando—me decía.

—Tanto deseo me escama, ¿escondes algo?

—Un par de preciosidades que se me han puesto a tiro. Y como soy un amigo de los buenos, pues nada, que pienso compartirlas contigo—me indicó—. Y no, no pongas cara de tanto entusiasmo, que me vas a asustar—me comentó irónico al comprobar que no era así.

—El viernes me dan la condecoración, no sé...

—¿De madrugada? Venga ya. Eso será por la mañana, quedaremos por la noche.

—Es que había pensado invitar a Paula a cenar para celebrarlo.

—Esa Paula te está haciendo mucho tilín, ¿no? Ten cuidado, que luego pasa lo que pasa.

—Ya, y encima es que ella vive en el Reino Unido.

—Encima eso. Que estará unido, pero no con nosotros, eso es entre ellos. Está lejos, y las relaciones a distancia no funcionan, tú lo sabes. Bueno, tú no lo sabes porque no las has tenido, pero yo sí.

—¿Lo dices por lo de aquella chiquita de Puerto Rico? Eso era distinto, tío. Nunca la conociste en persona, menudo lío.

—Pero no funcionó...

—No se puede tomar como referencia. Además, que ella se podría volver, sería lo más lógico. Si comienza a sentir algo por mí y encima tiene aquí a su abuela...

—En eso te voy a dar la razón, solo si no te pones tonto. Es verdad que no se le ha perdido nada allí.

—El problema es que creo que se marchó por algún motivo, por eso su abuela entiende que está bien allí y, aunque lo desea, no le pide que se vuelva.

—Pero está loca por emparejarla contigo... Eso ya me lo has comentado.

—Ya, porque en el fondo le gustaría verla aquí y acompañada. Supongo que Andrea sueña despierta, como todos...

—No, yo sueño dormido. A mí déjame de milongas. A ti sí que se te está viendo de nuevo cara de memo, yo no te digo nada.

—¿Has venido para criticarme?

—No, he venido para decirte que siempre tenemos éxito pero que, a partir de ahora, con la fama que te has labrado, nos lo podemos comer todo. Y junto, o sea, darnos un buen empacho de tías. Hasta Tania parece más interesada que nunca por ti.

—¿Tania nuestra compañera?

—Pues claro, qué Tania había de ser si no... Nuestra Tania, eso es.

—Madre mía, lo que hay que escuchar... Si Tania nunca ha querido nada con ninguno de nosotros. Lo tenía muy claro, que nada de mezclar.

—Pues ahora la has puesto una cosita mala, te lo digo yo, que la he escuchado hablar en el parque.

<sup>3</sup>Obvio que el parque no era uno infantil, sino la estación de bomberos, también llamada parque de bomberos, nuestro lugar de trabajo en el que esperamos a que salgan urgencias mientras realizamos el mantenimiento de nuestros instrumentos y herramientas, así como de los vehículos. Y, por supuesto, donde entrenamos, porque un bombero no puede permitirse eso de perder su forma física.

—¿La has escuchado hablar? ¿Es que tú tienes oídos en todas partes?

—Negativo, solo tengo dos, pero en el sitio en el que deben, ahí están.

—Eres un cotilla, Diego.

—No, soy un oportunista. Si se tiene el oído en el sitio adecuado, se le puede sacar mucha rentabilidad a la vida. Y la vida va de eso, de sacarle rentabilidad, al fin y al cabo.

—Estás en todo. Yo no me encuentro en esa onda, Diego.

—Ya, tú lo que estás deseando es meterte en otra relación, cuando dijimos que nos lo montaríamos sensacional sin necesidad de que nos ahorquen.

—¿Ahorcarnos? A mí me gusta estar en pareja, colega. Eres tú quien ha desarrollado esa intolerancia, alergia o como quieras llamarlo.

;

—Esa especie de sentido común, querrás decir.

—Venga, trae una de esas birras, que al final se calentarán y me echarás la culpa.

—Ya, porque con las birras pasa lo contrario que con las chicas... Te digo yo que tenemos a unas cuantas hirviendo, amigo, estamos en racha...

Diego parecía de lo más emocionado. Él era un conquistador nato que disfrutaba coleccionando mujeres que pasaran por su cama. Yo no quería que la infidelidad de Lidia hiciese lo mismo conmigo, que me convirtiese en alguien incapaz de amar, solo pendiente del lígüe de turno.

A mí, aunque no tuve ojo con mi ex, me gustaban las mujeres con las que podría imaginarme en el futuro. Y eso era lo que sucedía con Paula, que la consideraba una chica cien por cien divertida con la que me reía muchísimo, pero a la par responsable y con los pies en el suelo.

Me atraía, se lo comenté a mi amigo, quien finalmente me escuchó resignado.

—Pues venga, cuéntame qué es eso tan especial que tiene, ¿música en el ombligo? Porque ni siquiera sabes si sois compatibles sexualmente, ¿a que no le has dado ni un beso?

—No, no se ha dado el caso.

—Pues por ahí es por donde debes empezar...

—No me cabe ninguna duda, porque las chispas están ahí, cada vez que nos vemos.

—Ya, muy agudo... Chispas, bombero... Todo cuadra.

—Menos coña, colega. Creo que me estoy comenzando a enamorar de Paula porque siempre deseo que haya una nueva oportunidad para verla.

—Madre mía, sí que te está dando fuerte, porque no es para llevártela a la cama y punto, ¿no?

n—Ya sabes que no.

—Lo que me temía—suspiró.

—No me cabe ninguna duda, porque las chispas están ahí, cada vez que nos vemos.

—Ya, muy agudo... Chispas, bombero... Todo cuadra.

—Menos coña, colega. Creo que me estoy comenzando a enamorar de Paula porque siempre deseo que haya una nueva oportunidad para verla.

—Madre mía, sí que te está dando fuerte, porque no es para llevártela a la cama y punto, ¿no?

—Ya sabes que no.

—Lo que me temía—suspiró.

## Capítulo 13



Noté de qué me hablaba Diego al día siguiente cuando comencé la guardia.

Tania era una de mis compañeras. En el parque éramos más hombres que mujeres, pero ya teníamos la suerte de contar con varias bomberas, verdaderas profesionales que demostraban su valía en cada intervención. Ella era una de ellas. Y nunca se había mostrado interesada por mí. Hasta aquel día.

—Hola, hola, ¿cómo está el bombero del que todos hablan? —me preguntó en cuanto me puse el uniforme y ella se acercó.

—Un tanto sobrepasado por tanto revuelo, si te digo la verdad...

—No me extraña, tiene que tensar lo de salir en todos los medios y convertirte en un héroe nacional.

—Yo no soy ningún héroe. Si lo hubiese hecho sin preparación, vale, pero siendo bombero, solo cumplí con mi obligación.

—Guapo, listo, atrevido y modesto... Si es que lo tienes todo—me dijo vacilona.

—Anda ya...

—Que sí, que no tendrías por qué haberte arriesgado hasta que llegásemos los demás. Y lo hiciste—me dio un beso en la mejilla—. Me siento muy orgullosa de ti. Oye, tú y yo nunca nos hemos tomado nada, ¿te apetecería que quedásemos este finde?

Directa, fue directa porque se trataba de una mujer segura que no se andaba con rodeos.

—Creo que no, Tania, te lo agradezco, pero tengo planes.

—Ah, ya, te dan la condecoración y eso, ¿no? No había caído, supongo que ya habrás hecho tus planes. Bueno, pues que sepas que la oferta sigue en pie. Ahora que te has hecho famoso, espero que sigas teniendo algo de tiempo para tus compañeros. Algunos lo estamos deseando—me sonrió picante.

Era la primera vez que Tania me tiraba fichas. En alguna ocasión nos dirigimos alguna miradilla furtiva, pero poco más. No habíamos tenido nunca nada y de pronto se me ponía en bandeja.

Orlando, el jefe, vino a mi encuentro y me pidió que le acompañase.

Cuando llegué al salón, allí estaban todos, aplaudiéndome y vitoreándome. Hasta habían dibujado alguna pancarta de lo más simpática en la que se me veía como a un superhéroe—todos escucharon lo que dijo Andrea a la salida del hospital—, volando desde la terraza con la anciana en brazos. Ya le habían echado cuento, ya...

—¿Esto qué es? No me lo merezco—les aseguré con la sonrisa más amplia, agradecido porque se lo habían currado, preparando un desayuno de película para festejar todos juntos lo sucedido.

—Esto es una pequeña muestra de agradecimiento por nuestra parte, Rubén. Con tu gesto, no solo has salido favorecido tú, sino todos los bomberos de esta ciudad. La gente habla maravillas de nosotros y eso te lo debemos a ti—me decía Orlando, quien era un buen jefe, un hombre justo de esos a los que les gusta llamar al pan, pan y al vino, vino.

—No lo merezco, de verdad que no.

—Sí que lo mereces, tío—me abrazó Diego—. Rubén, todos estamos orgullosos de ti.

—Me vais a poner hasta nervioso—les comenté.

—Sí, te vamos a poner que te subirás por las paredes. O mejor, que escalarás por las fachadas—añadió con sorna otro de mis compis, Raúl.

Les agradecí muchísimo la fiestecita y pasé el resto del día, mientras trabajaba, pensando en Paula y en qué la llevaría a marcharse en su día de la ciudad.

Me dolía pensar que emprendiera de nuevo el vuelo y no tuviese oportunidad de iniciar nada con ella. No podía irme a vivir al extranjero, no cuando tenía una buena plaza de trabajo fijo que no me fue fácil conseguir. La oposición de bombero es una de las más difíciles a nivel físico, por lo que requiere gran preparación. Aparte, que yo ya no me veía trabajando de ninguna otra cosa. Ser bombero formaba parte de mi esencia.

Le escribí a lo largo del día para preguntarle si le apetecería cenar conmigo la noche siguiente. Yo saldría de

guardia, dormiría un poco, y estaría listo para disfrutar de una velada con ella, puesto que siempre quedábamos los cuatro y me resultaba más difícil hablar. No podía esperar a la cena del viernes, necesitaba verla antes.

Tuve suerte porque me contestó que sí. Ella no era de dar pasos, aunque la notaba complacida cuando yo lo hacía. Eso me puso de muy buen humor, y se me notó.

Estaba viviendo un bonito momento de mi vida y el viernes recibiría una condecoración con la que no hubiese soñado años atrás. La mala racha se alejaba de mí y lo de mi ex había entrado en el baúl de los recuerdos de mi vida.

Quería pensar en que todo me iría sobre raíles a partir de entonces y así lo procuraría. Me había decidido a luchar por Paula, a llegar adentro de su corazón, a sacarle la oscura razón que se la llevó lejos y ya, de paso, a tratar de disuadirla de su idea de dejarnos, de marcharse nuevamente.

La guardia fue tranquilita, más allá de unas cuantas incidencias que atendimos, ninguna de envergadura. Como es lógico, no en todas nos vemos metidos en un fregado importante, puesto que eso no habría mente que lo aguantase.

Trabajé con una alegría que no experimentaba desde hacía tiempo. A mí, estar ilusionado siempre me puso las pilas, y comenzaba a notar que mis niveles de energía iban hacia arriba.

Estaba deseando salir a la mañana siguiente, irme para casa a dormir y luego ver a Paula. No volvería a entrar a trabajar hasta el sábado, pues estaba en turno 1-4, es decir, un día completo de guardia y luego cuatro libres. Nuestros turnos son así, tienen poco que ver con los de otros funcionarios. En nuestro caso vamos a 1-3, 1-4 o 1-5 dependiendo de muchos factores.

guardia, dormiría un poco, y estaría listo para disfrutar de una velada con ella, puesto que siempre quedábamos los cuatro y me resultaba más difícil hablar. No podía esperar a la cena del viernes, necesitaba verla antes.

Tuve suerte porque me contestó que sí. Ella no era de dar pasos, aunque la notaba complacida cuando yo los daba. Eso me puso de muy buen humor, y se me notó.

Estaba viviendo un bonito momento de mi vida y el viernes recibiría una condecoración con la que no hubiese soñado años atrás. La mala racha se alejaba de mí y lo de mi ex había entrado en el baúl de los recuerdos de mi vida.

Quería pensar en que todo me iría sobre raíles a partir de entonces y así lo procuraría. Me había decidido a luchar por Paula, a llegar adentro de su corazón, a sacarle la oscura razón que se la llevó lejos y ya, de paso, a tratar de disuadirla de su idea de dejarnos, de marcharse nuevamente.

La guardia fue tranquilita, más allá de unas cuantas incidencias que atendimos, ninguna de envergadura. Como es lógico, no en todas nos vemos metidos en un fregado importante, puesto que eso no habría mente que lo aguantase.

Trabajé con una alegría que no experimentaba desde hacía tiempo. A mí, estar ilusionado siempre me puso las pilas, y comenzaba a notar que mis niveles de energía iban hacia arriba.

Estaba deseando salir a la mañana siguiente, irme para casa a dormir y luego ver a Paula. No volvería a entrar a trabajar hasta el sábado, pues estaba en turno 1-4, es decir, un día completo de guardia y luego cuatro libres. Nuestros turnos son así, tienen poco que ver con los de otros funcionarios. En nuestro caso vamos a 1-3, 1-4 o 1-5, dependiendo de muchos factores.

## Capítulo 14



Iba llegando a casa aquella mañana cuando me encontré a Cristina, esa chica que fue la novia de Samuel, el jefe y pareja de Lidia.

No la había visto últimamente y por eso me sorprendió.

—Hola, he llamado al telefonillo de tu casa y no estabas, ya me iba—me comentó en ese momento.

—Hola, ¿cómo estás? Llego ahora de guardia, ¿te pasa algo? —le pregunté.

—No, más que nada que deseaba felicitarte, ahora que te has convertido en un héroe...

—Que no, mujer, que te digo yo que no es para tanto—repetí por milésima vez.

—Bueno, y también porque me gustaría comentarte otra cosita, ¿me invitas a un café? Podríamos ir a la pastelería esa, donde sirven los cruasanes que están de vicio—me pidió.

—Bueno, iba con la intención de coger la cama, pero supongo que no puedo decirle que no a un buen desayuno.

—Claro que no. Y otra cosita, ¿por qué coger la cama? Mejor te tumbas en ella, ¿no?

Era muy simpática. Nos vino bien darnos un homenaje juntos cuando nos cornearon a dúo. Desde entonces, éramos amigos. Al principio, nos considerábamos unidos por la desgracia. Después, ya aprendimos a ver que no había ninguna desgracia en lo que nos había sucedido.

Noté a Cristina con ganas de hablar. Y no solo del rescate de Andrea, del que se empapó, sino de más cosas.

—Cuéntame, sé que no has venido solo para felicitarme—le pedí.

—Es verdad. Tengo un chisme. Ha llegado a mí a través de Almu, ¿la recuerdas?

—Sí, la chica que estuvo trabajando también con Samuel, ¿no?

—Sí, sí, la que despidió porque a Lidia no le caía bien, en cuanto se hicieron pareja.

—Sí, en un gesto que los honra a ambos.

—Exactamente. Pues nada, que resulta que ella trabaja en una clínica cercana ahora, y que en el mundillo todos se conocen, y anoche me llamó para decirme que esos dos ya no están juntos.

—¿Samuel y Lidia? ¿Lo han dejado?

—Ya te digo yo que sí, que lo sé de buena tinta. Almu está dolida con ellos, pero no es ninguna chismosa. Cuando me lo contó, es porque hay tomate. Y entonces miré en sus redes y ¡bingo! Ni una foto juntos, ni se siguen ni nada de nada...

—Así que se les rompió el amor...

—Sí, de tanto usarlo, como cantaba Rocío Jurado.

—Cielos, qué poquito les ha durado. Pusieron nuestras vidas patas arriba y ahora, en nada, se tiran los trastos a la cabeza.

—Justo, porque tengo entendido que la suya no ha sido una ruptura pacífica. Los motivos no los sé, pero parece ser que acabaron como el rosario de la aurora.

—No me alegro, pero desde luego que tampoco me disgusto. Si te digo la verdad, a mí Lidia ya no me produce ni frío ni calor.

—Pues como a mí Samuel: cero grados.

—¿Cero grados no es ni frío ni calor? Joder, igual tienes averiado el termómetro, chica.

—Pues tú no notaste que tuviese ninguna avería, y eso que me exploraste a fondo—advirtió divertida.

—Nos lo pasamos bien, no te lo voy a negar.

—Es que no podrías hacerlo. De hecho, nos lo pasamos genial...

—Cierto.

—Me preguntaba si, ahora que esto ha pasado, podríamos celebrarlo juntos, ya me entiendes—me guiñó el ojo.

Definitivamente, estaba triunfando. En otro tiempo, me habría parecido fantástico, pero no era el caso. Yo no tenía ganas de líos, puesto que se me había metido Paula en la cabeza y, por ello, quería trazar un plan y no desviarme del camino.

—Lo siento, Cristina, me halaga que hayas pensado en mí para esto, pero en esta ocasión.

—Debo buscarme a otro, ¿no? Tendría que haber insistido en su momento. Ya sabía yo que un bombón como tú no estaría demasiado tiempo sin que nadie le hincase el diente. En realidad, fui muy tonta—me comentó.

1

—No era momento ni circunstancia, Cristina. Nos dimos lo nuestro en la cama, más allá de eso no habría funcionado. Los dos estábamos muy escocidos.

—Ya y, aun así, pienso que contigo se me habría pasado. En fin, no quiero quitarte más tiempo. Debes dormir, y por ahí habrá alguien que te esté esperando.

—No llega la cosa a tanto todavía—le confesé.

—Y, de todos modos, estás ilusionado. Se te nota en los ojitos, me alegro por ti—me dijo al despedirse, dándome un piquito y poniendo cara de pilla—. No me lo tomes a mal, ¿vale? Me lo he cobrado por la información—unió sus manitas en señal de súplica.

—No, claro que no me lo tomo a mal—le dije sonriente. Cristina era muy atractiva y, de ser otras las circunstancias, hubiéramos volado hacia mi casa para encamarnos, pero no lo eran.

Llegué, me di una ducha y me desperté ya al mediodía con la intención de almorzar algo, hacer deporte y ya por la tarde prepararme para la cena.

Quería estrenar algo y me decanté por una camisa Oxford en azul y americana contrastando con ella. Por lo demás, me puse unos jeans y complementos en marrón. Un look desenfadado, sin renunciar a la elegancia.

Ya salía cuando una vecina me retuvo por la escalera. Se llamaba Amalia, debía pasar de los 60 y era muy amable

—Perdona, Rubén, ¿te harías un selfi conmigo? Es que quiero fardar de vecino famoso con mis amigas—me

preguntó.

—No soy famoso, Amalia. Soy el mismo de siempre—le comenté.

—El mismo guapetón que siempre, y ahora también famoso, te lo digo yo, que has puesto el barrio de moda con tu hazaña.

a

—Es mi trabajo, no soy el Cid Campeador.

—Por suerte para todas, porque con la dichosa cota de malla esa no se te vería ese cuerpazo. Estás que te sales, ¿vas de cenita?

—Sí, eso parece.

—Esa chica tiene suerte, te lo digo en serio.

—¿Y por qué sabes que voy con una chica, Amalia?

—Porque lo llevas escrito en la frente. Eso sí, esta vez ten mejor ojo.

—¿Por qué me lo dices? —le pregunté extrañado.

—Porque la otra era un poco arpía, ¿cómo se llamaba?

—¿Lidia?

—Eso, la tal Lidia. A nadie le caía bien en la escalera. Igualito que tú, que siempre has sido tan buen niño. Tú te mereces a alguien que te quiera bien, ¿es verdad que te puso los cuernos? —la miré flipado—. Ay, perdona si he sido un poco brusca. Yo es que no tengo filtros... Y ya me has contestado, solo con la cara que has puesto. Pues ¿sabes lo que te digo? Que todo pasa por algo y que otra que se lo merezca te disfrutará. Yo, porque no tengo<sup>a</sup> hijas, que si no... De yerno te querría ver, porque los chicos no te gustan, ¿no? Que mi niño acaba de salir del armario y yo estaría encantada.

Otra con la misma canción. Vale, que si los hombres me gustasen lo haría valer del tirón, pero que no era el caso, para nada lo era.

∴



## Capítulo 15



Llegué y subí a saludar a Andrea, antes de salir a cenar con Paula, quien se estaba dando los últimos retoques.

—Paula, cariño, no hagas esperar a mi superhéroe, que viene para morirse de guapo—voceó para que la escuchase.

—Espero que para morirme no sea el caso, Andrea—le contesté junto con una sonrisa.

—Por supuesto que no, precioso, que eres precioso. Para morirme estoy yo, que un día estiraré la pata—me aclaré

—Eso todos, aquí no nos quedaremos ninguno, Andrea.

—Ya, pero a mí me quedan dos telediarios. Y no me quejo, ¿eh? Que encima igual los veo con Nicolás, que el hombre se está esforzando.

—Es verdad, se os ve muy bien juntos...

—Sí que estamos bien, eso no me preocupa—me comentó por lo bajini.

—¿Y Paula sí? —le pregunté.

—Es que ya sabes lo que opino.

—Que no te irás sin dejarla emparejada, pero para eso pueden faltar dos siglos.

—¿Para que mi niña encuentre pareja? Oye, que no quiero perder las amistades contigo, ¿eh? Mira que te estoy haciendo la capa y todo, pero la tiro por la ventana, vamos.

—Me troncho contigo, Andrea. No, quiero decir que tú no te vas a morir ni en dos siglos.

—Paparruchas, me tocará cuando me toque, pero si para entonces mi Paula está con un buen hombre, mil veces mejor. ¿A ti te gusta de verdad? —me interrogó con sus vivos ojitos.

—Me gusta, pero no sé de qué pie cojea, igual tú me podrías ayudar.

—¿Se puede saber qué cuchicheáis en el salón? —nos preguntó ella.

—Le estoy diciendo a Rubén que ya mañana me traen los muebles de la cocina, así que el domingo hay aquí lubina para todo el mundo—se excusó ella, aunque ya de paso me invitó.

—Ah, vale, que te conozco, abuelita.

Me llevó a la entrada, para poder hablar más tranquilos.

—Ella se va porque lo pasó muy mal aquí, por eso sé que está bien donde vive ahora. Pero si encontrase una ilusión que le hiciera olvidar todo aquello...

». —¿Qué pasó, Andrea? Me gustaría saberlo.

La anciana miró hacia el pasillo para asegurarse de que Paula no la oía.

—Hará un par de años. Aquí había perdido un trabajo en la agencia de viajes en la que llevaba un tiempo y, como mi niña le echa mano a todo, se puso a limpiar una consulta. A mí no me dio buena espina cuando me comentó algunas cosas que le pasaron con su jefe, porque el tío parecía ser un zorro de cuidado. Aun así, mi niña se empeñó en seguir allí, dando el callo, porque ella sin trabajar no puede estar, y una noche...

—¿Qué pasó, Andrea?

—Pues que su jefe intentó propasarse, eso sucedió—me contó con lágrimas en los ojos.

—Maldito hijo de perra, ¿y lo logró?

—No, porque mi Paula logró zafarse. Y entonces fue cuando comenzó lo peor, porque el tío estaba casado y la buscaba por cielo y tierra para evitar que lo denunciase. Decía que todo se lo había inventado ella, que antes de que le arruinara la vida, la metía bajo tierra... Encima, parecía estar obsesionado con la niña, porque no la dejaba. Y después le volvía a decir que todo era producto de su imaginación. A mi Paula le faltaba el canto de un duro para volverse loca y entonces se enteró de que una amiga suya se iba a Londres a trabajar.

—Y ella pensó igualmente en coger la maleta...

—Sí, primero recaló en Londres con su amiga, pero ese contrato se le acabó y ella, que siempre fue buscavidas, se terminó marchando al pueblecito ese en el que vive, que ahora mismo lo tengo en la punta de la lengua.

—A Clovelly...

—A ese mismo, puñetas. Mira qué bien te has quedado tú con la copla. Pues sí, que mi Paula se fue allí y yo creo que está bien. Ella sabe que, en el fondo, yo no pierdo la esperanza de que un día vuelva. Ojalá que todo se arregle. Y un novio sería lo mejor que le pasase para eso, una ilusión aquí que le hiciera perder el miedo a volver.

—¿Porque ella sigue teniendo miedo?

—Sí, el tipo no la volvió a molestar cuando se fue, solo habría faltado, pero ella teme que vuelva a hacerlo si se la encuentra por aquí. Se obsesionó demasiado, no debe estar bien de la azotea. Te juro que yo no fui a buscarlo y a sacarle los ojos porque no sabía quién era ni dónde trabajaba la niña, que si no... Ese se entera de quién es Andrea.

—¿Qué dices de Andrea, abuelita? ¿Ya te estás pavoneando? Mira que tienes arte, ¿eh?

—Pues claro, mi niña. Aquí le estoy contando a mi superhéroe que Andrea ha sido mucha Andrea.

—Eso ya te lo confirmo yo. Y muy guapa, te voy a enseñar una foto de ella de joven—me comentó, al salir a buscarme.

No dudaba que Andrea lo estaría en esa foto, pero para guapa Paula con esa chaqueta de cuadros, su camisa blanca, sus jeans y esa coleta alta que dejaba su aterciopelado rostro totalmente a la vista.

—Bueno, no es porque yo lo diga, pero es verdad que de joven partía algún que otro corazón, Rubén.

—Y de mayor también, que me conozco a uno que está que pierde la azotea por ti. Solo le hace falta un empujoncito más, Andrea—añadí.

—Para darme muchos empujones no está el hombre, eso también te lo digo, ni yo para recibirlos, que soy capaz de desmontarme—me dijo riendo a carcajadas.

—Tú ya me has entendido.

—Que sí, que sí, que un día de estos me aparece con un anillo en el dedo, aunque ya veremos si me lo puede

poner—siguió riendo mientras me enseñaba esos dedos que los años habían torcido en esa mujer recta y buena.

♪ —Da igual. Si no, te lo cuelgas en el cuello con una cadenita, Andrea.

—Pues sí, porque para lo que me va a servir... Yo la pensión de viudedad no la puedo perder, así que de boda nanai de la China—asentía mientras su nieta me enseñaba su bonita foto de juventud.

poner—siguió riendo mientras me enseñaba esos dedos que los años habían torcido en esa mujer recta y buena.

—Da igual. Si no, te lo cuelgas en el cuello con una cadenita, Andrea.

—Pues sí, porque para lo que me va a servir... Yo la pensión de viudedad no la puedo perder, así que de boda nanai de la China—asentía mientras su nieta me enseñaba su bonita foto de juventud.

## Capítulo 16



La información da poder y yo ya la tenía. Si daba con el *quid* de la cuestión, si me enteraba de quién fue el criminal que trató de abusar de ella y luego le hizo la vida imposible, yo mismo me encargaría de ir a visitarle.

Quería apostar todo por Paula, y tenía la total certeza de que podría llegar a su corazón, logrando que se quedara conmigo, si lograba sacarle el miedo que el otro malnacido le metió en el cuerpo.

Quise sacarle la conversación, que ella me contase como si yo no supiese nada, pero se cerró en banda. Conmigo se la veía relajada, lo cual no quería decir que fuese a sobrepasar ciertos límites y a abrirme su corazón en la que era nuestra primera cita.

Yo me lo estaba pasando genial durante la cena mientras la escuchaba contarme la cantidad de anécdotas que se le dieron cuando llegó a Londres y se topó de pronto con una vida totalmente desconocida, tan lejos de su casa y teniéndose que buscar las papas ella solita en un entorno que distaba mucho de ser el suyo.

—Fuiste muy valiente, Paula. Yo no sé si me hubiese acostumbrado a vivir en un país distinto al mío, con unas costumbres que nada tienen que ver y lejos de mi familia.

—¿Tú me hablas de valentía? Si nos está mirando todo el mundo, te has hecho famoso. Y todavía eres tan humilde que ves como una proeza algo que cada vez hace más gente: coger las maletas e irse fuera a buscarse las habichuelas.

Miré a mi alrededor y era verdad que me estaban mirando. Y, para colmo, una señora reconoció también a Paula como la nieta de Andrea, la mujer a la que salvé. La señora lo dijo en alto y más nos miraron todos.

—Me estoy poniendo colorada, qué metomentodos son, no paran de parlotear sobre nosotros, y encima resulta que se van a creer lo que no es.

—A mí me da igual lo que se crean, si te digo la verdad. De hecho, me gustaría que esas insinuaciones fueran ciertas—aproveché para decirle.

—Eres genial, Rubén, y yo me siento súper afortunada porque te portes así de bien conmigo. Sin embargo, me voy en unos días, ya tengo que ir volviendo, que no se te olvide.

—¿Y si no te fueras? —le pregunté mientras le cogía la mano por encima de la mesa.

—Me tengo que ir, no me hagas esto, por favor—me rogó con los ojos empañados.

—Yo nunca haría nada que te dañase, Paula. De hecho, si te lo estoy pidiendo es porque me encantaría hacerte feliz. Verás, no se me ha pasado por alto que no me das todo el carrete que yo quisiera, más bien me das una de cal y otra de arena, pero te veo feliz cuando estás conmigo, y eso es lo que me importa.

—Es que en mi situación sería una kamikaze si te diese ese carrete, Rubén. Yo te estoy agradecida, mucho, por lo que hiciste por mi abuela, pero hay muchas cosas de mí que ignoras.

—No creo que ninguna fuese a desencantarme. Por favor, ¿por qué no me las cuentas? Dime por qué tienes que volver a la fuerza, me encantaría saber la razón por la cual no puedes quedarte con tu abuela... y conmigo—murmuré.

—No quiero hablar de eso. Solo te diré que me hace daño, ¿vale?

—¿Te hace daño? No es eso lo que quiero causarte, solo que te desahogues conmigo.

—Esto no tiene ningún sentido, tú solo te has encaprichado de mí.

—Tú no serías flor de otoño para mí, te lo prometo.

—No sabes lo que dices. Y encima me has salido romántico, ¿qué quiere decir eso, lo de la flor de otoño?

—Que tu belleza no sería efímera para mí, que no estarías de paso en mi vida.

—Eso no lo sabes, tú tienes pinta de que te hayan apaleado, Rubén. Lo veo en tu semblante.

—Sí, lo hicieron, pero eso no significa que no sepa lo que quiero. Sí que lo sé, ahora mismo lo tengo aquí delante y lo sé—afirmé.

—¿Y lo acabas de saber en este preciso instante?

—No, lo sé desde el día que te vi por primera vez, en casa de tu abuela.

y

—Ya—se mostró incómoda, mordiéndose el labio de abajo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no confías en que mis palabras son ciertas, Paula?

—Porque me temo que eres de los que juegan con las mujeres, Rubén.

—Eso no es cierto, tú no tienes ninguna base para acusarme de eso.

—Sí que la tengo, Rubén, puede que tú no lo sepas, pero la tengo.

—Tendrás que explicarte mejor, Paula. Siento que quieres darme con un palo en toda la cocorota y yo voy a ciegas.

—Te voy a alumbrar, Rubén.

—Por favor—le pedí.

—Esta mañana fui a la pastelería a comprarle a mi abuela algunos de esos cruasanes que tanto le gustan—me explicó y me entraron sudores fríos—. El caso es que se los terminé llevando de otro sitio, porque no quise avanzar cuando te vi en la puerta.

—Me viste con otra mujer, ya... Te prometo que no tengo nada con ella, absolutamente nada.

—Pues para no tener nada, os estabais besando.

—No, eso no fue así...

—Rubén, yo no tengo cataratas ni nada parecido. Vi con claridad lo que pasó, que no fue otra cosa que un beso.

—Solo me besó ella. Es una amiga y fue un beso de despedida.

—Da igual, si en el fondo da exactamente igual, ¿no ves que yo tampoco tengo nada que ofrecerte? —me preguntó disgustada.



## Capítulo 17



La terminé llevando a casa, no quiso alargar más la velada después de la cena. Para más inri, me encontré a la salida del restaurante con Amaia, una prima de Lidia. El mundo es un pañuelito.

—Quiero tener más citas contigo—le pedí—. Déjame demostrarte que puedo hacer que te quedes aquí—le pedí tratando de darle un beso en la puerta de su bloque.

La cobra que me hizo no fue pequeña precisamente. Me jodía porque me la merecía, debí frenar a Cristina a tiempo. Fue una jodida casualidad, pero es lo que tienen las casualidades, que en ocasiones son más que jodidas.

No quiso que la acompañara arriba, y me limité a esperar en la puerta del bloque, hasta que dentro ya de su casa me indicó por la ventana que todo estaba bien.

En ese sentido, estoy chapado a la antigua. Me da igual lo que nadie piense, yo soy de acompañar a una mujer hasta la puerta de su casa, no me quedo tranquilo si no lo hago. Y más con Paula, por quien tenía tanto interés, y encima sabía por boca de Andrea que vivió atemorizada en la ciudad por culpa de un miserable y un canalla.

Una pregunta sí que rondaba mi mente. Si me vio por la mañana con Cristina, ¿por qué se mostró mal solo cuando le dije que deseaba vivir algo con ella y no antes? Podría haber cancelado la cita y no lo hizo. Quizás me puso a prueba. Quién sabía...

Me fui triste para casa, las cosas no me habían salido como las esperaba. Me costó enganchar el sueño y, cuando por fin lo hice, no logré dormir demasiadas horas seguidas sin despertarme sobresaltado por esa fea casualidad que llevó a Paula a ver con sus propios ojos algo que en mi cabeza no existía, ya que nunca mostré ningún interés por Cristina.

Llamaron a mi timbre por la mañana, y entonces mantuve viva la ilusión de que fuese ella, de que Paula viese verdad en mis palabras y quisiera darme una oportunidad.

Esperanzado, abrí la puerta y me encontré frente a frente con Lidia, a quien no volví a ver desde que se marchó

con Samuel.

—Por favor, Rubén, necesito hablar contigo—me pidió, viendo que hice ademán de cerrar la puerta directamente, sin saludarla siquiera.

—No me interesa nada de lo que puedas querer decirme, Lidia. Ya me hiciste daño en su momento y no solo por enamorarte de él, sino por llevarlo en silencio y jugar a dos bandas durante un tiempo. Te dije que salías de mi vida para siempre y quiero ser consecuente.

—Sé que te estás viendo con alguien, no he venido a recuperarte...

—¿Tu prima ya se ha ido de la lengua? Pues sí que ha sido rapidita.

—Sí, me puso un mensaje anoche para decírmelo.

—Pues nada, sobresaliente para ella, ¿qué quieres que te diga?

—Nada, no quiero que me digas nada. Solo necesito que me escuches, porque entre esa mujer, Paula, y yo hay un nexo.

—¿Y soy yo? Mira que lo dudo mogollón, ¿eh? Porque yo ya nada tengo que ver contigo.

—Ella es la nieta de la mujer a la que salvaste, ¿no es así?

—Correcto. Te veo muy lúcida para ser primera hora de la mañana como es. Yo estoy un poco más apolvoronado pero no tanto como para no saber que deseo que te largues de inmediato.

,

—Escúchame y no te arrepentirás, no vendría a jorobarte más, Rubén. Soy consciente del daño que te hice. Escúchame, por favor, porque el nexo entre Paula y yo es Samuel, no eres tú.

—¿Samuel? ¿Qué tiene que ver él con Paula?

—Samuel forma parte del pasado de Paula. Verás, él la empleó hace unos años. Por lo visto, se quedó sin trabajo ; encontró uno de limpiadora en su consulta.

—Espera, espera, ¿Samuel fue quien le jodió la vida?

—Sí, fue él, ¿tú ya sabes lo que le pasó a ella? ¿Te lo ha contado?

—No, lo sé indirectamente.

—Porque logró que le temiese, como yo también le temo—suspiró.

—¿Tú le temes? —le pregunté con la cabeza ardiendo, porque esa sí que era una novedad.

—Sí, porque a mí me ha terminado acosando también.

—No, a ti no te acosó, tú te marchaste con él voluntariamente.

—Porque no sabía lo que vendría después. Cuando quise reaccionar, y marcharme, sacó un lado que me dio pánico, tratando de dominar mis movimientos y atemorizándome.

—¿No me mientes, Lidia?

—No, te prometo que no te miento. Ha debido ser el karma, porque él dejó en su día correr el rumor de que tuvo que echarla porque había robado.

—Cielo santo, lo recuerdo... Recuerdo que me contaste algo de eso.

—Y no. Una compañera me contó que ella sospechaba que nada de eso era así, que más bien pensaba que Paula no accedió a los deseos del jefe, pero yo no la creí. Le dije que la otra era una desgraciada y que se merecía el despido. Hace semanas que yo pretendía dejarle y entonces comencé a darle vueltas a todo aquello, y a que fuese verdad que él tratase de abusar de Paula. El día que Andrea salió del hospital, a ella se la vio también en la tele, y a Samuel se le cambió la cara. Le dio como pánico de que ella estuviese cerca de ti y entendí que había gato encerrado, que él fue quien lo hizo fatal con Paula, quien seguro vivió el mismo infierno que ahora me está haciendo vivir a mí.

—No lo voy a consentir, te juro que no lo voy a consentir.

—A mí no me debes ya nada, lo sé, pero sí puedes quitarle a esa chica el peso que lleva en los hombros por culpa de Samuel... Tengo entendido que se fue de España, ¿no?  
y

—Así, es. Semejante miserable me las pagará y, en cuanto a ti. Lidia, quédate tranquila.

—Yo no me merezco que muevas un dedo por mí, Rubén.

—Y tienes razón. No obstante, te acompañaré a que vayas a por tu ropa y me encargaré de que no vuelva a

molestarte más a ti tampoco.

molestarte más a ti tampoco.

## Capítulo 18



Lidia abrió temblorosa la puerta de su casa, y yo detrás. Era mi ocasión ideal para pillarle *in fraganti*.

Me quedé unos pasos atrás, rezagado, y entonces escuché los términos tan despectivos en los que se dirigió a ella.

—¿Qué haces aquí? Creí haberte dejado bien claro que ya te enviaría yo tu ropa.

—Pero es que han pasado varios días, y no tengo ni qué ponerme.

—Pues te jodes. Cuando te llegue el finiquito, te compras algo, porque por la consulta no volverás a entrar en tu puta vida, ¿me oyes? La única que no me ha tocado los cojones es Cristina, las demás sois todas unas ramera.

Por el motivo que fuese, a Cristina la respetó a su manera, no mostrándose con ella como el animal que era. Pero al resto le hizo la vida imposible. Aquella sí que era una casualidad, con él intentando doblegar a mi ex y a la mujer que había abierto de nuevo mi corazón de par en par.

Ya no aguanté más, había escuchado lo suficiente... Lidia decía la verdad, por lo que aparecí ante él.

—Hombre, el superhéroe nacional, ¿qué mierda haces tú aquí? ¿Te la quieres follar de nuevo? Ahí la tienes, yo y: no la quiero para nada—me dijo mirando a Lidia.

—No se trata de eso, cabrón, se trata de que vas a empezar a respetar a las mujeres desde hoy mismo—le amenacé con el puño en alto.

—¿Y qué me harás si no?

—Yo no te pienso hacer nada. Te encantaría que nos enzarzásemos como dos gallitos de pelea, así tendrías luego una coartada para contarle a la poli que me lo inventé todo y que iba a por ti. Ya están avisados, no tardarán en llegar—le conté feliz.

—Me estás vacilando, es la palabra de esta furcia contra la mía.

—No, será también la de Paula contra la tuya. Dos mujeres que han sufrido tu infame acoso en silencio, las vas a pagar todas juntas.

—¡Y una mierda! Tengo un buen abogado, no os iréis de rositas. Os denunciaré por calumniarme falsamente.

—Ni el mejor de los abogados de España te librará de una condena segura. Hiciste que una mujer inocente tuviese que dejar su casa y a su abuela, y después engatusaste a Lidia para hacerle también la vida imposible. Tú te has pasado de la raya, y mucho, y vas a pagar por ello.

Él trató de agredirme justo en el instante en el que llegaban a detenerle. Lo habíamos pensado bien antes de ir a su casa. Me adelanté, eso sí, cuando dije que Paula declararía en su contra, pero es que no le quedaba otra.

Le pedí a la policía que me dejaran hablar con ella antes de citarla en comisaría. Fui hasta casa de Andrea y entré en su dormitorio.

—¿Qué haces aquí a estas horas, Rubén? No habíamos quedado ni nada.

—Ha pasado algo, Paula, tengo que hablar contigo.

Entendió que era grave y por eso permitió que me sentase en su cama y que le tomase las manos mientras le contaba. Alucinó en colores con tanta casualidad y con la forma en que las cosas se desenlazarón.

Vio sinceridad en mis ojos cuando le comenté por qué vino a verme Cristina, quién era ella y por qué tuvimos esa complicidad en su día que le llevó a darme un pico de despedida. En su día no coincidieron porque Cristina no solía pasar por la consulta de su marido y porque Paula trabajó poco tiempo allí.

1

La casualidad era tremenda y entendió igualmente que yo no pudiese evitar el denunciar lo que les había hecho, aun antes de contarle a ella que lo haría.

5

Temía su reacción, aunque, en el peor de sus casos, y por mucho que se enfadase conmigo, yo habría hecho lo correcto. Jamás he podido soportar que un hombre actúe así con una mujer y, en el caso de aquel depravado, era su *modus operandi*.

Le ayudé a borrar sus lágrimas con el dorso de mi mano y le ofrecí mi hombro para apoyarse y llorar. Se estaba desahogando y era bueno, demasiado tiempo sufrió por ese indeseable.

Comenzó a asentir y mi corazón se llenó de orgullo.

—Yo también voy a declarar en su contra, también voy a hacerlo—me comentó decidida.

—¡Así se habla! —exclamé abrazándola fuerte mientras su abuela, que lo había oído todo desde el pasillo, entraba también en la habitación.

—¿Así que no solo me salvaste a mí la vida, sino que ahora has puesto en su sitio a ese cabronazo? Ven aquí, mi superhéroe—me pidió abriendo los brazos y abrazándome, a la par que a su nieta.

Nunca un abrazo me ha reconfortado tanto como ese que nos dimos los tres, porque sabía a liberación... A la gran liberación que suponía para ella saber que Samuel pagaría por sus muchos pecados.

l

La acompañé a comisaría, donde Lidia ya estaba terminando de declarar. A él le tenían en calabozos, a la espera de ponerle a disposición judicial.

—No tendrá que verle si no quiere, señorita—le comentaron nada más sentarse a declarar. Aquí no tiene por qué coincidir con él y en sede judicial le dirán lo mismo.

—Eso ya me da igual, hoy le he perdido el miedo—les comentó.

—Así se habla, preciosa, así se habla—le comenté por lo bajini mientras esa valiente abría la boca y de ella salía el mucho dolor que acumuló durante aquellos dos años en los que sufrió muchísimo por si la sombra de ese miserable la perseguía allá donde fuese. Una sombra a la que ese día diría adiós, por fin y para siempre. Todo llega y a Samuel le había llegado su merecido, como a todo cerdo le llega su San Martín.

Comenzó a asentir y mi corazón se llenó de orgullo.

—Yo también voy a declarar en su contra, también voy a hacerlo—me comentó decidida.

—¡Así se habla! —exclamé abrazándola fuerte mientras su abuela, que lo había oído todo desde el pasillo, entraba también en la habitación.

—¿Así que no solo me salvaste a mí la vida, sino que ahora has puesto en su sitio a ese cabronazo? Ven aquí, mi superhéroe—me pidió abriendo los brazos y abrazándome, a la par que a su nieta.

Nunca un abrazo me ha reconfortado tanto como ese que nos dimos los tres, porque sabía a liberación... A la gran liberación que suponía para ella saber que Samuel pagaría por sus muchos pecados.

La acompañé a comisaría, donde Lidia ya estaba terminando de declarar. A él le tenían en calabozos, a la espera de ponerle a disposición judicial.

—No tendrá que verle si no quiere, señorita—le comentaron nada más sentare a declarar. Aquí no tiene por qué coincidir con él y en sede judicial le dirán lo mismo.

—Eso ya me da igual, hoy le he perdido el miedo—les comentó.

—Así se habla, preciosa, así se habla—le comenté por lo bajini mientras esa valiente abría la boca y de ella salía el mucho dolor que acumuló durante aquellos dos años en los que sufrió muchísimo por si la sombra de ese miserable la perseguía allá donde fuese. Una sombra a la que ese día diría adiós, por fin y para siempre. Todo llega y a Samuel le había llegado su merecido, como a todo cerdo le llega su San Martín.

## Capítulo 19



Paula se explayó en su declaración. Yo la tenía ya de antes por una mujer muy inteligente y que se expresaba genial, si bien en aquella jornada en comisaría descubrí a alguien verdaderamente brillante que no sembró ni un ápice de duda en el rato en el que estuvo desgranando todo lo sucedido con el mezquino de Samuel.

Incluso la felicitaron por cómo relató los hechos y por la lucidez con la que los detalló tanto tiempo después, como si hubiesen sucedido el día anterior.

—Es que para mí es así. Mi mundo se paró con las amenazas de este animal y me da la sensación de haberlo reanudado justo en ese mismo punto—les explicó.

Yo no podía estar más orgulloso de ella y más contento por esa conjunción de casualidades que me llevaron a desenmascarar a Samuel, a ese tipo al que un día odié por unos motivos y al que en esos momentos odiaba aún más, por otros muy distintos.

Salí con ella de allí, dispuesto a comerme el mundo, y tratando de darle todas las explicaciones habidas y por haber de por qué tendríamos nuestra oportunidad y de que ella no tendría que volver más a Clovelly, salvo para recoger sus cosas y emprender el camino de vuelta al lado de Andrea y de mí.

Me escuchó paciente, parecía complacida, como si le estuviese regalando el oído. A todos nos gusta sentirnos amados y deseados, y eso estaba yo haciendo con ella; contarle que la quería en mi vida y que no podía esperar más para tenerla.

—Me haces sentir muy bien, mucho, pero no va a poder ser, Rubén—me terminó diciendo y entonces sentí como si me dieran un mazazo en la nuca.

—¿Cómo dices? ¿Es porque no te gusto? ¿Y me has dejado que te dijera todas esas cosas? Paula, por favor, que yo también tengo sentido del ridículo—le reproché porque me sentía fatal.

—No, por favor, no saques tus propias conclusiones hasta que no termine de contarte toda mi verdad—me dijo en

la puerta de su bloque, con Andrea en la ventana de la cocina, esperándola.

—Si ya lo sé todo, se me ha ido desvelando poco a poco.

—No, no lo sabes todo. Te dije que había muchas cosas que no sabías de mí y...

—¡Paula! Ya estar aquí tu Adam—escuché decir detrás de nosotros y me quedé sin aliento con el besazo de tornillo que aquel guiri le dio en toda mi jeta.

—¡Adam! ¿Cómo es que has venido? —le preguntó ella cuando pudo volver a respirar, porque el tío la dejó sin aire.

—Porque mí no poder estar más tiempo sin ti. Mí estar secándose como flor que no regar, por eso—le decía en un castellano entendible, pero para flipar...

o

Ella comenzó a hablarle a toda velocidad en inglés y yo no les seguía.

—Deja, deja que el muchacho se siga explicando, por favor, si es muy divertido oírle—le pedí con un cabreo de mil demonios.

—¿Quién ser tú? ¿El superhéroe? Ay, mi madre... Tú ser el tipo que salvó a la abuelita Andrea, mí tener que querer a ti—me dijo y, ni corto ni perezoso, me dio un tremendo abrazo.

El tipo era corpulento igual que yo, con buena percha y con cara de no enterarse de nada, porque yo le estaba mirando con unas malas pulgas impresionantes y no parecía darse cuenta.

A ella se la había tremendamente apurada, sin saber dónde meterse, y solo quería tirar de él hacia arriba.

—Ven, Adam, que vamos a subir para que conozcas a mi abuela, que se va a poner la mar de contenta—le decía.

—Eso espero, ¿ya le dijiste que mí existir?

—No, no le dije nada, pero ella es un encanto. Venga—le pedía.

—¿Superhéroe venir también? A él le habrá cogido mucho cariño.

—Sí, sí, aquí nos queremos todos mucho, pero tú cierra el pico, que en boca cerrada no entran moscas.

—No haber moscas por aquí. Mí solo ver un barrio bonito y luz, mucha luz.

—Sí, es lo que tiene España, mogollón de luz por todas partes—le decía mientras tiraba de él, queriéndoselo llevar de allí.

—Superhéroe, tú venir también, que mí ya tener cariño a ti—me quiso halagar, tirando también de mi mano.

—¡Que me sueltes, hombre! ¿Te has creído que vamos a jugar todos juntos al corro de la patata? —le pregunté más cabreado que un mico.

—Mí no saber qué ser corro de la patata, pero podemos jugar a muchas cosas, ¿gustar los videojuegos a ti? Mí ha traído una consola en mi equipaje.

Era lo que me faltaba por escuchar. Paula tenía novio y encima se trataba de un friki de mucho cuidado, de la clase de friki que va unos días a ver a su novia y a conocer a su abuela, y no resiste la tentación de meter la consola en la mochila.

Yo me cagaba en mucho, concretamente me cagaba en todo. Y terminé a manotazos con el guiri, quien seguía insistiendo en que subiésemos las escaleras como buenos hermanos, todos de la manita.

Eso sí, no me dio la real gana de irme... A mí Paula me iba a ver la cara larga. Vale que yo no le pregunté por si tenía novio, pero es que ella no me dijo nada y a mí no se me pasó por la cabeza, ¿en qué demonios estaba pensando? Pues claro que debía tenerlo... A aquella preciosidad se la rifarían en cuanto llegase a Clovelly, lo malo es que debió tocarle al tonto del pueblo, porque por mi madre de mi alma que a ese tipo le faltaba un hervor.

—No haber moscas por aquí. Mí solo ver un barrio bonito y luz, mucha luz.

—Sí, es lo que tiene España, mogollón de luz por todas partes—le decía mientras tiraba de él, queriéndoselo llevar de allí.

—Superhéroe, tú venir también, que mí ya tener cariño a ti—me quiso halagar, tirando también de mi mano.

—¡Que me sueltes, hombre! ¿Te has creído que vamos a jugar todos juntos al corro de la patata? —le pregunté más cabreado que un mico.

—Mí no saber qué ser corro de la patata, pero podemos jugar a muchas cosas, ¿gustar los videojuegos a ti? Mí ha traído una consola en mi equipaje.

Era lo que me faltaba por escuchar. Paula tenía novio y encima se trataba de un friki de mucho cuidado, de la clase de friki que va unos días a ver a su novia y a conocer a su abuela, y no resiste la tentación de meter la consola en la mochila.

Yo me cagaba en mucho, concretamente me cagaba en todo. Y terminé a manotazos con el guiri, quien seguía insistiendo en que subiésemos las escaleras como buenos hermanos, todos de la manita.

Eso sí, no me dio la real gana de irme... A mí Paula me iba a ver la cara larga. Vale que yo no le pregunté por si tenía novio, pero es que ella no me dijo nada y a mí no se me pasó por la cabeza, ¿en qué demonios estaba pensando? Pues claro que debía tenerlo... A aquella preciosidad se la rifarían en cuanto llegase a Clovelly, lo malo es que debió tocarle al tonto del pueblo, porque por mi madre de mi alma que a ese tipo le faltaba un hervor.

## Capítulo 20



Andrea nos abrió la puerta, ya un tanto escamada por la escena que vio por la ventana, y le preguntó sin más.

—Hija mía, ¿de dónde has sacado a este muchacho? Qué raro es, ¿no?

—Abuela, no es raro, es inglés...

—Pues eso, raro.

—Andrea, alégrese porque resulta que es el novio de la niña—le dije con sarcasmo.

—Hay que ver cómo eres, Rubén, ¿cómo va a ser su novio si la niña no tiene? Se lo habría dicho a su abuela, ¿verdad que sí? Ay, mi Paula de mis entrañas, que no tiene secretos para mí—le dio un beso.

—Alguno sí que hay, Andrea, alguno hay...

—Pero vamos a ver, vosotros dos ibais a comisaría, ¿lo habéis sacado de allí? Porque este muchacho parece haber salido para ir de excursión o algo, con su mochila y todo. Lo mismo lo han detenido por no tener los papeles en regla.

—Mí tener toda mi documentación en orden, abuela Andrea. Mí sacar para que la vea...

—¿Qué dice el guiri que va a sacar, Paula? Que tenga cuidadito que, por muy moderno que sea, a mí no me monta una escena porno en medio del salón porque cojo el cuchillo jamonero y llega corriendo hasta la Gran Bretaña esa o cómo puñeta sea.

—Que no, abuela, que Adam solo quiere sacarte la documentación para que te quedes tranquila.

—Si yo tranquila estaba hasta que ha llegado él, ¿pero de dónde ha salido? Si yo estaba tratando de juntarte con

Rubén, que es el que me gusta para ti.

—A mí también gustar Rubén—afirmó el tipo de inmediato. Corrijo, no le faltaba un hervor, sino varios.

—Pues tú aguanta el genio que yo soy más de pescado que de carne, campeón—le aclaré.

—Que no lo dice por eso, Rubén, no te pongas tiquismiquis.

—¿Tiquismiquis vas a decir? Llega aquí el inglés este con su media lengua y me suelta que si le gusto. Pero bien que te ha metido a ti la lengua hasta la garganta.

—¿Hubieras preferido que te la metiera a ti? —me preguntó jocosa.

—Podría responder a eso de muchas maneras, Paula, pero está tu abuela delante.

—Es verdad, Paula, a ver si se cree este que, porque sea inglés, va a venir a darle por donde la espalda pierde su nombre a mi Rubén, que es un superhéroe español. De eso nada, ¡viva España! —exclamó Andrea.

—¡Viva! —contesté de inmediato.

—De verdad, qué apuro con todo. Adam, ¿tú no quieres ir a darte una duchita o algo?

—No, no, mí ya asearse al salir de casa hace unas horas. Oler a limpio—me dijo a mí, levantando el alerón porque el tío venía en camiseta de manga corta, que debía desprender más calor que una sopa de tomate.

—Me haces el favor y me bajas eso, ¿eh?

—Adam, ¡ve a ducharte! —le pidió ella, dándole un buen empujón.

—Está bien. Mí lavarse para el almuerzo, que seguro que la abuelita Andrea preparar a mí comida de chuparse los dedos.

a

La anciana lo miró con cara de que iban a hacer pocas amistades, porque a ella su aparición pareció olerle tan a cuerno quemado como a mí.

—Pues no te vayas tú a creer que he preparado yo comida como para un regimiento, ¿eh? Y si mi Rubén dice de quedarse a comer, que sepas que tiene prioridad, que para eso estoy en el mundo gracias a él—le advirtió.

—Rubén ser valiente, ¡torero! —exclamó el otro.

—¿Qué dices tú de torero? Soy bombero, gilipueñas...

—¿Qué ser gilipueñas, amor? —le preguntó a Paula.

—Lávate los oídos, anda, que te ha dicho que cierres la puerta.

—Ah, vale...

Nos quedamos los tres a solas y a Andrea se le notaba también el cabreo a leguas.

—Paula, ¿me quieres contar qué significa todo esto?

—Abuelita, tampoco hay tanto que contar. Ya lo estás viendo...

—¿Y cuándo se suponía que me ibas a confesar que tenías un novio y que se me iba a colar a almorzar sin avisar ni nada? Ya sabes tú el coraje que me da eso, que a mí me gusta tener mis cosas controladas, y ¿qué diantres estoy diciendo? Que está muy feo que me hayas ocultado una cosa así. Pues anda que no es grande el tío, como pasar desapercibido...

—Abuelita, si es que yo no quería disgustarte.

2

—¿Disgustarme? ¿Es que este también te ha hecho daño? Mira que me voy para el baño y le doy una que se creará que lo ha cogido un Rottweiler.

—Que no es eso, por favor, ¿qué dices? Adam es más bueno que el pan...

—¿Y entonces? ¿Por qué se supone que me habría de disgustar yo?

3

—Porque tú querías que yo volviera a España y, al conocer a Adam, pensarías que me iba a quedar allí, abuela. Y sí, yo he hecho mi vida, sabes que me daba miedo volver y enfrentarme a todo. Y ahora que por fin me salen las cosas bien, y me enfrento, yo siento que quiero a Adam, porque siempre me ha apoyado y porque nunca me dejó sola allí. Él es el hijo de Peter, mi jefe, me ayudó a que su padre me diese el trabajo y me ha cuidado todo este tiempo. No te lo dije para no hacerte sufrir.

—Vaya por Dios, pues si es así, hija, yo no diré nada. Lo entiendo perfectamente, no hay nada más que añadir.

¿Eso era todo? ¿Y a mí que me dieran morcillas? ¿Se acababa Andrea de poner del lado de ese inglés dejando de

lado a su superhéroe?

El mundo me pareció tremendamente injusto, por lo que giré sobre mis talones y me dispuse a salir a la calle.

—Tú, ¿dónde vas? —me preguntó la ancianita ya en el descansillo de la escalera mientras su nieta entraba en su dormitorio.

—A mi casa, Andrea, aquí ya no pinto nada.

—No te pensarás dar por vencido, ¿no? Que yo no me entere o se me caerá el mito—me advirtió.

—Pero si tú misma le acabas de decir que...

—Para callarle la boca. Ya hablaremos tú y yo, pero esto no se queda así. Primero se quedaron con Gibraltar, ahora pretenden quedarse con mi nieta, ¿qué será lo siguiente? ¿Decir que la paella es suya? Vamos, que ni de coña...

lado a su superhéroe?

El mundo me pareció tremendamente injusto, por lo que giré sobre mis talones y me dispuse a salir a la calle.

—Tú, ¿dónde vas? —me preguntó la ancianita ya en el descansillo de la escalera mientras su nieta entraba en su dormitorio.

—A mi casa, Andrea, aquí ya no pinto nada.

—No te pensarás dar por vencido, ¿no? Que yo no me entere o se me caerá el mito—me advirtió.

—Pero si tú misma le acabas de decir que...

—Para callarle la boca. Ya hablaremos tú y yo, pero esto no se queda así. Primero se quedaron con Gibraltar, ahora pretenden quedarse con mi nieta, ¿qué será lo siguiente? ¿Decir que la paella es suya? Vamos, que ni de coña...

## Capítulo 21



Nunca golpeé más un saco de boxeo en la vida. Diego vino a buscarme por la noche y me encontró dándolo todo en casa, en un saco que tenía colgado y que pagó el pato.

—Ahora mismo te vistes y nos vamos a la calle, ¿qué es eso que no te salía contarme por teléfono? ¿Te ha rechazado esa chica? Tío, hay gente que cuando se acostumbra a vivir fuera, ya no quiere volver. No me pregunte la razón porque yo no la entiendo, pero es así.

—Que no, que ella se volvería con gusto si no fuera por el guiri ese, por Adam.

—¿Quién es Adam? ¿Estás delirando? Oye, que igual es la fiebre de la fama, que provoca delirios—me comentó.

—Esos son delirios de grandeza, imbécil, y no... No estoy delirando, Paula tiene un novio.

—¡Toma! ¡Y tú que decías que no tenía defectos! Pues ahí tienes uno, ¡y bien gordo! —exclamó.

—La madre que te parió, Diego. Tú sí que tienes un defecto bien gordo, ¿de verdad aprobaste para bombero o tus padres sobornaron a alguien?

—Aprobé, aprobé. Estoy apto para cumplir con mis funciones.

—Eso tendrían que verlo mis ojos...

—¿Te parece que hago mal mi trabajo? —me preguntó encabritado porque ya le estaba yo dando más caña de la cuenta.

—No, no es eso, lo que me parece es que entonces deberías callarte y escucharme, que es lo mínimo....

—Mi abuela siempre dice que es lo mínimo que se despacha en botica, en estos casos.

—Muy sabia tu abuela, como todas las personas mayores. Andrea tampoco quiere al tal Adam en la vida de su nieta—le di un puñetazo al saco que casi me saco el hombro de sitio.

—Pero ¿ese tío quién cojones es?

—Es un friki, que ha llegado con su consola metida en la mochila para venir a ver a su novia.

—¿Venir a España con la consola metida en la mochila? Si todavía fuera un consolador para darle mandanga doble a su chica, natural y artificial, vale... Pero si no...

—Calla y escucha con las orejas. El tío es un personaje de mucho cuidado.

—Vamos, que está crudo.

s

—Totalmente, ahora ya nos vamos entendiendo.

—¿Y por qué te preocupa un tío así? Tú eres el bombero de moda en España, te has convertido en un fenómeno social, las nenas chillan a tu paso como si se estuvieran quemando, deseosas de que saques tu manguera.

—¿Tú no lo flipas demasiado? Deberías hacértelo mirar, porque sé que drogas no pueden ser, que para eso nos hacen mil pruebas, pero igual el coco no te lo han vuelto a repasar más desde que entramos.

—El coco no. Sin embargo, aspiro a que sí me repasen esta noche otras partes de mi cuerpo. Tú y yo vamos a salir...

—Anda ya, tío. No tengo ganas, es día de entre semana, ¿y a santo de qué?

—A santo de que vamos ya a celebrar que estás vivo, después de que te la jugaste y, aparte, también que le vas a quitar la novia a ese tío, ¿no es eso lo que quieres? Pues a por ello, ¿desde cuándo se te ha resistido a ti algo? Vale, vale, lo de Lidia... Pero fíjate cómo han salido esos dos, tarifando por completo...

—Ni me hables de Samuel—le dije mientras le metía otro puñetazo de campeonato al saco—. Por culpa de ese imbécil se fue Paula de España. Si no hubiera sido así...

—Pues igual entonces hubiera vivido con su abuela y no se les habría incendiado la cocina, por esa regla de tres simple.

—Vaya, qué elocuente estás hoy.

—Es que tú parece que quieres un motivo para amargarte y quedarte aquí encerrado, y desde luego que yo no te lo voy a dar.

Estaba en esas cuando me sonó el teléfono y era Andrea.

—¿Eres tú, mi superhéroe? —me preguntó con esa voz suya tan cariñosa.

—Sí, preciosa, soy yo...

—Ay, preciosa dice Tunante, que eres un tunante. Mira, es que por fin me he quedado sola.

—No me digas que ya se la ha llevado a la cama—le dije y, con el otro brazo, le arreé un buen puñetazo al saco.

—No, no creas que veo yo a mi nieta con muchas ganas de retozar con ese. Han salido al pub del barrio al que van todos los jóvenes, que a ella la han llamado sus amigas, que querían verla. Y yo a él le dije que mejor se acostase un poquito, que estaría cansado del vuelo. Pero no ha querido. Si lo llego a saber le pongo laxante en la cena para que se quedase dormido.

—Andrea, el laxante no es para eso.

—Ay, calla, es verdad. Es para irse por la patilla, ya me has dado otra idea.

—Andrea, por Dios, no te lo vayas a cargar...

—No, no, tranquilo, que yo sé lo que me hago. Tú dales el encuentro y juega tus cartas, ¿me oyes? No voy a consentir que mis bisnietos sean súbditos de Carlos III, ni mijita... Con el rey tan guapo y tan hermoso que tenemos nosotros, ¿tú eres monárquico, hijo?

Me eché a reír porque ella era la monda. A todo le veía la parte positiva y yo debía aprender mucho de mi Andrea de esa mujer adorable que me estaba allanando el camino para que pudiera estar con Paula.

Tenía razón. Yo debía hacer ruido, y con Diego lo haría. Ese se hacía el dueño de cualquier lugar al que llegaba, así que ninguna compañía mejor para liarla allí donde llegásemos.

Me arreglé *ipso facto* y él que se reía por el camino.

—Y luego dirás que no tiran más dos tetas que dos carretas, pues anda que no te has vestido rápido ni nada, colega.

»

1

,



## Capítulo 22



—No me jodas que ese es el guiri—me dijo Diego nada más entrar en el pub, en el que lo estaba dando todo en la pista, negando con la cabeza.

—El mismo.

—Tú vete a por ella, que de ese me encargo yo—me indicó.

Me acerqué y Paula estaba charlando con sus amigas. Le di un toquecito en el hombro y se volvió.

—Rubén, ¿qué haces tú aquí? —me preguntó algo apurada, pues lo estaba desde que descubrí eso que me ocultó en forma de novio.

—Pues ya ves, venir a tomar una copa, ¿y tú? —le dije como si nada. No podía mostrar cabreo con ella a perpetuidad o me terminaría echando de su lado.

—Yo he venido con Adam, que le apetecía bailar, y con las chicas, que estamos aquí charlando.

—Oye, ¿no nos lo presentas? —le preguntaron ellas.

—Sí, un momentito, no veáis con las prisas... Si, además, ya lo conocéis de la tele. Él es Rubén.

—Pues por eso mismo, que nos lo presentes—le pidieron sus amigas, con ganas de fiesta.

—Mira, ellas son Beatriz, Sandra y Carmen, mis chicas.

—Me alegro de conoceros a todas—les di un par de besos—. Y ahora, si me lo permitís, me la llevo—les dije, cogiéndola de la mano y avanzando entre la gente.

—Pero bueno, ¿qué haces? ¿No ves que Adam está ahí? —me preguntó.

—Claro que sí, claro que lo veo. Por eso nosotros nos vamos para allá, que tengo que hablar contigo.

—Oye, Rubén, ¿tú te has dado cuenta de que las cosas han cambiado? —me dijo mirando a la pista, donde él bailaba raro, pero raro.

—Pues sí, se te han puesto más feas, y un poquito más raras, no te lo tomes a mal, pero el menda...

—El menda tiene un corazón de oro y, si no fuera por él, yo no habría soportado tanto tiempo sola y lejos. Tengo mucho que agradecerle, ¿es que no lo ves?

—Sí que lo veo, es normal que se volviera loco contigo...

—¿Qué quieres decir? ¿Que yo solo puedo gustarle a ese tipo de hombre?

—Luego reconoces que pertenece a un tipo determinado: al de los frikis. Y no, doy fe de que tú le puedes gustar a cualquier tipo de hombre. A mí me tienes loquito, por si no te ha quedado claro.

—No me hagas esto, Rubén, no me hagas esto.

—Si estuvieras enamorada de él, hasta las trancas, te daría igual lo que te hiciera, y lo sabes.

—Tú no te puedes poner en mis zapatos. Es muy fácil encapricharse de alguien y querer que tire toda su vida por la borda.

—¿Todavía piensas que se trata de un capricho? ¿Es eso? Creo haberte demostrado que no eres eso para mí, que ni mucho menos lo eres. Estoy súper dispuesto a implicarme contigo todo lo que haga falta, ¿cómo quieres que te lo demuestre?

—¿De verdad te importo? Porque, si es así, me lo tienes que demostrar esfumándote. Yo ahora no puedo dejarle, no puedo...

—¿Y vas a hipotecar tu vida por él?

—Lo creas o no, es un hombre maravilloso, Rubén—me dijo un tanto angustiada.

—Y no te digo que no, pero muy friki para ti. Oye, veo que te falta el aire, ¿qué te parece si salimos y lo tomas?

—No, no puedo dejarle...

Aún no había terminado de decirlo, y ya la llevaba yo de la mano hacia la calle. Una vez allí, comenzó a respirar mejor.

—Niégame que sientes algo por mí y me iré, te prometo que me iré.

—No puedes irte de nuestras vidas, mi abuela te necesita. Ella te quiere ya como a un nieto. Su vida es más completa ahora, mucho más feliz, desde que la salvaste.

—No me refería a dejar a Andrea, eso nunca lo haría. Ya sabes a lo que me refiero.

—No puedo negarte nada, pero tampoco...

—Pues si no me lo puedes negar, pienso luchar por ti—le dije mirándola a los ojos y viendo tal deseo en ellos, el mismo que desprendían los míos, que terminé por hacer eso que estaba deseando desde el primer día, cuando pintamos juntos en casa de su abuela, en la que también era su casa.

La besé, besé a Andrea durante un número indeterminado de segundos, y ello hasta que noté sus dedos, firmes, estamparse contra mi mejilla.

—No has debido hacer eso, Rubén, no has debido hacerlo—me dijo con la mirada empañada tras arrearme el bofetón.

—¿Solo porque no me has dado permiso? Sabes que me lo han dado tus ojos...

—Y tú sabes, porque ahora ya lo sabes, que tengo novio.

—Y tú sabes, porque ahora ya lo sabes también, que pienso luchar por ti.

—Eso es un disparate. Yo lo siento mucho por mi abuela, pero en unos días volveré a casa con él, a Clovelly. Será lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, Paula?

—Lo mejor para todos, Rubén. Eso será—sentenció dándose la vuelta y entrando de nuevo en el pub.

La seguí con la mirada. Sus caderas ejercían sobre mí un poder hipnotizante. Me había enamorado de ella como un adolescente y se me hacía horrorosa la idea de perderla; eso no podía suceder.

Entré y mi amigo estaba en la pista, charlando con Adam, tratando de distraerle.

—Venga, que nos vamos. Por esta noche, ya está todo el pescado vendido—le dije.

—Tú no decir a mí que ser amigo de Rubén superhéroe—le comentó el guiri en ese momento.

—Madre mía, ya no me acordaba de esto—le dije porque me ponía hasta nervioso su manera de hablar.

—Si es para partirse. A ver, Adam, ahora dime...

—Diego, déjate de creerte que es un sucedáneo del traductor Google, que nos vamos...

—Eso no te lo has creído ni tú. La noche no ha hecho más que empezar.

Todos tenían ganas de marcha y, por si fuésemos pocos en el local, también llegó Tania con algunas de sus amigas.

—No me jodas que la has llamado tú—le comenté al verla.

—No, a lo primero no, paso de joderte. En cuanto a lo de llamarla, ¿qué hay de malo? —me preguntó con guasa, porque era un buen liante.

A Tania se le veían las ganas de fiesta en la pupila. De hecho, se me acercó y me dio dos besos casi en la comisura de los labios, tras lo cual quiso tirar de mí para la pista.

—No, no, paso, no tengo ganas de bailar—le comenté hasta que vi que Paula no nos quitaba ojo.

—Juega tus cartas, no seas gilipollas—me aconsejó mi amigo, susurrándome en el oído.

í

Tania era explosiva, bastante, y llevaba un vestido más apretado que las tuercas de un submarino, por lo que causó sensación entre el personal masculino.

Yo no digo que en otro momento no me hubiese parecido de lo más apetecible, pero en aquel me decantaba más por la belleza natural de Paula, mucho menos sofisticada y mucho más atrayente.

Además, que a Paula tampoco le faltaban moscones alrededor, que se acercaban a ella y a sus amigas. Y lo mejor era que su novio seguía dando cabezazos en la pista, como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico, y no parecí enterarse de nada.

Diego, que guasa tenía para parar el tren, se ponía a su lado a imitarlo, y luego movía las manos como diciendo que le estaba entrando un dolor de tarro impresionante. Normal, ¿cómo no?

En fin, que Tania comenzó a provocarme... Esa era otra que no se pensaba dar por vencida, y menos después de que Diego le sirviese en bandeja la posibilidad de darnos el encuentro.

Bien me la había jugado, aunque debo reconocer que su cercanía, la de mi compañera, despertó la curiosidad de Paula... Y no solo la curiosidad, yo diría también que los celos.

Por esa razón, comencé a bailar con ella. Y, por cierto, Adam, que nos vio, se nos quiso unir también. A ese le daba lo mismo ocho que ochenta, estaba bebidillo y lo que quería era mover el esqueleto hasta reventar.

Tania le evitaba a toda costa, llevándome hasta las esquinas de la pista, donde tuviésemos más privacidad. Y su forma de acercarse a mí era como para contribuir al deshielo del planeta, innegable.

Paula comenzó a buscar a Adam con la intención de bailar también con él. Y entonces se me perló la frente de sudor al verla moverse. El problema era el otro pan sin sal que, en vez de seguirle el ritmo, iba a su puta bola, como siempre, sin enterarse de nada.

Por ese motivo, viendo que estaba en la inopia, otros tíos se le acercaron con el ánimo de bailar bien pegados a ella.

<sup>a</sup>—¿Estás aquí o estás allí? —me recriminó Tania, acercándose tanto a mí que pude notar la extrema dureza de sus senos.

—Perdona, perdona.

—Mira, no vale la pena. Te voy a decir la verdad, yo doy un chasquido y la mitad de estos caen rendidos a mis pies, y no digo todos porque habrá un porcentaje de gais y otro que viene acompañado por sus novias, que si no...

5

Mi compañera se dio media vuelta y me dejó allí, acercándose a un grupo de chicos y viniendo a bailar, más o menos, como Úrsula Corberó en “El fuego en llamas”. Vamos, que no tuvimos que llamar al parque para que acudiese la dotación de guardia de milagro.

Yo me fui para Paula y, uno a uno, fui apartándole los moscones hasta que me quedé bailando con ella.

a—Adam está aquí al lado, te lo recuerdo—me comentó inicialmente—. Y también que, si te pasas de la raya, esta vez te llevarás un bofetón mayor y en público.

—Sabes que eso no me importaría con tal de besarte, con tal de saciar esa sed que tú también sientes...

—Por eso no te preocupes, que mis amigas me están sosteniendo el cubata.

—Vaya por Dios...

—Si, vaya, vaya... Y vaya forma de acercarte que tienes tú también—resopló cuando la cogí por la cintura.

El guiri no se enteraba de nada, ese estaba encantado de verla bailar con unos y con otros mientras que él se convertía en el esperpéntico centro de las miradas.

A mí me venía genial, no solo porque todos le miraban, sino porque de ese modo no nos miraban a nosotros y yo invadía cada vez más el espacio físico de Paula.

De pronto, su aparición hizo que mis ganas de poseerla fueran incontenibles. Lo estaba pasando fatal sin poder llegar más lejos, si bien ya tenía clarísimo a esas alturas que no iba a cejar en mi empeño.

Ella también parecía de lo más exaltada conmigo así de cerca.

—Quieto, demonio, aléjate un poco—me pedía resoplando mientras hacía moverse el pelo de su flequillo.

—¿Tienes calor, Paula? —le preguntó Adam, quien se fijó en el detalle. Menos mal que solo se fijó en eso y no en las chispas que saltaban entre su novia y yo—. Espera...

Se fue corriendo, él sabría dónde.

—¿Ves lo que te digo? Vive para mí—me respondió casi en un jadeo, excitada mientras me miraba.

—¿Y solo por eso vas a hipotecar el resto de tu vida? Hay cosas que merece la pena vivir, cosas que no puedes perderte, y que con él no sientes. Me juego un brazo—le dije mientras le daba un pellizco en una nalga que provocó que se acalorase aún más.

—¿Qué estás haciendo, es que estás loco? Por el amor de Dios, ¡que viene! —exclamó.

Sí, venía con una especie de abanico que le hizo uniendo varias servilletas, que ella tomó en la mano para echarse aire.

—Gracias, amor, eres más lindo—le dejó caer.

—Gracias, baby. Y tú ser buen amigo, Rubén, cuídamela mucho—añadió el otro y me quedé muerto, ¿de verdad era lo que quería mientras él seguía haciendo el soplaitas? Porque en eso estábamos de acuerdo, yo me moría por cuidarla.

Sí, venía con una especie de abanico que le hizo uniendo varias servilletas, que ella tomó en la mano para echarse aire.

—Gracias, amor, eres más lindo—le dejó caer.

—Gracias, baby. Y tú ser buen amigo, Rubén, cuídamela mucho—añadió el otro y me quedé muerto, ¿de verdad era lo que quería mientras él seguía haciendo el soplaitas? Porque en eso estábamos de acuerdo, yo me moría por cuidarla.

## Capítulo 23



El viernes, yo estaba nervioso por la mañana. No todos los días recibía una tamaña condecoración. Es más, lo lógico sería que no me cayese ninguna más, por lo que aquella era una ocasión única.

Mis padres, Susana y Ricardo, se salían del pellejo de los nervios. Y también mis hermanas, María y Vero, estaban atacadas.

Me había convertido en el orgullo de la familia. Me encontraba con ellos en la puerta del salón de actos donde se celebraría la entrega cuando llegaron Andrea y Paula, junto con Nicolás, pero ni rastro de Adam.

Tras presentarlos a todos, me dirigí a Paula con la ilusión de que hubiese enviado a paseo a su novio, puesto que no acudió con ellas. Yo no la había visto el día anterior, por lo que nada sabía de su paradero.

—¿Y qué pasó? ¿Entendió ya que tu sitio está aquí, con los tuyos, y se marchó ya? Tu friki, digo...

—No, se ha quedado en casa jugando a la consola—me comentó ella, haciendo que se me abriese mucho la boca. Había que ser friki, sí...

—Y no, no pongas esa cara, el pobre es que tiene el vientre fatal y por eso no ha podido venir. No para de ir al baño, pero te envía sus mejores deseos—suspiró.

Quien no suspiró, sino me sonrió, fue Andrea. Al final sí que echó mano del laxante, me lo confirmaron sus ojillos vivos.

El acto fue, como era de esperar, muy emotivo. Y no solo tuve yo la ocasión de decir unas palabras, sino también mi adorada anciana, a quien invitaron a subir y comenzó a hablar como si llevara toda la vida haciéndolo en público.

—A mí es que esto me va a servir para cuando vaya a la tele mañana porque, por culpa de este muchacho o, mejor dicho, gracias a él, hasta me van a entrevistar en un programa. Y sí que voy a ir, porque yo quiero contarle a toda

España lo orgullosa que me siento de él, que es un superhéroe, y que no solo me salvó, sino que se está convirtiendo en parte de mi familia, porque está la mar de pendiente de mí. Por eso mismo, y como no tenía una capa, yo le he confeccionado esta—dijo sacando la capa de una bolsa y, tras abrazarme, me la colocó encima de los hombros, algo para lo que yo tuve que agacharme.

Todo el público se derritió con su gesto, tan divertido y emotivo, ya que Andrea era un amor de mujer.

—Mira cómo te aplauden todos. Es que vales mucho. Oye, yo ya te he ayudado. Ahora tú tienes que meterte a mi niña Paula en el bolsillo, ¿eh? —murmuró allí arriba, para ella y para mí.

Cuando todos los aplausos cesaron, Nicolás siguió aplaudiendo hasta que Paula le hizo un gesto de que podía parar ya, porque el entusiasmo era total en él.

Al finalizar el acto, ella ya se marchaba cuando la tomé por la muñeca.

—¿Te veo esta noche? Yo tenía pensado desde el principio que cenaríamos juntos para celebrarlo.

—Me pones en un aprieto, ¿cómo voy a dejar a Adam solo en casa estando malito? —reflexionó con voz triste, pues se le notaban las ganas.

—Paparruchas, si lo que tiene son unos cuantos retorcijones de barriga—intervino su abuela—. Eso seguro que le ha pasado por comer aquí en condiciones, que al saber qué comen en su tierra.

—Abuelita, ni que fuera el culo del mundo, allí también hay comida rica.

—No te digo que no, hija, pero que no me vayas a comparar....

—En serio, que no sé qué haré, ¿vale? En realidad, pienso que no es buena idea. Perdóname, Rubén—me dijo marchándose.

Su abuela se me quedó mirando...

—Ya voy, ya voy, Andrea...

—Me parece muy bien, a ver si te he cosido yo una capa para nada.

La agarré de la muñeca de nuevo. Ya eso se había convertido en un ritual, y traté de convencerla.

—Te estaré esperando en el restaurante. Luego te envío ubicación. No me digas nada ahora, solo piénsatelo,

¿vale?

—No es buena idea, Rubén. Solo te digo que nos es buena idea... Deberías hacer planes con tus amigos, yo me quedaré en casa.

—Yo no quiero hacer planes con nadie más. Mi plan eres tú—le dejé claro.

Durante la tarde, celebré con Diego y los chicos. También Tania estaba en el grupo, haciéndose notar. De todos modos, y por mucho que lo intentase, no tenía posibilidades. Mi mente estaba puesta en Paula.

Le envié la dirección con un par de horas de antelación, con la ilusión de que acudiese. Al fin y al cabo, la idea de Andrea de quitarme ese día a Adam de la circulación bien valía el intento.

Usé el mismo perfume que estrené por la mañana, uno carísimo que me había comprado para la ocasión, uno que tenía en la cesta de la perfumería desde hacía meses y con el que por fin me di el capricho.

Vestí más informal que por la mañana, aunque elegante, con americana y pantalones de pinzas combinados en dos tonos distintos de azul y camisa blanca. Los días ya comenzaban a ser algo más soleados y yo enseguida cogía color, sobre todo entrenando en la pista, en el parque.

Me vi muy favorecido, aunque me faltaba el mejor complemento que podría soñar para esa noche: ella.

Me dirigí al restaurante con la emoción de verla aparecer y los minutos fueron pasando. Yo ya estaba sentado en la mesa, apurando mi primer vaso de vino, cuando por fin la vi aparecer.

Venía enfundada en un precioso vestido blanco con detalles en dorado. Parecía una especie de regalo presentado en el más bonito de los envoltorios. De hecho, para mí suponía ese regalo. Me levanté y fui a su encuentro.

—Estás... estás realmente increíble—balbuceé cuando por fin llegó hasta mí y la tomé por las manos.

—Tú tampoco estás nada mal—me sonrió.

¿vale?

—No es buena idea, Rubén. Solo te digo que nos es buena idea... Deberías hacer planes con tus amigos, yo me quedaré en casa.

—Yo no quiero hacer planes con nadie más. Mi plan eres tú—le dejé claro.

Durante la tarde, celebré con Diego y los chicos. También Tania estaba en el grupo, haciéndose notar. De todos modos, y por mucho que lo intentase, no tenía posibilidades. Mi mente estaba puesta en Paula.

Le envié la dirección con un par de horas de antelación, con la ilusión de que acudiese. Al fin y al cabo, la idea de Andrea de quitarme ese día a Adam de la circulación bien valía el intento.

Usé el mismo perfume que estrené por la mañana, uno carísimo que me había comprado para la ocasión, uno que tenía en la cesta de la perfumería desde hacía meses y con el que por fin me di el capricho.

Vestí más informal que por la mañana, aunque elegante, con americana y pantalones de pinzas combinados en dos tonos distintos de azul y camisa blanca. Los días ya comenzaban a ser algo más soleados y yo enseguida cogía color, sobre todo entrenando en la pista, en el parque.

Me vi muy favorecido, aunque me faltaba el mejor complemento que podría soñar para esa noche: ella.

Me dirigí al restaurante con la emoción de verla aparecer y los minutos fueron pasando. Yo ya estaba sentado en la mesa, apurando mi primer vaso de vino, cuando por fin la vi aparecer.

Venía enfundada en un precioso vestido blanco con detalles en dorado. Parecía una especie de regalo presentado en el más bonito de los envoltorios. De hecho, para mí suponía ese regalo. Me levanté y fui a su encuentro.

—Estás... estás realmente increíble—balbuceé cuando por fin llegó hasta mí y la tomé por las manos.

—Tú tampoco estás nada mal—me sonrió.

## Capítulo 24



Quedamos en que esa noche no hablaríamos de nada que pudiera emborronar una velada que debía ser perfecta solo porque ella estaba allí y yo también.

—Adam te envía saludos—me comentó a renglón seguido.

—¿Sigue jugando con la consola? —le pregunté en tono jocoso.

—No, se ha quedado viendo una peli con mi abuela y Nicolás, en plan carabina.

—¿Y ha mejorado de lo suyo? —le pregunté.

—Ah, sí, ya va algo mejor de la barriga, aunque sospechosamente hace un rato le volvieron a dar los retorcijones. Y a mi abuela la vi reírse.

—Pobre mujer, espero que no la estés acusando de nada, con lo santa que es...

—Santa que mea... Oye, has estado impresionante hoy. Y a tus mandos se les veía muy orgullosos. Ha sido una mañana muy especial.

—La que mejor ha estado es tu abuela. Ya verás cuando vaya a la tele.

—Sí, sí, ya le han estado haciendo unas pruebas para ver cómo da en cámara.

—¿Y?

—Y te puedes imaginar, ¡como si llevara toda la vida! Hoy se ha abierto un Instagram y ya tiene un montón de seguidores. Es única mi abuela.

—Sí que lo es, y tú también...

—Qué va, yo soy corrientita.

—De eso nada, alguien corrientito no tiene a otro alguien como tú me tienes a mí.

—¡Stop! Dijimos que nada de temas espinosos o me levanto y me voy...

—Es que contigo me es difícil hablar del tiempo. Déjame al menos que te diga que estás preciosa esta noche, porque lo estás...

—Si ya me has dicho antes que estoy increíble, menuda novedad...

—¿Sabes qué?

—No, dime...

—Que cuando rescaté a tu abuela, en principio pensé que le estaba haciendo un gran favor—le confesé.

—Y se lo hiciste. No quiero ni pensar lo que habría pasado si...

—Para, para, no quiero que me echas flores. Lo que deseo decirte es que, en realidad, el favor me lo ha hecho ella a mí. Todo esto me ha cambiado la vida Paula, me ha hecho ser mejor persona.

—Yo siento que tampoco te he agradecido lo suficiente todo lo que has hecho por mí, Rubén. Y encima te crucé la cara la otra noche.

—Sí, esa fue una bonita manera de agradecermelo. Al menos original—reí.

—Sabes por qué te di.

—Y te honra, no voy a entrar en honduras, pero eso te honra.

—¿No hubieras preferido que hubiese pasado de todo y te besase?

—Eso era lo que deseaba, pero no lo que prefería... Prefiero que seas tú misma, con tus valores. Y también deseo que, si cambias de opinión, suceda porque estés convencida de ello.

—Gracias, Rubén. Se nota que no eres un tío insensible ni que vas a lo tuyo. Y sí, quiero agradecerte el enorme peso que me has quitado de encima al enfrentarte a Samuel.

—A ese le queda una buena temporadita entre rejas. Y no sabes cuánto me alegro de haberte podido ayudar.

—Es que yo siento que mi vida comenzará de nuevo gracias a eso. No te imaginas las burradas que llegó a decirme en su día. Lo siento, no debería estar hablándote de esto, no en una noche de celebración.

—Y a mí no se me ocurre ninguna forma mejor de celebrarlo que escuchando lo que quieras decirme. No te detengas, por favor.

Yo deseaba escuchar todo lo que saliera de su boca, que se desahogase conmigo, que se lo pasara bien, que se sintiese mejor y, ya de paso, a poder ser, que no resistiese esas ganas de besarme que yo detectaba en sus labios, igual que los míos temblaban por la posibilidad de volver a envolverlos.

—Está bien, pero puedo tener cuerda para rato, porque a nadie le he abierto tanto mi corazón sobre este tema como lo estoy haciendo ahora mismo contigo. Me gustaría que supieses que nunca imaginé poderme librar del todo de él, siempre pensé que la sombra de su maldad planearía sobre la mía por los siglos de los siglos. Y ahora, fíjate, me sentí capaz de declarar contra él, aliándome con tu ex, con la ex del hombre que salvó a mi abuela de una muerte segura. Sin duda, es una alianza del destino.

Yo sí que deseaba aliarme con ella, tratando de que derribara a cabezazos ese muro que nos separaba y que nos había temblar de ganas de echar abajo.

Cuando se hubo desahogado, la conversación continuó por otros derroteros mucho más distendidos. Y entonces tuve la maravillosa oportunidad de escucharla reír a carcajadas, como ella solía hacer, contagiándome.

La complicidad se notaba a borbotones y, durante aquella cena, llegué a hacerme la ilusión de que era mía y solo mía. Tras ella, salimos a bailar. Paula me comentó que debía volver a casa, pero, tras hacerle una llamada a su abuela, se convenció de que era lícito seguir disfrutando de la noche.

—Adam cayó en coma hace rato, y no temas, que no le hice nada. Me refiero a que no se despertaría ni con una bomba, porque Nicolás y yo hemos estado bailando y, como andamos algo sordetes, la música la hemos puesto a tope y ni se ha inmutado. Ahora estamos haciendo manitas, de manera que no deberías volver todavía o nos cortarás el rollo, hija, ¿no se dice así?

Nos reímos con ella, como siempre.

—Vale, abuela, pero solo un ratito más.

—Lo que te dé la gana, pero por aquí no aparezcas muy pronto, que yo también tengo derecho a mi intimidad. He dicho—le comentó, colgando el teléfono.

Me miró con una sonrisa que yo me hubiera comido de un solo bocado.

—Supongo que no le hacemos daño a nadie si continuamos con un ratito de juerga, ¿no?

—No, sobre todo porque mi jefe me comentó esta mañana que me olvidase de la guardia de mañana. Lo cierto es que se están portando fenomenal conmigo.

—Pues normal. Si estás dejando el nombre del cuerpo por las nubes, ¿cómo se van a portar? No solo eres un bombero cañón, sino...

—¿Has dicho un bombero cañón? Eso me da permiso a darte un pellizco en el culo...

—Oye, no te pases, que ya sería el segundo.

—¿Y tú sabes cuántos llevo reprimidos?

—Lo que te dé la gana, pero por aquí no aparezcas muy pronto, que yo también tengo derecho a mi intimidad. He dicho—le comentó, colgando el teléfono.

Me miró con una sonrisa que yo me hubiera comido de un solo bocado.

—Supongo que no le hacemos daño a nadie si continuamos con un ratito de juerga, ¿no?

—No, sobre todo porque mi jefe me comentó esta mañana que me olvidase de la guardia de mañana. Lo cierto es que se están portando fenomenal conmigo.

—Pues normal. Si estás dejando el nombre del cuerpo por las nubes, ¿cómo se van a portar? No solo eres un bombero cañón, sino...

—¿Has dicho un bombero cañón? Eso me da permiso a darte un pellizco en el culo...

—Oye, no te pases, que ya sería el segundo.

—¿Y tú sabes cuántos llevo reprimidos?

## Capítulo 25



Deseábamos bailar. Se nos notaban las ganas de divertirnos. Habíamos hablado de todo durante la cena y ya no queríamos darle más a la lengua, al menos no de ese modo.

Nos metimos en un pub en el que sonaba una de mis canciones preferidas, una muy cañera de Lori Meyers, “Emborracharme”. Yo sí que tenía ganas de emborracharme de ella y de cantar, a voz en grito, eso de “Y con las ganas que ahora tengo de follarte...” No es que la canción vaya de ese palo, que no es guarra ni nada parecido, pero sí dice esas palabras en un momento dado, y yo me sentía identificado, pero también con ese comienzo de “Empiezo a quererte, empiezo a pensar que no hay un día que no quiera verte”.

Me sorprendió que también se la supiese y la cantamos a dúo, saltando y vibrando con la parte esa de “Y beber todo ese batido, acompañarlo después con vino, beber hasta emborracharme, hasta caer rendido”.

Yo sí que caía rendido, pero a esos pies, ¿cómo podía ser que esa reina de la belleza que tenía delante no fuese para mí?

—Nadie podrá quererte como yo—le susurré en el oído cuando por fin terminó la canción y, cómplices, nos abrazamos.

—Hay muchas formas de querer, Rubén...

—Sí, pero solo una te toca el corazón. Las demás forman parte de la supervivencia.

—¿Sí? Pues yo lo que necesito en estos momentos es una copa, ¿me la traes?

—Ya, que con eso me cierras el pico, ¿no?

—Por favor, Rubén...

—Voy, voy. A los pies de la señorita, ahora mismo, lo que la señorita mande—le repetía en plan bobo y sacaba su risa.

Me sorprendió que, conforme iba para la barra, me cogió por la cintura y me abrazó. Rauda, pensé que no debía perder tiempo y me volví con la intención de besarla. Para mí que había llegado el momento de repetir eso en lo que no podía dejar de pensar, pero no... De nuevo hubo cobra al canto.

—Ya, ya, porfi. Es que te tengo mucho cariño.

—Y yo a ti, bonita, entre otras cosas... porque también te tengo unas ganas—le confesé.

Estaba ardiendo y seguí avanzando hasta la barra. Por Dios que, de no haber oído luego a alcohol, me habría metido debajo del grifo de la cerveza helada para refrescarme.

Pedí un par de copas y volví veloz. Nunca fui ansioso y menos celoso y, sin embargo, aquella noche sentía como la necesidad de no despegarme de ella, de marcar territorio, de contarle al mundo entero que yo era su acompañante.

Varios chicos trataban de sacarla a bailar y ella se resistía.

—Ven aquí, amor—me dijo al verme, para que la sacara del apuro.

Pensaron que era su novio y no me hizo falta ni mirarlos, se esfumaron del tirón.

—No veas si ha sonado bien ese “amor” —le confesé contento.

—No te las prometas tan felices, que ha sido para quitármelos de encima. Y lo sabes.

—Me da igual, a mí me ha sonado a música celestial—le confesé. Como también me lo pareció la siguiente canción que sonó, la de “Podría ser peor” de “La Casa Azul”, una moderna, pero con ritmo ochentero, de lo másailable.

—Esta no me la sé—me comentó ella.

—Ni falta que hace. Ven aquí, preciosidad— le decía mientras la bailábamos peligrosamente cerca y yo susurraba en su oído eso de “Podría ser peor, nuestro manta favorito, nuestra religión, la premisa incontestable...”

Esa canción, en realidad, hablaba de una situación amorosa complicada, como también lo era la nuestra. Y si la meto a ella en eso es porque habría apostado mi vida a que ya por aquel entonces me quería... y a que no iría a

i menos.

Notaba que acortaba distancias con Paula en una noche única e irrepetible, en una noche memorable que estábamos disfrutando segundo a segundo.

—Es chula—me comentó cuando terminó de sonar.

—Tú sí que eres chula. Ven aquí—le pedí mientras apartaba un húmedo mechón de cabello de su cara, puesto que teníamos calor, mucho calor... Y no solo por estar bailando como si no hubiese un mañana.

Le di la mano y me la llevé a un reservado. Allí podría disfrutar de ella con algo más de tranquilidad. Esa noche no iba de tener que esquivar a nadie ni de provocarnos celos el uno al otro. Esa iba de decirnos cosas, aun sin abrir la boca.

Serían las cuatro de la madrugada cuando consultó su móvil.

—Nos tendremos que ir ya o Adam se despertará y yo aún no habré llegado.

—¿Cómo se va a despertar a estas horas? ¿El friki tiene problemas de próstata? Pues pronto empieza. Definitivamente, tú no puedes atarte a alguien así, tú te mereces una vida sexual incombustible—le dije y noté la excitación en su pecho, un pecho que, al hincharse, tuve más cerca, poniéndome malísimo.

—No digas bobadas, es solo que él madruga y dentro de unas horillas estará despierto.

—Madre mía, ¿se levanta con el canto del gallo?

—Más o menos, muchas veces está ya activo a las seis. Es que allí los horarios son otros, eso también debes tenerlo en cuenta.

—Quien debe tenerlo en cuenta eres tú, para que no te engatusen. No vuelvas a Clovelly—le pedí abrazándola.

—Venga, vámonos ya—me dijo con voz penosilla.

La llevé hasta su casa de la mano. Me dejó hacerlo porque nadie nos veía y porque le apetecía tanto como a mí. i Tampoco se resistió en esa ocasión a que nos diéramos un beso, uno solo, al despedirnos.

—Tendré que conformarme con uno, de momento—recalqué.

—No habrá más, no sueñes. Se me ha escapado.

—Pues para habérselo escapado, te ha dejado una mirada de felicidad que te debería hacer reflexionar.

—Vete ya, Rubén.

—No hasta que estés dentro de tu casa, bonita.

,

r

—Pues para habérselo escapado, te ha dejado una mirada de felicidad que te debería hacer reflexionar.

—Vete ya, Rubén.

—No hasta que estés dentro de tu casa, bonita.

## Capítulo 26



El sábado se produciría la gran cita de Andrea en ese programa de televisión hasta el que la llevamos en mi coche junto con Nicolás. Y digo la llevamos porque Paula también venía y, por ende, Adam.

—Mí no saber qué pasar en mi vientre ayer, pero poner muy malito. No querer ni recordar—nos contaba de camino y todos nos mirábamos. Hasta Paula, ya totalmente escamada, aguantaba la risa.

—Pues tan malo no estarías cuando por la noche dormiste como un bendito, que caíste fulminado—le rebatió.

—Es verdad, mí tampoco explicarse eso. Es raro. Mi levantar temprano y esta mañana no poder con mi alma.

—Y si me paso un poco más, duermes como la Bella Durmiente—se le escapó a Andrea que, evidentemente, también echó mano de un buen somnífero para darle carta de libertad a su nieta. Eso sí, Paula no podía ni creerlo, me miraba a mí, luego miraba a su abuela y yo me encogía de hombros, pues nada tenía que ver en aquello que, sin embargo, me parecía sensacional.

Llegamos al plató y allí la estaban esperando como si fuera una diva. En realidad, lo era, porque aquella mujer humilde llenaría el escenario como pocas.

La entrevistadora, Carol, una de las famosas a nivel nacional, salió a recibirla y luego la llevaron a maquillar y peinar.

—Te dejo en las mejores manos, Andrea, que te pondrán divina—le comentó después de enseñarnos el plató.

—¿Tú te estás escuchando, Carolita? —le preguntaba ella con tal confianza que también podría ser su nieta—. Si a mí para ponerme divina me tienen que venir a restaurar...

No tenía razón, por supuesto que no. Salió bellísima y se puso delante de las cámaras, sentándose entre los tertulianos como si hiciera aquello todos los días de su vida.

Ellos comenzaron a hacerle preguntas y las carcajadas no se hicieron esperar.

—Yo es que vi entrar a ese buen mozo en mi salón y pensé que ya me había ido a criar malvas, porque para mí que era una aparición celestial. Y encima, me cogió en brazos, ¡ay, por Dios! ¿Cuándo me había visto yo en otra en mi vida? Era de película, os prometo que de película—les explicaba mientras todos le seguían el rollo porque era realmente arrolladora y simpatiquísima.

—¿Y es verdad que ahora se ha convertido en un miembro más de tu familia, Andrea? —le preguntaron.

—Verdad de la buena. De hecho, a mí me encanta para mi Pau...

Lo iba a decir, lo iba a decir, por lo que su nieta, que se lo vio venir, se levantó de pronto.

—¡Carol! ¡Que desde aquí tenemos una sorpresa para mi abuela! ¿Puede bajar Nicolás?

—¿Una sorpresa? ¡Pero si nos encantan las sorpresas! Claro que puede bajar.

El público comenzó a corear su nombre y él bajaba más tieso que un ajo. Con razón había llegado hasta allí con pinta de actor de cine.

Lo habían ideado todo entre Paula y él. Ella sabía muy bien hasta dónde llegaría su abuela, que no podía pasar por el altar por razones prácticas, y lo hicieron muy bonito.

—Yo lo que quiero, Carol, es pedirle una cosita a mi querida Andrea, una que llevo años queriéndole pedir y que no me he atrevido. Se ve que pensé que no tenía ninguna prisa—comenzó diciéndole y todos nos desternillamos.

—Muy bien, Nicolás, pero no me lo digas a mí, eso se lo tienes que pedir directamente a ella.

—Vale, vale, es que estoy temblando como si tuviera 15 años. Bueno, yo algo tiemblo ya siempre, no me voy a hacer el chulito, porque el pulso lo tengo regular, pero ahora mucho más...

—¡Venga, dale! —le animé desde el público.

—Es que está ahí mi superhéroe, luego bajará—comentó ella—. Hazle caso, dale, Nicolás—le pidió.

—Ay, mi Andrea, yo me agacharía para pedirte esto, pero me temo que, si lo hago, necesite una grúa para levantarme. Las rodillas no las tengo muy allá tampoco.

—No te preocupes, cariño, que si eso que tienes en la caja es un anillo, tampoco me lo podré encasquetar en ningún dedo. Mira, Carol, torcidos perdidos—le indicó.

Más risas entre el público porque resultaban tan tiernos como divertidos. Eran adorables y entonces vi cómo, para el emotivo momento que viviría su abuela, Adam le cogía la mano a Paula, mientras ella me miraba de soslayo, con las mejillas tintadas.

—Andrea, yo sé que no quieres casarte, pero ¿aceptarías ser mi novia para toda la vida? —le pidió él, emocionado.

—Ay, Nicolás, yo no sé si me estaré precipitando también, porque soy muy joven, ¡pero me voy a arriesgar a decirte que sí!

La gente se levantó y los aplausos fueron interminables. Nicolás puso el broche de oro a una preciosa entrevista que la catapultó a la fama, algo que a ella le hacía una ilusión tremenda, y de allí salió con él como su pareja formal.

—Ahora tú no sufrir por dejar a tu abuela sola para volver a Clovelly, por eso mí le pidió a Nicolás que se diera prisa en declarar su amor a bella dama, a tu abuela.

Me cagué en todo, ¿él animó a Nicolás con ese propósito? En eso no había caído yo. No, se haría el tonto, pero no lo era... Ese miraba muy bien qué puntada dar para poner el hilo, ¿sería posible?

Era cierto que para Paula supondría un alivio saber que su abuelita ya no se quedaba sola, que estaba con una pareja y que, por muy mayor que fuese Nicolás, era evidente que la cuidaría con mimo.

Y encima también estaba yo. Ella sabía muy bien que les echaría una mano en todo lo que fuese necesario.

Yo no podía con mi vida y quise hablar con ella al salir del plató, cosa que no logré porque Adam se la llevó de la mano mientras felicitaban a la parejita recién creada.

Quise quedar con Paula esa noche, pero no me fue posible porque ella me esquivó. Nuestra siguiente cita sería al día siguiente, en la que celebraríamos el compromiso, comiendo lubina cocinada por Andrea.

—No te preocupes, cariño, que si eso que tienes en la caja es un anillo, tampoco me lo podré encasquetar en ningún dedo. Mira, Carol, torcidos perdidos—le indicó.

Más risas entre el público porque resultaban tan tiernos como divertidos. Eran adorables y entonces vi cómo, para el emotivo momento que viviría su abuela, Adam le cogía la mano a Paula, mientras ella me miraba de soslayo, con las mejillas tintadas.

—Andrea, yo sé que no quieres casarte, pero ¿aceptarías ser mi novia para toda la vida? —le pidió él, emocionado.

—Ay, Nicolás, yo no sé si me estaré precipitando también, porque soy muy joven, ¡pero me voy a arriesgar a decirte que sí!

La gente se levantó y los aplausos fueron interminables. Nicolás puso el broche de oro a una preciosa entrevista que la catapultó a la fama, algo que a ella le hacía una ilusión tremenda, y de allí salió con él como su pareja formal.

—Ahora tú no sufrir por dejar a tu abuela sola para volver a Clovelly, por eso mí le pidió a Nicolás que se diera prisa en declarar su amor a bella dama, a tu abuela.

Me cagué en todo, ¿él animó a Nicolás con ese propósito? En eso no había caído yo. No, se haría el tonto, pero no lo era... Ese miraba muy bien qué puntada dar para poner el hilo, ¿sería posible?

Era cierto que para Paula supondría un alivio saber que su abuelita ya no se quedaba sola, que estaba con una pareja y que, por muy mayor que fuese Nicolás, era evidente que la cuidaría con mimo.

Y encima también estaba yo. Ella sabía muy bien que les echaría una mano en todo lo que fuese necesario.

Yo no podía con mi vida y quise hablar con ella al salir del plató, cosa que no logré porque Adam se la llevó de la mano mientras felicitaban a la parejita recién creada.

Quise quedar con Paula esa noche, pero no me fue posible porque ella me esquivó. Nuestra siguiente cita sería al día siguiente, en la que celebraríamos el compromiso, comiendo lubina cocinada por Andrea.

## Capítulo 27



Llegué al mediodía con una botella de vino en la mano y Andrea me abrió la puerta, guiñándome el ojo.

—Aquí está mi superhéroe, ¿has visto que el amor siempre triunfa cuando es puro y verdadero? —me preguntó.

—Sí, Andrea, ya lo he visto. Me alegro mucho por vosotros.

—Mira, mira, aquí tengo el anillo—me enseñó una cadenita que tenía cogida al cuello, luciéndolo orgullosa.

—Tengo la novia más bonita del mundo. Y todo te lo debo a ti, hijo—me miró Nicolás—. Si no fuera por lo que ha pasado, igual hubiera palmado antes de decidirme—opinó.

—Anda ya, Nicolás. Y aparte, que el último empujoncito te lo dio Adam, ¿no? —pregunté con retintín delante de Paula mientras él estaba con la consola, dando gritos como un crío.

—¿Ese pánfilos? Sí, puede, pero vamos...

—El pánfilos ese es muy listo, no te creas, Nicolás—le comentó Andrea porque no se le pasaba una.

—¿Y eso ahora a qué viene, abuelita? Os recuerdo que estáis hablando de mi novio y que sigo presente.

—Si ya lo sé, hija, por eso te lo voy a contar: porque ha precipitado todo esto para que no te dé pena dejarme aquí para eso.

—Ay, abuela, si es verdad, pero ponte en su lugar, no es un delito.

—No, no es un delito, pero lo que quiero es que sepas que a mí no se me ha pasado por alto la maniobra. Tanto no me pasaría con el somnífero cuando se despertó con esas ganas de liarla.

—¡Abuela! ¿De verdad lo hiciste tú? —se llevó las manos a la boca.

—Pues claro que lo hice yo. Y no se te ocurra decirme nada, que a ti te vino de perlas para divertirme, ¿o me vas a decir que con ese te lo pasas igual de bien que Rubén? Vamos, que me da igual que me lo digas. No te pienso creer ni harta de vino, que lo sepas.

Justo entonces sí que se acercó Adam por allí.

—¿Mí ha escuchado algo de vino, abuelita? —le preguntó dándole un beso.

—Lo que yo diga: tú dame pan, y dime tonto—asintió.

Nos reímos mientras descorché la botella y nos servimos todos una copita al tiempo que la lubina se terminaba de hacer. Por favor, olía de impresión, y un rato después ya estaba puesta en la mesa.

—Cariño, que sepas que ya tengo en la cuenta el dinerito que me han dado por la entrevista y que ese es para ti—le recordó a Paula cuando Nicolás sirvió la lubina, que él estaba muy atento a todo.

—Ni loca, abuela. A mí no me hace falta y ese dinero es para vosotros, para que lo disfrutéis.

—Sí, viajando... El primer sitio será Nueva York, ¿tú no ves que ya estamos para el arrastre?

—Tú no, palomita, tú estás de muy buen ver—le decía Nicolás.

—Eso para ti, cariño, que no ves tres en un borrico, pero yo estoy ya hecha una pasita. Paula—se dirigió de nuevo a ella—, no necesito el dinero para nada y, si lo coges, igual puedes montar aquí un pequeño negocio o algo. Me han pagado bien.

—Es que lo hiciste genial, mi Andreíta—le decía él, muy cariñoso.

—Tú tampoco estuviste mal, Nicolás, pero ese no es el caso, el caso es que el dinerito...

,

—Pero si tú montar un negocio aquí, ¿qué pasar con mí? ¿Y con Clovelly? —le preguntó Adam, echando mano d otra copita de vino, que la conversación no le estaba molando nada.

—Pues que la perderías como nosotros perdimos Gibraltar y aquí estamos, jodidos, pero enteros—le aclaró  
Andrea.

—A mí no gustar hablar de política, abuelita.

—Ya, ya, tú no te coges los dedos. Pero pimplar sí que te gusta, que no veas si le das al vino, hijo.

—Abuela, por Dios.

—Ni por Dios ni nada, Paula, que la decisión es tuya, que él no puede decidir por ti.

—En eso tener razón tu abuela, amor. Si tú querer quedar aquí, mí tener que conformar y olvidar aquellos días en Clovelly cuando tú no tener nada y yo ayudar, y comenzar nuestro amor.

—¿Me lo está pareciendo a mí o le está haciendo chantaje emocional a la niña? Espera, guapo, trae el plato, que t lo voy a sazonar—le pidió Andrea y suerte que Paula no lo consintió, que si no le sirve nueva ración de laxante.

El almuerzo se vio un tanto empañado por la conversación, aunque ella quiso aclarármelo luego, cuando en la sobremesa él se lio con la consola. Tenía que ser con la consola y no con otra, dejándome a Paula para mí.

—Yo no niego que él barra para su casa. igual yo lo haría también. El asunto es que no dice ninguna mentira, porque yo estaba hecha polvo cuando llegué allí y Adam fue quien me tendió la mano.

—Vaya por Dios, menudo sacrificio que hizo, emparejarse contigo—le comenté no viendo que tenía a Andrea detrás, poniendo el oído.

—Hazle caso a mi superhéroe, que él sí que sabe. Yo solo te digo, mi niña, que tú estarías hecha polvo, pero que el guiri se benefició y los polvos te los echó a ti, que de ningún tonto se ha escrito nada.

,  
—Estáis siendo injustos, todos lo estáis siendo con él—se quejó.

—Puede, pero si tú estuvieras convencida, te importaría un bledo lo que te dijésemos, cariño, eso también es verdad.

—Ay, abuelita, ya... No es justo, él siempre ha sido mi apoyo y mi paño de lágrimas.

e—Es que tú no tienes ya que derramar más lágrimas, Paula, a ver si te enteras de que a ti ahora te toca reír, cantar, bailar y disfrutar. Las lágrimas ya se quedaron atrás. Hazme caso, hija, porque solo se vive una vez.



## Capítulo 28



Me estaba preparando para dormir, que al día siguiente entraba de guardia, cuando escuché el timbre de la puerta.

A través de la mirilla vi que era ella, por lo que abrí con el corazón acelerado.

No me dio tiempo a abrir la boca para preguntarle, porque Paula me la selló con un beso. Hay momentos en los que las palabras sobran y ese fue uno de ellos.

Se desabotonó el vestido, dejándolo en el suelo, y tiró de mi camiseta. Yo me quité también los pantalones y ambos quedamos en ropa interior.

El deseo era bestial, brutal y más por lo inesperado del hecho, al menos por mi parte.

Ella no quería preliminares, puesto que sus ojos brillaban pidiendo que la hiciera mía, y yo quise entretenerme en ellos.

Tan solo retiré su tanga, y lo hice con los dientes, agachado delante de ella, para después ver cómo me rodeaba la cintura con sus piernas y yo la penetraba.

Me deslicé por su canal, ese que ya chorreaba, y sentí que todo el deseo que contuve durante aquel tiempo se desataba por fin, llegando a lo más íntimo de ella, endureciendo mi sexo hasta un punto insospechado.

A la par, su lengua y la mía se entrelazaban, ambas queriéndose fusionar con la otra, ardientes... De hecho, ardíamos al completo y ambos nos entregamos al otro con arrebatadora pasión.

Me flipaba entrar y salir de ella mientras que su garganta emitía unos jadeos de lo más excitantes, primero más cortos y luego más largos.

—Así, preciosa, jadea para mí—le pedía mientras dejaba que la penetrara de un modo imponente, con mis manos

en las suyas, cogida a mi cuerpo, demandando de él aquello que con tanto gusto yo le estaba dando.

Como locos, nos llegamos a golpear con varias paredes, para terminar riendo... Y luego nos volvíamos a besar, en un carrusel sexual de altos vuelos que nos llevaba a alcanzar altísimos picos de placer.

Me estremecí al escucharla correrse para mí, algo que no hizo de un modo precisamente discreto, sino a gritos, mientras yo mordía sus labios y tiraba de sus pezones, provocándole el delirio.

Después, me sonrió y me pidió que le diese fuerte de nuevo, que el ritmo no parase, que le recordara por qué estaba eligiendo el sexo conmigo.

Enloquecido, me la comía en cada embestida, queriendo saborear cada uno de los centímetros de su piel mientras mi miembro ardía en su llameante vagina, esa que lo envolvía y lo apretaba, presa del frenesí, para demostrarme que podía estrecharse hasta llevarme a la máxima exaltación.

Caímos en mi cama, y lo hicimos ella bocarriba, conmigo cubriéndola por completo, mientras aprisionaba su carne con mis dedos, pellizcándola para comprobar cuán real era aquello que me parecía un sueño.

—Dame más, por favor, dame más—me pedía mientras entreabría esa boca que me comía, que mordisqueaba, que saboreaba mientras mi entrepierna chorreaba a consecuencia del elixir que emanaba de su interior, y su corazón latía fuerte, buscando sincronizarse con el mío.

Tras penetrarla en tal posición durante varios minutos, agitado y convulso, la coloqué a cuatro patas y ella se agarró al cabecero de mi cama, que era de barrotes, los cuales a punto estuvimos de arrancar.

Paula se aferraba a los barrotes mientras yo intensificaba el ritmo hasta que se quedó cogida a uno de ellos mientras el cuerpo se le fue y a punto estuvimos de caer de la cama. Muertos de risa, nos enderezamos, instante que aprovechó para tomar las riendas, colocándose a horcajadas sobre mí, tomando mi miembro e introduciéndoselo ella misma.

Con furor desmedido, puede ver cómo, a partir de ese momento, comenzaba a tocarse para mí, juguetona y picante, sexy hasta la saciedad.

—Eres la seducción hecha mujer—murmuré.

—Yo más bien diría la lujuria, porque es así como lo siento—me aclaró y debía tener razón porque su libido volaba alto y la lujuria capitaneaba cada uno de sus movimientos.

Sus senos eran para perder el sentido y yo los lamía mientras ella cabalgaba a conciencia sobre mí. Sentía que se

corría de nuevo antes de que lo chillase, en ese momento en el que me aprisionó.

1Eso era lo que necesitaba, que se corriera una y mil veces para mí, por lo que salí de dentro de ella y la puse de pie, contra la pared, penetrándola con fuerza mientras una de mis manos estimulaba su clítoris y ella murmuraba que no podía más.

Claro que podía... Podía y lo haría porque se correría muchas veces más en aquel asalto sexual que tomé como el mejor de los regalos.

Le entregué lo mejor de mí y me consta que ella hizo lo mismo. Cuando por fin hubimos terminado, me sonrió y supe que esa sonrisa tenía un trasfondo.

—Si mi abuela dice que solo se vive una vez, habrá que aprovechar al máximo esa vida, ¿no?

Me la comí a besos, cómo no me la iba a comer si moría por escuchar esas palabras que pronunció con tanta gracia y naturalidad, esas palabras que me llegaron al alma.

—No te vas a arrepentir de esto, mi vida, no te vas a arrepentir.

2

—Eso espero, porque Adam no se lo merece, le voy a hacer daño—se lamentó.

—Cuando una pareja pasa a ser tres, uno siempre sale escaldado—le sonreí.

—Ya, porque a mí no me van los tríos.

—Y a mí menos, aunque al rarito de Adam mejor no le preguntamos, que igual pasa por el aro.

—Ay, ¿qué has hecho con mi vida? Menudo vuelco. Pero ¿sabes qué?

—No, dime...

—Que ya no tengo miedo, que por fin no tengo miedo.

Y yo lo que sentí fue una alegría enorme, porque no solo me enamoré de ella, sino que pude ayudarla a salir de un pozo en el que estuvo metida demasiado tiempo. Paula volvía a casa, y se quedaría conmigo. Esa noticia era mucho mejor que si me hubiese tocado la lotería, era lo que más deseaba en el mundo y lo que más ilusión me hacía.



## Capítulo 29



Esa sí que fue una guardia alegre. Entré a primera hora de la mañana tras despedirme de ella con una batería de besos. pidiéndole que no demorase demasiado aquello que estaba a punto de hacer.

Paula me prometió que lo haría ese mismo día. Era realmente impulsiva y ya no podía guardar un secreto así dentro. A mí eso me venía de perilla, porque nada deseaba más que el hecho de que le pusiera las cartas bocarriba a Adam y le dijese que hasta ahí habían llegado.

Igual no era del todo justo para él, de acuerdo, pero lo cierto es que ella se acomodó a un hombre que no le llenaba, simplemente porque se portó de fábula, pero era evidente que se había enamorado de mí, como yo de ella y que ya nada la unía a Clovelly.

Llegué expectante y pletórico al parque, algo que Diego me notó, pues estaba al quite.

—Tú has triunfado esta noche, capullo—me soltó nada más verme.

—Miedo me das, ¿tienes una bola de cristal o algo?

—No, tengo ojos en la cara. Y se da la circunstancia de que eres totalmente transparente. Tú has mojado, ¿ha sido con Paula?

—Sí, ha sido con ella—le confesé feliz.

No vi que Tania se acercaba en ese momento, vaya tela...

—Las hay con suerte—dijo de mala gana—. Muy bonito me parece a mí todo esto.

—No seas aguafiestas, que Rubén no te haya hecho caso a ti no significa que las cosas no le puedan salir bien. Estás arañada y se te nota—le cortó el punto mi colega.

—Es que yo no creo en los cuentos de hadas, eso es lo que pasa. Y vale, Rubén—se dirigió a mí—, que te haya salido genial lo de la abuela, que pudo salirte fatal, pero que te vayas a hartar ahora también de perdices con la nieta, eso me parece ya infumable, me suena a cuento chino...

—No seas ceniza, a ti lo que te pasa es que te gustaría estar en el lugar de esa chica. Pues te jodes como Herodes—le dijo mi amigo.

—Pasa de decir nada más, Diego, no tengo por qué dar explicaciones de mi vida privada a nadie, ya está—añadí con cierto coraje porque siempre me ha fastidiado la gente que no se alegra del bien ajeno.

Comenzamos a trabajar y yo miraba de vez en cuando el móvil, ¿habría hablado ya con él? Me impacientaba conocer los detalles: cómo habría reaccionado, por ejemplo, aunque Adam mucha sangre no debía tener en las venas y tampoco me lo imaginaba montando un numerito trágico.

El asunto fue que las horas iban pasando y no supe nada.

—Pues normal, colega, te lo querrá contar en persona—me tranquilizaba Diego quien ya, de tanta lata como yo le di en esos días, estaba por la labor de que me emparejase con ella, quizás sabedor de que nada podía hacer por evitarlo.

Tenía toda la razón. Eso era lo lógico, pero el desconcierto me embargaba. Nunca me había mostrado tan impaciente y tampoco tenía derecho a hacerlo. Ella había tomado una determinación, apostar por mí, y si quería tomarse un poco más de tiempo no era censurable.

Agradecí queuviésemos que salir varias veces, aunque para asuntos de poca monta, porque así me entretuve, pero llegada la noche la incertidumbre podía conmigo.

Amanecí en el parque y yo seguía sin saber nada de ella. La telefoneé de inmediato. Me habría gustado ir a buscarla directamente, pero Paula decidió que ella sola se encargaría del tema y que no deseaba que me entrometiese, algo que decía mucho en su favor, pues no se escudó detrás de mí para nada.

Tuve la certeza de que algo malo sucedía cuando no descolgó el teléfono. Demasiadas horas sin saber de ella. Apreté las manos, rabioso, pensando en que no hubiese reunido el valor para dejar al desaborido ese, ¿no le importaban mis sentimientos?

Aparté enseguida esa idea de la cabeza, puesto que no me parecía así. Paula era una mujer sensible que no jugaría así conmigo.

Me dirigí hacia mi casa en espera de noticias y la encontré allí en la puerta, esperándome, con el rostro lagrimoso

y la desesperación haciendo mella en su persona.

—No he podido, es que no he podido—me comentó—. Lo siento mucho, lo siento muchísimo.

—¿Qué ha pasado? ¿Él te ha convencido para que no lo hagas? Era previsible, Paula, que luchara y que esgrimiese todos los argumentos posibles, ¿cómo no luchar por ti? Entra dentro de lo normal. Yo también lo hubiese hecho, si te soy sincero, pero es a ti a quien te corresponde dar un paso adelante por tu felicidad.

—No, no sigas. Te equivocas, te estás equivocando, Rubén.

—¿En qué parte? Yo te vi en mi cama, observé la ilusión y la entrega en tus ojos. Dime que no me quieres, dímelo si eres capaz...

—No es eso. Rubén, por supuesto que te quiero y lo sabes—me dijo poniendo sus dedos sobre mis labios para que guardase silencio—. Ni siquiera me dio tiempo a decírselo porque al poco de llegar a casa nos dieron la noticia de que el padre de Adam, Peter, acababa de fallecer.

—¿Ha fallecido? ¿Tu jefe ha fallecido?

—Así es—me dijo con lágrimas en los ojos—. Y, cuando yo no tenía nada y estaba desesperada, él confió en mí. Su hostal era su vida y él lo hizo con la ilusión de que algún día, cuando no estuviese, yo lo llevase con su hijo. Siempre me decía que yo tenía mano para el negocio, ya ves—me comentó llorosa.

—Entiendo, pero...

—No puedo, Rubén, no puedo dejarles solo en estas circunstancias a él y a su madre. Rose también me necesita. No voy a dejarles en la estacada, no ahora que les ha sacudido la desgracia, por mucho que tú me lo pidas—sentenció.

Paula era una mujer de palabra y había llegado la hora de demostrarlo. Parecía totalmente decidida a dejarme.

—Siento oír eso, lo siento mucho.

—Yo también lo siento, pero tendrías que ver cómo está Adam. Hasta le ha dado una taquicardia y anda en el hospital en observación. Igual no nos podemos marchar hasta dentro de un par de días porque nos han dicho que en esas circunstancias no le conviene volar. Lo siento mucho, Rubén, pero tengo que volver con él—se despidió dándome un beso en la mejilla y hecha un mar de lágrimas.



## Capítulo 30



Hice varios intentos por verla, pero no me lo permitió. Supe por Andrea que, efectivamente, se marcharon un par de días más tarde.

Esperé al fin de semana para ir a verla, y también a Nicolás. Mi bella dama me recibió con unas exquisitas pastas que había cocinado en forma de corazón.

—Toma, come unas cuantas, hijo—me comentó.

—¿De verdad? ¿De corazón? —le pregunté encogiéndome de hombros.

—De verdad de la buena, ¿y sabes por qué? Porque tú la vas a recuperar, lo siento aquí, en el mío—se lo señaló—. Está muy viejito, no te digo que no, pero también es muy sabio y me lo dice.

—Se ha ido, Andrea, tu nieta se ha ido y me ha dejado bien claro que no quiere que me entrometa más en su vida. Ni siquiera me ha cogido más el teléfono, ha cortado toda relación conmigo.

—Ya, porque es muy buena niña. Me cachis en la mar, ¿por qué ha tenido que suceder esto justo ahora? —se preguntó.

—Debe haber sido el destino, cariño—le contestó Nicolás.

—Pues qué cachondo el destino. Oye, ¿tú conoces Clovelly? —me preguntó.

—Ya sabes que no, Andrea, ¿por qué?

—Ya me lo parecía a mí. Pues nada, porque ha llegado el momento de que lo conozcas. Tendrás una aplicación de esas para volar, ¿no? —me preguntó.

—Andrea, que por mucho que tú lo creas, yo no soy un superhéroe—le recordé sonriéndole—. Y la capa que me has hecho es muy chula, pero tampoco sirve para volar.

—Hijo, ¿tú te crees que estoy chocheando? Mira que todavía no, ¿eh? Eso ya lo sé yo de sobra. Digo una aplicación de esa para sacar billetes de avión.

—Ah, vale, eso sí. La tengo.

—Pues ya estás sacándolos...

—¿Me estás diciendo que debo ir allí?

—No, te estoy diciendo que debemos ir allí. Mi nieta siempre quiso que fuera a visitarla y eché mis achaques por delante. Pues bien, si la palmo, quiero que sea en el intento de que la recuperes. Sé que ella está por ti, y sé lo que fue a hacer a tu casa, me lo contó. Ella se ha enamorado y esta desgracia no os va a separar, como Andrea que me llamo que no. Venga, saca esos billetes.

—¿Dos, Andrea?

—No, tres, jovencito. Yo también voy con nosotros—me indicó Nicolás, quien acababa de entrar en la cocina.

Miré y había buena combinación para tres días más tarde. Ellos estuvieron totalmente de acuerdo y yo tendría tiempo de hablarlo en el trabajo.

—¿Y con qué cara nos presentaremos allí? —le preguntó Nicolás.

—Con las de darles nuestras condolencias, ¿no somos familia política? Pues tendremos que quedar bien. Vamos, digo yo—nos aclaró ella.

—¿Y si Paula se enfada con nosotros? Ella tiene mucho carácter—argumentó el hombre.

—¿Por ir a hacerle una visita? Mi niña no es ninguna desagradecida—sonrió ella con un poquillo de malicia.

—Andrea, ¿yo a ti por qué te tengo que querer tanto? —le pregunté en ese momento.

—Porque tú y yo estábamos predestinados a encontrarnos en esta vida, mi superhéroe. Y como no somos de la misma época, el nexo es mi Paula, mi querida niña, a la que ya le toca ser feliz. Y el papanatas ese de Adam no la va a hacer, ella necesita alguien con más sangre, alguien como tú, Rubén.

Le di un beso, reservé los billetes y me dispuse a hacer la gran locura de mi vida. Bueno, la segunda, porque Andrea me recordó que escalar por su fachada había sido la primera. Y esa me salió genial, a ver qué tal me salía en esa ocasión.

Diego flipó cuando se lo comenté, esa noche, delante de un par de esas birras frías que tanto nos gustaba compartir.

—Apenas puedo creerte, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi cabal amigo? —me preguntaba desternillándose.

—Me he decidido a tirarme a la piscina, colega, y que sea lo que Dios quiera. Igual no es muy ético, porque sé que ese chaval lo ha pasado muy mal, pero es mi oportunidad de ser feliz, y también la de ella.

—Que sí, hombre, que sí, que yo no te voy a juzgar... Me conoces y lo habría hecho mucho peor. Si soy yo, no la dejo volverse con él.

—No seas bruto, ¿y qué podía hacer? ¿Raptarla?

—Por ejemplo—rio.

—No te las des ahora de romántico, que tú no crees en esas cosas.

—Digamos que dejé de creer, pero que un día, en una vida que ya ni recuerdo, sí que me enamoré.

—¿Tú enamorado? Esa sí que es buena, ¿estás de broma?

—No, colega, no lo estoy. Y después me convertí en lo que ya conoces... Si la quieres de verdad, no dudes en luchar por ella. Yo no lo hice y me arrepiento todos los días.

—Diego, no me lo podía ni imaginar, ¿cómo es que no me lo has contado nunca?

—Porque, con una birra en la mano, prefiero hablar de ligues y de cosas menos profundas. Parlotear de las heridas de la patata no es lo mío, precisamente.

Hasta Diego me animaba a ir a buscarla, a ir a luchar por ella y a ir a demostrarle que nada se me pondría por delante a la hora de pedirle, una vez más, que le diera una oportunidad a nuestro amor.

e

s

## Capítulo 31



Tuve que reírme hasta que se me vio la campanilla cuando subí a ese avión con Andrea y con Nicolás. Resultó que ninguno de los dos había volado en su vida, pero que al hombre le daba pánico. Y no lo dijo hasta ese momento.

—Pero ¿se puede saber por qué te lo has callado? Míralo, Rubén, si se me está poniendo del color de la cera, ¿tú te imaginas que este hombre se me muere aquí en el avión? ¿Qué hacemos entonces con él? Ay, madre mía, ¿abrimos la ventanilla y lo tiramos? Porque no podemos llegar a la Gran Bretaña oliendo a muerto, ¿qué pensarían de nosotros? Que luego son las tonterías, se meten los políticos y...

—Andrea, por Dios, no me pongas peor cuerpo—le rogaba él.

—El que tienes ya, Nicolás, que has menguado, qué quieres que te diga—le decía ella parlanchina, pues también estaba muy nerviosa y le era imposible contener la lengua.

—Si no digo eso, mujer, solo digo que...

—Que ya tienes un pie en el hoyo y que se nos ha quedado peores hechuras que a la rodilla de una cabra, ¿y qué? Si yo lo veo todos los días en el espejo y, aun así, le doy gracias a Dios, que la vida es muy bonita y yo tengo que vivir para ver casarse a mi Paula con mi superhéroe.

Varios de los pasajeros nos habían reconocido y empezaron a cuchichear. Nos habíamos convertido en personajes muy mediáticos, y una de las azafatas se acercó a saludarnos.

—Ustedes son los del vídeo, los del rescate viral, ¡bienvenidos!

—Sí, hija, somos nosotros y lo malo es que igual volvemos a dar la nota, porque resulta que mi Nicolás se está poniendo la mar de malito y yo no sé si no será mejor que lo dejemos en tierra—le decía ella.

—Que no, Andrea, que yo me quiero ir contigo, no pienso dejarte solita por nada del mundo.

—¿Solita? Si yo voy con mi superhéroe, ¿qué me va a pasar? Venga, que, si no te ves con cuerpo, mejor te quedas.

—¿Tú no quieres que vaya? —le preguntó apenado.

—Claro que quiero. Menuda soy yo. Si no quisiera, te lo espetaría en toda la cara, pero no es el caso. Lo que no quiero es que la palmes, ya te lo he dicho, que quiero disfrutar de ti lo que me quede de vida, truhan—le decía ella.

—Andrea, no se preocupe que no le pasará nada. Incluso puedo traerle una infusión, en cuanto despeguemos, que es mano de santo. Calma a muchos pasajeros—le ofreció la azafata.

—Si tú lo dices. Ahora, que, si a este hombre le pasa algo, yo no me hago responsable. Bastante tenemos con lo que traemos entre manos, que no te lo puedo contar, pero es muy emocionante.

—¿Y seguro que no me lo puede contar? Es que yo sigo lo suyo desde el principio, soy su fan número uno, no me pierdo nada del culebrón. Y, por supuesto, ya también la sigo por Instagram—le rogó.

—Ay, qué mona. Si no fuera porque quiero a Rubén para mi Paula, ahora mismo te lo trataba de encasquetar—le dijo del tirón.

—¿Quiere emparejar a su nieta con su héroe? Ay, qué romántico.

—Con mi superhéroe, que es más que un héroe. Ah, y otra cosa, que hemos traído su capa, por si la cosa se pone fea y hay que saltar del avión.

—¿Qué es lo que has dicho, Andrea? ¿Por si hay que saltar? —le preguntó Nicolás con tal susto que se le debió bajar hasta la tensión.

—Si, hombre, pero a la comba, tú no te asustes—disimuló ella.

—Que no, que yo te he oído...

—Y luego dices que escuchas fatal. Tú escuchas lo que te conviene. Venga, a callar ya, que al final asustarás a todos los pasajeros y sin motivo.

—Sin motivo no, que yo no me quiero morir.

—Mira, Nicolás, aquí no se va a morir nadie. Pero si fuera el caso, mejor que nos tocara a ti y a mí, que sumamos una pila de años juntos, y no a alguno de estos chavales, mírales la cara—le pidió—. Están llenos de juventud y algunos seguro que van hasta de luna de miel.

—Y nosotros también—se quejó él.

—¿Qué dices tú de luna de miel? Nosotros hemos embarcado en este avión—pronunció ella la mar de fina—, para ir de misión, como los militares. Esto no es ninguna luna de miel.

—Pues debería, porque es como si nos hubiésemos casado, que yo te regalé el anillo.

—Y hablando de anillo, tienen que prestar atención a las instrucciones que les vamos a dar ahora mismo—les pidió la azafata—. Que, en este caso, también hay una anilla de la que tirar, la del chaleco salvavidas—les explicó

—¿Chaleco salvavidas? Mira, hija, si yo me tengo que tirar del avión en marcha, llego desbaratada abajo, con chaleco o sin chaleco. Así que mejor no me lo pongo, que tengo mucho glamur y quiero salir bien en la foto—le daba ella sus oportunas explicaciones mientras la chica se tronchaba al escucharla.

El vuelo resultó de lo más entretenido. Os podéis imaginar, oyéndola a ella todo el tiempo y con Nicolás muerto de miedo, agarrado al asiento con todas sus fuerzas y con el cinturón apretado tan fuerte que Andrea se partía, diciendo que parecía un lomo embuchado.

Así aterrizamos y así alquilamos el coche que nos llevaría a Clovelly, donde le daríamos a Paula la sorpresa de su vida. No hace falta decir que trataría de oponer resistencia, que pretendería que nos marchásemos sin lograr nuestro propósito, pero nosotros no habíamos llegado tan lejos para renunciar a nuestro sueño, porque se trataba de un sueño conjunto y porque en juego estaba el bien máspreciado para todos: el de la felicidad.

—Mira, Nicolás, aquí no se va a morir nadie. Pero si fuera el caso, mejor que nos tocara a ti y a mí, que sumamos una pila de años juntos, y no a alguno de estos chavales, mírales la cara—le pidió—. Están llenos de juventud y algunos seguro que van hasta de luna de miel.

—Y nosotros también—se quejó él.

—¿Qué dices tú de luna de miel? Nosotros hemos embarcado en este avión—pronunció ella la mar de fina—, para ir de misión, como los militares. Esto no es ninguna luna de miel.

—Pues debería, porque es como si nos hubiésemos casado, que yo te regalé el anillo.

—Y hablando de anillo, tienen que prestar atención a las instrucciones que les vamos a dar ahora mismo—les pidió la azafata—. Que, en este caso, también hay una anilla de la que tirar, la del chaleco salvavidas—les explicó.

—¿Chaleco salvavidas? Mira, hija, si yo me tengo que tirar del avión en marcha, llego desbaratada abajo, con chaleco o sin chaleco. Así que mejor no me lo pongo, que tengo mucho glamur y quiero salir bien en la foto—le daba ella sus oportunas explicaciones mientras la chica se tronchaba al escucharla.

El vuelo resultó de lo más entretenido. Os podéis imaginar, oyéndola a ella todo el tiempo y con Nicolás muerto de miedo, agarrado al asiento con todas sus fuerzas y con el cinturón apretado tan fuerte que Andrea se partía, diciendo que parecía un lomo embuchado.

Así aterrizamos y así alquilamos el coche que nos llevaría a Clovelly, donde le daríamos a Paula la sorpresa de su vida. No hace falta decir que trataría de oponer resistencia, que pretendería que nos marchásemos sin lograr nuestro propósito, pero nosotros no habíamos llegado tan lejos para renunciar a nuestro sueño, porque se trataba de un sueño conjunto y porque en juego estaba el bien más preciado para todos: el de la felicidad.

## Capítulo 32



Habíamos volado temprano, y llegamos a Clovelly tras la hora del almuerzo, después de haber picado algo por el camino.

Alguna vez, aquel pintoresco pueblecito de pescadores, en el que ciertamente tuvimos que pagar para entrar como me comentó Paula en su día, perteneció a la soberana de Inglaterra, a su reina.

Cuando llegas allí, sientes que el tiempo se para y experimentas un retroceso entre sus angostas calles, en las que no encuentras las típicas franquicias que salpican la mayoría de las ciudades, sino calzadas empedradas no aptas para que los coches transiten por ellas.

Encontrar un pueblo exento de la nociva contaminación y del molesto ruido del tráfico no es fácil hoy en día. Al comprobarlo, en absoluto me extrañó que los visitantes lleguen a centenares, deseosos de empaparse de la tranquilidad de sus calles.

Un vecino, tan pronto comenzamos a caminar por esas calles, nos contó que sus maravillosas vistas inspiraron a Charles Dickens, el famoso escritor, al escribir una de sus obras titulada “Un mensaje en el mar”.

No en vano, ese pueblecito, uno de los más encantadores de la costa de Inglaterra, puede definirse como ese conjunto de casas que van a desembocar a una cala y ensenada.

Con apenas medio millar de habitantes, el que un día fue una aldea de pescadores, hoy es un enclave destinado a vivir del turismo, y es que no todos los pueblos pueden presumir de un dato como el que se da en Clovelly, donde cada una de sus casitas miran al mar y donde, pese a su pequeño tamaño, es posible encontrar pubs, cafeterías y tiendas.

Un lugar para perderse, no me extrañó en absoluto que Paula hubiera acabado allí en su día, tras su paso por el bullicioso Londres. Aquel era, sin duda, un lugar para perderse mirando al mar.

Andrea, quien caminaba despacito agarrada a Nicolás y a mí, no paraba de abrir la boca en señal de lo mucho que

le estaba gustando todo aquello. Y no era para menos porque el azul del mar en el fondo suponía el más luminoso de los marcos naturales para alumbrar un lugar al que mereció la pena visitar, sin duda.

—Ya me decía mi Paula que tenía que venir. Ella me contó que era precioso, pero nunca imaginé que tanto. Claro como una no ha conocido mundo... Me alegro tanto de haber dado el paso, y más por el motivo que lo hemos hecho—nos decía feliz, paseando cogida del brazo de cada uno.

Los tres nos estremecimos al descubrir la asombrosa belleza de ese idílico hostel en el que, con vistas al mar, una chica tendía al aire libre unas blancas sábanas, en una estampa de esas que parecían sacadas de una novela de época.

Nos sonrió y nos preguntó quiénes éramos. Le contesté en inglés. Solo me defendía, no voy a decir que el mío fuese nativo, pero entonces ella me contestó en castellano y sacó mi sonrisa.

—Ay, por favor, si yo te conozco del vídeo, eres el bombero buenorro.

¿En serio? ¿En Clovelly me estaba pasando eso? Pues parecía que sí.

—Digo, él es. Mira qué buen mozo y, este otro, que por fin va recuperando el color en la carilla después de besar el suelo cuando nos hemos bajado del avión, es mi Nicolás, que también lo fue, solo que ahora está como yo, arrugado como una pasa. Por cierto, que yo soy...

—Usted es Andrea, la abuela de Paula. Yo soy Olga, una compañera suya, de Granada.

—¡Ahí es nada! Dame un abrazo, niña—le pidió Andrea—. Yo creí que aquí no nos entendería nadie y mira, una granadina.

—Sí, como la bebida—añadió Nicolás, quien decía estar seco después del vuelo.

—¿Quiere usted beber algo, señor? Yo se lo traigo ahora mismo. Madre del amor hermoso, si Paula no me había dicho que venían...

—No, no, es que no lo sabe. Le vamos a dar la sorpresa.

—Ay, qué emoción. Entonces yo calladita... Se va a volver loca, mi niña. No charlo más, ella está allí, en el *hall*—nos señaló a una preciosa zona de entrada, tras unas impresionantes vidrieras que miraban al mar.

Allí que nos colamos los tres. Paula atendía a unos clientes y no reparó en nosotros. Todavía miraba el ordenador cuando me acerqué y carraspeé.

—Señorita, ¿tendría dos habitaciones? Una sería para mí y la otra para una adorable pareja de novios—le comenté.

Levantó la vista a toda prisa y noté cómo su corazón se aceleraba.

—¡Rubén! —exclamó y, en cuanto se lo señalé, los vio a ellos— ¡Abuelita, Nicolás! —salió de detrás del mostrador y nos abrazó a todos.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? Si ya sabía yo que la niña estaba loquita por vernos. Hemos hecho muy bien en venir—asentía Andrea.

—Claro, abuelita, ¿pero esto cómo lo habéis hecho? ¿Y por qué?

—Oye, ahora no te me pongas farruca que me has pedido mil veces que vinera, ¿eh? Lo que sucede es que una perita en dulce como yo no puede viajar sola, que hay mucho canalla suelto. Pero como ahora estoy tan bien escoltada, me he dicho “Vamos a ver a mi Paula que no la ve hora de que estemos allí”.

—Ya, ¿y ese ha sido todo el motivo? Venga, abuelita, que me encanta veros aquí, pero que todos sabemos que eres más peligrosa que una bomba atómica.

—Qué va, hija. Esas son las malas lenguas. Nosotros venimos aquí a verte, a hacer un poquito de turismo y, ya de paso, a darle el pésame a tu suegra.

—Rose ha ido a hacer unas gestiones con Adam, que en estos días tienen mucho papeleo de por medio con lo del fallecimiento de mi suegro.

—Que Dios lo tenga en su gloria. En fin, ¿y tardarán muchos días en volver? Que no hay problema, ¿eh?

—¿Muchos días? No, claro que no. Un par de horas a lo sumo.

—Vaya por Dios, mi superhéroe. Te vas a tener que poner las pilas—me susurró.

—Señorita, ¿tendría dos habitaciones? Una sería para mí y la otra para una adorable pareja de novios—le comenté.

Levantó la vista a toda prisa y noté cómo su corazón se aceleraba.

—¡Rubén! —exclamó y, en cuanto se lo señalé, los vio a ellos— ¡Abuelita, Nicolás! —salió de detrás del mostrador y nos abrazó a todos.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? Si ya sabía yo que la niña estaba loquita por vernos. Hemos hecho muy bien en venir— asentía Andrea.

—Claro, abuelita, ¿pero esto cómo lo habéis hecho? ¿Y por qué?

—Oye, ahora no te me pongas farruca que me has pedido mil veces que vinera, ¿eh? Lo que sucede es que una perita en dulce como yo no puede viajar sola, que hay mucho canalla suelto. Pero como ahora estoy tan bien escoltada, me he dicho “Vamos a ver a mi Paula que no la ve hora de que estemos allí”.

—Ya, ¿y ese ha sido todo el motivo? Venga, abuelita, que me encanta veros aquí, pero que todos sabemos que eres más peligrosa que una bomba atómica.

—Qué va, hija. Esas son las malas lenguas. Nosotros venimos aquí a verte, a hacer un poquito de turismo y, ya de paso, a darle el pésame a tu suegra.

—Rose ha ido a hacer unas gestiones con Adam, que en estos días tienen mucho papeleo de por medio con lo del fallecimiento de mi suegro.

—Que Dios lo tenga en su gloria. En fin, ¿y tardarán muchos días en volver? Que no hay problema, ¿eh?

—¿Muchos días? No, claro que no. Un par de horas a lo sumo.

—Vaya por Dios, mi superhéroe. Te vas a tener que poner las pilas—me susurró.

## Capítulo 33



En cuanto nos instalamos en las habitaciones, con esas vistas que podían calificarse de mágicas, Paula subió a la mía.

—Qué alegría verte por aquí, mi amor, tú no sabes las ganas que tenía de encontrarme contigo a solas—le comenté.

—¿Tú estás chiflado? Creí haberte dejado bien claro que lo nuestro no podía ser, ¿es que hablo en chino?

—En chino creo que no, y mira que hablas unos cuantos idiomas, qué habilidad. Yo estaba temiendo no apañarme bien, pero como tu compi es granadina, nos hemos entendido la mar de bien.

—Pues sigue entendiéndote con ella, porque conmigo no vas a llegar a ningún entendimiento, ese es mi consejo. No tendrías que haber venido, ¿por qué lo has hecho?

—Porque esta vez ha sido a mí a quien ha convencido tu abuela. Y porque yo siento mucho que tu jefe, el padre de Adam, haya muerto, pero esa familia no puede pretender que junto con él enterremos nuestro amor, por eso.

—No me hables de entierros que no sabes lo afectado que está Adam, igual es por no haber podido llegar al de su padre. Es que me da tanta pena, que me siento incapaz hasta de hablarlo con él.

—Bueno, pero que ya el pobre hombre eso no lo ha podido ver, tú dile que no se disguste, que lo importante es lo que se hace en vida.

—Eso, tú trata de consolarle cuando has venido a robarle la novia...

—Robar es una palabra muy fea, Paula—le dije abrazándola.

—Suéltame, demonio, que no puede ser.

—¿No puede ser ni un abrazo? Oye, que yo también necesito consuelo, tú no sabes el vuelo que nos ha dado Nicolás.

—Ni lo sé ni me importa. Si no te hubieses prestado a esta locura, no te habría pasado nada.

—¿Y qué si es una locura? Me moría por verte y sé que tú también por verme a mí.

—Claro que sí, ¿no ves que no puedo parar de saltar?

—Si no saltas es porque tienes miedo, pero no porque no estés contenta.

—Me quieres volver majara, no hay derecho.

—No hay derecho a que estemos separados con lo mucho que nos queremos, a eso es a lo que no hay derecho.

—¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

, —Las que quieras. Otra cosa es que yo vaya a entenderlo, que va a ser de no. No pienso bajarme del burro, no me iré hasta lograr que vuelvas a España conmigo.

—De eso nada, te irás en un par de días, máximo. Y te llevarás a mi abuela y a Nicolás, que tampoco me fío de ella.

—Está muy mal desconfiar de una pobre ancianita, que también te ha criado.

—Por eso mismo, porque me ha criado, sé hasta dónde puede llegar.

Escuchamos voces y ella se asomó por la ventana.

—Son mi suegra y Adam, que han llegado antes de lo previsto. No deben vernos aquí a solas, ¡corre! ¡Métete debajo de la cama! —me pidió.

—¿Y me quieres contar qué sentido tendría eso? No estamos haciendo nada malo, por desgracia—le sonreí.

—Es verdad, si van a saber que estás aquí—dijo y, tras ello, apretó los dientes.

Salió a la escalera y le llamó.

—¡Adam, cariño! ¡No sabes quién ha venido!

—Mí saberlo, por eso volver antes. En el pueblo decir a mí que ancianita simpática merodear con dos hombres y que llamar a uno superhéroe. Ancianita ser Andrea.

—Y luego la fama de cotilla para los españoles. Muy bonito.

Su abuela y Nicolás también los escucharon y salieron. Todos bajamos y ella nos presentó a Rose, su suegra, una mujer de lo más estirada y antipática, que parecía ir por el mundo oliendo mierda y que no hablaba ni una palabra de castellano.

—Mamá decir que alegrarse mucho de visita—disimuló Adam.

—Pues dile a tu madre que, si esa es su cara más alegre, no me la imagino encabronada, friki... Digo, Adam—corrigió Andrea, muerta de la risa.

Le dimos el pésame, cada uno a nuestra manera, a la mujer.

—Tú no sufras, que nunca se sabe—le decía Andrea—. A mí el amor de verdad me ha llegado a los *taitantos*, que no tengo por qué contarte las velas que soplo. La lástima es que me haya cogido ya con los bajos más secos que...

—¡Abuela! —la interrumpió Paula.

—Hija, si da igual. Si ella no se entera—le dijo pasándole la mano por delante de la cara y moviéndola.

—Abuela, pero que ver sí que ve...

—Ay, yo qué sé, como está ahí más tiesa que un ajo y no nos mira, he pensado que igual también la acababa de espichar o algo.

Tuve que contener la risa. Menos mal que Adam no se enteraba de mucho.

—¿Qué ser espichar, abuelita? —le preguntó.

—Nada que a ti te importe, chavalín, ¿tú no tienes que ir a jugar con la consola ni nada? Es que los mayores nos traemos un asuntito entre manos.

Paula se puso como un tomate y Rose, su suegra, nos emplazó para volver a vernos a la hora de la cena. Malditas las ganas que tendríamos de sentarnos con ella a la mesa, pero, en fin, qué se le iba a hacer.

Mi amada seguía trabajando y yo la miraba de lejos. Estaba deseando volver a tener un momento para quedarme a solas con ella.

Yo ya contaba con ciertas reservas, ¿cómo no me la iba a llevar de allí? El lugar resultaba ciertamente idílico, pero el ambiente no era el ideal porque Adam no se enteraba de nada, que ese era de las personas que están en el mundo porque tiene que haber de todo, y, tras la muerte de su padre, el hostel parecía gobernado por la simpática de su madre, que debía tener atrofiados los músculos de la sonrisa.

No era lugar para ella, Paula no pintaba ya nada allí y en mí estaba convencerla. En mí y en Andrea, porque yo tenía bien claro que la ancianita no se había desplazado hasta allí para quedarse de brazos cruzados.

Paula se puso como un tomate y Rose, su suegra, nos emplazó para volver a vernos a la hora de la cena. Malditas las ganas que tendríamos de sentarnos con ella a la mesa, pero, en fin, qué se le iba a hacer.

Mi amada seguía trabajando y yo la miraba de lejos. Estaba deseando volver a tener un momento para quedarme a solas con ella.

Yo ya contaba con ciertas reservas, ¿cómo no me la iba a llevar de allí? El lugar resultaba ciertamente idílico, pero el ambiente no era el ideal porque Adam no se enteraba de nada, que ese era de las personas que están en el mundo porque tiene que haber de todo, y, tras la muerte de su padre, el hostel parecía gobernado por la simpática de su madre, que debía tener atrofiados los músculos de la sonrisa.

No era lugar para ella, Paula no pintaba ya nada allí y en mí estaba convencerla. En mí y en Andrea, porque yo tenía bien claro que la ancianita no se había desplazado hasta allí para quedarse de brazos cruzados.

## Capítulo 34



La cena se sirvió a las seis y media de la tarde, y no hace falta ser un lince para sospechar que a Andrea tal dato le desató la lengua.

—Les den bien dado, ¿qué horas de cenar son estas? Si en mi casa, a estas horas, a veces no me he tomado ni el café—decía ella, quien llegó hasta el salón casi empujada por Nicolás.

—Abuela, es que Rose es muy estricta para estas cosas...

—¿Y a mí qué? Ya podía haber cenado ella, que a este paso cuando me vaya a acostar arrastraré más hambre que Carpanta.

—Abuela, por favor, que está de luto—le decía.

—¿De luto? Pues yo no la veo vestida de negro. Y cuidado con hacer chistecitos que estoy que trepo por las paredes. Vaya tela con las horitas de cenar—se quejaba.

—Abuela, lo del luto es un decir, ese va por dentro.

—En eso tienes razón. Yo tampoco me lo puse nunca y a mi hija bien que la sentí, pero bien... A tu abuelo un poco menos, la verdad, aunque también se echó en falta en la casa—le explicaba con su habitual naturalidad.

Adam le iba traduciendo a su madre, pero solo aquello que le convenía, por suerte. Si le llega a contar todo lo que Andrea soltaba por la boca, seguramente hubiéramos tenido que ir a cenar donde Rita la Cantaora, porque esa señora no nos habría dejado sentarnos a su mesa.

De todos modos, su antipatía se hacía notar. El ambiente lo crispaba con su presencia y, por mucho que Paula lo quería disimular, a su suegra no se le alteraba el rictus ni para bien ni para mal, por lo que no fue precisamente un cena agradable.

Lo comenté con ella cuando por fin nos levantamos de la mesa y fui a darle el encuentro.

—Es que Rose nunca ha sido la alegría de la huerta, pero claro, con lo que le ha sucedido ahora, pues menos.

—Pero es que tú no tienes que quedarte al lado de esa mujer, viéndole el careto todo el día.

—Y Adam tampoco, y no tiene más remedio.

—Joder, pero es que Adam es su hijo. Si fuera tu madre, todavía...

—A mi pobre madre le hubiera gustado esto, ella era muy bohemia y pintaba, ¿no te lo he contado nunca?

—Pues no...

—Sí que pintaba, por eso sé que esto le habría encantado. Seguro que cogería sus pinceles y pintaría el mar.

—El sitio es precioso, pero no es el tuyo, Paula. Esto tuvo sentido durante un tiempo, pero ya no—le recordé.

—No insistas más. Como ves, Adam ahora no lo tiene fácil. Con su padre aquí, todo era mucho mejor, pero ahora... Peter era más alegre y eso contrarrestaba el carácter difícil de su mujer.

—Lo de carácter difícil te ha quedado muy elegante, porque tú lo eres, pero esta tía lo que tiene es un carácter endemoniado. He visto muñecas diabólicas que dan menos miedo—le dije y la hice reír.

—No creo que, a un bombero como tú, a un valiente que mira a los ojos de la muerte, le dé miedo esa mujer.

—No creas, no creas—bromeé—. Que la tal Rose, es mucha Rose. No, en serio, a mí lo que me da miedo es que te quedes atrapada aquí.

—Oye, que a mí no me ha puesto una cadena ni nada...

—Da igual, te la has puesto tú solita. No me habías hablado de ella...

—Es que ya te digo que tampoco era tan chungueta, pero la muerte de su marido la ha devastado.

<sup>a</sup>—Vaya por Dios, y este hombre no tuvo otro momento para morir—resoplé.

—Rubén, por Dios...

—Es verdad, es verdad, que él no tiene la culpa. La culpa la tiene este enamoramiento mío, Paula, que no me deja vivir si no te tengo a mi lado.

—No me digas eso. A ti no te van a faltar chicas en tu vida, y menos ahora que encima te has hecho famoso. Nicolás me ha dicho que te ha tirado los tejos hasta una de las azafatas del avión.

—Qué bocachancla. Bueno, pero solo un poquito. Es que resultó ser fan de tu abuela...

—Ya, y también tuya. Venga, que a mí no me engañas, que te tiran fichas por todos lados.

—Y yo me he especializado en esquivarlas. No te engaño, Paula, si he venido hasta aquí es porque te quiero. Las vistas son una maravilla sí, pero hemos cenado fatal, tu abuela tenía razón—la hice reír.

—No tan mal...

—Sí, muy mal, y el mar es precioso, pero si quiero playa, me voy unos días al Caribe y vuelvo como un trozo de carbón.

—Ya, morenito, morenito—me dijo con una sonrisita que me emocionó o, mejor dicho, que me puso tela marinera.

—Esa mirada me gusta—le hice ver.

—¿Qué mirada? Si yo no te he hecho nada. Escúchame, en un rato nos iremos a la cama...

—Por fin una buena noticia, pensé que me costaría más convencerte.

—No me seas mequetrefe. Me refiero a cada uno por su lado.

—Joder, qué plan, ¿y dices que en un rato? La cosa mejora por momentos.

—Sí, aquí es que nos acostamos pronto...

—Ya, como las gallinas. Y me vas a decir que esta es la vida que te gusta. Mira, Paula, yo no quiero decirte lo que tienes que hacer.

—¿A quién quieres engañar? Claro que me lo dices, y a todas las horas.

—También es verdad, en eso tienes razón, pero es que tu vida no está aquí y tú lo sabes.

—Ya viene Adam por ahí, deja la conversación.

—¿Hoy no va a jugar a la consola? Qué lástima...

—No, es que su madre la detesta y él ahora no quiere molestarla.

—Y luego dices que la tía no manda. Manda más que un coronel de artillería si ha logrado quitarle a su hijo el vicio de la consola.

—No, juega en nuestro dormitorio, a espaldas de ella.

—Ya, porque eso es lo mejor que se le ocurre hacer allí, ¿no? Paula, ¡espabila! Si yo te tuviera todas las noches conmigo. Corrijo, cuando yo te tenga todas las noches conmigo...

—¡Calla ya, Rubén!

—¿A quién quieres engañar? Claro que me lo dices, y a todas las horas.

—También es verdad, en eso tienes razón, pero es que tu vida no está aquí y tú lo sabes.

—Ya viene Adam por ahí, deja la conversación.

—¿Hoy no va a jugar a la consola? Qué lástima...

—No, es que su madre la detesta y él ahora no quiere molestarla.

—Y luego dices que la tía no manda. Manda más que un coronel de artillería si ha logrado quitarle a su hijo el vicio de la consola.

—No, juega en nuestro dormitorio, a espaldas de ella.

—Ya, porque eso es lo mejor que se le ocurre hacer allí, ¿no? Paula, ¡espabila! Si yo te tuviera todas las noches conmigo. Corrijo, cuando yo te tenga todas las noches conmigo...

—¡Calla ya, Rubén!

## Capítulo 35



Nos despertamos a las seis de la mañana, porque Rose nos dio en la puerta con los nudillos. Era para alucinar.

—Oye, ¿esta mujer trata así a todos los clientes? Porque le van a poner unas reseñas que tendrá que ir pensando en cambiar de trabajo. Y como humorista no creo que la contraten en ningún sitio, eso también te lo digo—le comenté a Paula.

—No, qué va. Es porque sois sus invitados, y para que desayunemos todos juntos.

—Cuánto honor, qué pena que yo a esta hora tenga hasta cerrado el estómago.

—Venga, que no es para tanto. Yo ya estoy acostumbrada.

—Pero es porque tú estás demostrando tener unas tragaderas tremendas—le respondí.

—¿Qué ser tragaderas? —me preguntó Adam, quien estaba en todos los lados, parecía tener el don de la ubicuidad.

—Lo que hay que tener para estar contigo, digo, paciencia, mucha paciencia, que es lo que tiene tu novia, majó.

—¿Y por qué decir que Paula tener paciencia? No entiendo.

Me estaba tocando la moral. Ella no quería que le contestase, pero él se lo estaba buscando.

—Porque hay que tenerlos muy bien puestos para aguantar a tu madre, chavalote, por eso—le aclaré.

—Por favor, Rubén, tú no te metas en esto—me pidió ella.

—Es que parece que no se da cuenta, y esa mujer crea un clima irrespirable. No lo soporto, es que no lo soporto—

le dije marchándome.

—¿No soportar a mi madre? Pero si madre ser buena anfitriona y llamar temprano para desayunar todos juntos.

—Pues dile a tu madre que se meta el desayuno por donde le quepa, que yo no me amargo el día sentándome a la mesa con ella—le aclaré.

—Ni yo tampoco, que a mí a esta hora no me entra nada, no me entran ganas más que de estrangularla—nos comentó Andrea desde la puerta de su habitación.

—Yo es que apenas he cabeceado todavía el sueño. Menuda pesadilla, se me puso lo del avión en la cabeza y qué nochecita más mala—añadió Nicolás.

<sup>n</sup> —¿Sabéis lo que os digo? Que ahora mismo nos vamos a echar el día fuera, los cuatro—les planteé.

—No, no, que yo tengo que trabajar, no puedo dejar a Adam aquí solo.

—No se queda solo, se queda con su santa madre, y para un día que vas a salir, no creo que te despidan. No caerá esa breva, vaya—le sonreí.

—Vale, está bien, pero no me creéis más problemas, por favor—nos pidió ella.

—¿Crearte problemas nosotros? Si no hablamos por no ofender. Venga, mi niña, ponte guapa, que ha venido tu novio a verte, como en la canción de Niña Pastori—le sugirió Andrea.

—Abuela, ¿qué estás diciendo? Mi novio es Adam, y él ya estaba aquí.

—Anda, no me hagas reír, ¿ese monigote es tu novio? Si tiene menos sangre que un manojo de acelgas. Lo único que me faltaba por ver es lo enmadrado que está, no le falta un detalle. A arreglarte, niña.

Paula negaba con la cabeza cuando salimos del precioso hostel, porque lo cortés no quita lo valiente y bonito era un rato largo. No más que ella, claro, que tenía el guapo subido, como se suele decir. Eso o que mis ojos la veían más bella por momentos en aquel espectacular escenario.

—Y luego diréis que Adam no es bueno, no ha chistado porque salga y eso que no nos falta el trabajo—le defendía ella.

—Es que no tendrá valor, para una vez que viene a verte tu familia, niña.

-

—Abuela, que se os ve el plumero a todos. Si yo fuera él, habría colocado el cartel de “Completo” nada más verlo aparecer. Y encima está tan contento.

—¿Y tú? ¿Tú estás contenta, hija? Porque a los demás se la podrás dar, pero a mí no. Yo te veo como un alma en pena, Paula.

—Que no, abuela, es que la muerte de Peter nos ha afectado a todos mucho, pero que yo estoy bien.

—¿Tú qué vas a estar bien? Si vivir al lado de ese cantamañanas tiene que ser como la muerte a pellizcos—opinó ella.

—¿Es que solo yo me doy cuenta de que Adam es un buen hombre y merece mi respeto?

—No le estás respetando, Paula, porque si lo hicieras le dirías la verdad—opinó su abuela.

Aún no habíamos desayunado, pero ella debía estar hartita ya, entre lo que nos escuchaba a unos y a otros.

—Es verdad, Paula, en eso tiene razón tu abuela. Si fuera un hombre de verdad querría saber y no que ese ganso está mirando adrede para otro lado—intervino Nicolás.

—¿También es un ganso? ¿Se os ocurre algún otro insulto más para él? Yo no es por nada, ¿eh? Solo es por saberlo.

—A mí se me ocurre también pazguato, ahora que lo dices—apunté aun a riesgo de que me dijese una fresca.

—Estáis todos locos....

—No, no estamos locos, ¿qué opinaría tu novio si supiera que te acostaste con Rubén y que pensabas dejarle aque día? —le preguntó Nicolás.

—¿Tú también sabes que nos acostamos? Por Dios bendito, ¿hay alguien en este mundo que no lo sepa? —se quejó.

—Creo que tu suegra no lo sabe, pero yo estaría encantada de contárselo con tal de que ella misma acabase con esta farsa—le indicó Andrea.

—Ni se te ocurra, ¿eh, abuela? Bastante disparate es que hayáis venido hasta aquí para tratar de convencerme, como para que encima os metáis así en mi vida. Eso es que ya no pienso consentirlo—nos aseguró.





## Capítulo 36



Yo estaba dispuesto a hacer lo que hiciese falta, hasta colarme esa noche en su habitación y llevármela a la mía, si era necesario, porque no podía soportar tenerla al lado y notarla tan distante.

No era una distancia real, porque observaba la pena con la que me miraba cuando creía que no la veía. La muerte de Peter le pilló en el peor de los momentos. Ella sabía muy bien lo que era pasarlo mal y no se planteaba abandonar a Adam en un momento tan complicado.

En cuanto a mí, lo que llevaba fatal era tenerla tan cerca y no poder hacerla mía.

Al menos, debía agradecerle a Adam que accediese de buen grado a que Paula viniese con nosotros ese día. En realidad, era lo mínimo que podía hacer, porque igual su abuela ya no volvía por allí y lo lógico sería que conociese alguno de aquellos maravillosos parajes de la mano de su nieta.

Saliendo de Clovelly nos encontramos con unos cuantos burros en sus adoquinadas calles, que hicieron las delicias de Nicolás, quien los acarició.

—Qué animalitos más nobles y buenos—les decía.

—Sí, ya los utilizan para dar paseos a los niños y poco más, para tomarse fotos con ellos, no como antiguamente, que servían para numerosas labores, son más bonitos—nos contaba ella.

Paula tenía un enorme corazón, un corazón tan grande que le había jugado una mala pasada en aquella ocasión, metiéndose ella solita de nuevo en una trampa que, una vez más, la apartaba de su abuela y también de mí, en ese caso.

—Sí que son bonitos. Oye, y si transportan a niños, también podrían darle un paseíto a mi Andrea, que no tiene mucho más tamaño que un crío—le decía Nicolás, tan cariñoso como se mostraba con ella.

—Y otro a ti, que no eres más grande. Nos hemos quedado ya los dos consumidos—le contestaba su novia, que n

tendría mucho cuerpo, pero sí que derrochaba arte y gracia.

Desde que nos montamos en el coche, Paula me dejó clara su postura de mantenerme a raya. Yo le notaba el malestar, no se sentía bien con nada de lo que hiciese, lo cual resultaba más que comprensible.

Decidimos hacer un bonito recorrido en coche. Más que nada, porque allí había rutas de senderismo de una belleza sobrecogedora, pero no eran aptas para ser recorridas por un par de octogenarios como aquellos que, por fortuna, nos acompañaban.

Por esa razón, nosotros las subidas y las bajadas las hicimos sobre cuatro ruedas, asistiendo al espectáculo de los inigualables paisajes y los escarpados acantilados, con unas sublimes vistas al mar.

De entre los muchos lugares que vimos ese día, puesto que Paula se reveló como una gran guía turística, destacaría la aldea de Cockington, un lugar ciertamente original que parece más haber salido de una novela de Tolkien que una aldea real.

Sus ideales casitas, con tejados de paja, bien podrían servir de morada a los *hobbits* de “El señor de los anillos”, como muchos señalan y como también nos comentó Paula.

—Pero si son monísimas, y esto no tiene que ser ni caro. Si no fuera porque yo estoy encantada en mi casa, me hacía con una de estas—decía entusiasmada Andrea, quien nunca tuvo oportunidad de viajar y, por tanto, se mostraba como niña con zapatos nuevos en aquellos parajes de ensueño en los que nos tomamos innumerables fotos.

Yo no me tengo por un pulpo, aunque no me resistía a acercarme a Paula. Desde que compartí cama con mi amada aquella noche era superior a mis fuerzas el no tratar de acortar distancias con ella e incluso tocarla, a pesar de que no pasara de echarle el brazo por encima del hombro o similares.

Yo la notaba temblar cuando eso sucedía y, entonces, el corazón me latía tan fuerte que me resultaba incontrolable.

Adam no la molestó en todo el día, ni siquiera con una llamada.

—¿Lo veis? Si es un santo, me deja hacer, no me pide explicaciones de nada—se excusaba ella y solo nos faltaba abuchearla. Nadie decía que fuese malo, pero sí que su historia ya estaba caducada.

Yo entendía a la perfección que él deseara retenerla a su lado a toda costa. Tampoco yo habría querido perder a una pareja así. Pero entonces, ¿por qué no hacía más por ella? Es que parecía imbécil, mostrándose manso como un corderito con su madre y sin levantar la voz por su chica.

Mientras pasaba el día a su lado, me planteaba que yo no dejaría que nadie le hablase mal ni la menospreciase, y lo cierto era que, lo pintaran ellos como lo pintasen, la déspota de Rose los trataba a todos con la punta del pie, y su nuera no constituía una excepción.

Me reventaba pensarlo y, si con ganas llegué a Clovelly de marcharme de allí con Paula a mi lado, esas ganas no hacían más que crecer conforme pasaron las horas.

Paula no quería ni escucharme hablar, si bien no podíamos quedarnos demasiado tiempo y yo necesitaba poder jugar mis cartas, sacar la artillería pesada y llevármela de allí.

Al final de la tarde recalamos por el hostel y a Rose le llegaba la cara a los pies. Según nos explicó su hijo, le había parecido una falta de educación que no la acompañásemos en la cena, como si ella disfrutase de nuestra compañía, cuando parecía menospreciarnos.

—Que le den, que yo esta noche no ceno por lo menos hasta las diez, solo para jorobarla—decía Andrea.

—A esa hora estará más que cerrado el comedor, abuelita. No será posible.

—Pues nos vamos otra vez a la calle, pero a mí esta cara lánguida no me hace entrar por el aro de lo que a ella le dé la gana por muy amargada que esté, niña.

—Es por su reciente viudedad, abuela, hay que compadecerla.

—¿Y por eso disfruta torturándonos a todos? Para eso que se ponga música tecno de esa rara, que yo por del <sup>a</sup>reguetón todavía paso, pero lo otro me parece una tortura—nos decía.

Estaba puesta en todo. Por cierto, que yo también estaba puesto, pero de otro modo. Esperaría a que Adam se durmiese y luego llamaría a Paula por la ventana para que bajase al jardín, en el cual me quedé tras la cena haciendo tiempo.

Mientras pasaba el día a su lado, me planteaba que yo no dejaría que nadie le hablase mal ni la menospreciase, y lo cierto era que, lo pintaran ellos como lo pintasen, la déspota de Rose los trataba a todos con la punta del pie, y su nuera no constituía una excepción.

Me reventaba pensarlo y, si con ganas llegué a Clovelly de marcharme de allí con Paula a mi lado, esas ganas no hacían más que crecer conforme pasaron las horas.

Paula no quería ni escucharme hablar, si bien no podíamos quedarnos demasiado tiempo y yo necesitaba poder jugar mis cartas, sacar la artillería pesada y llevármela de allí.

Al final de la tarde recalamos por el hostel y a Rose le llegaba la cara a los pies. Según nos explicó su hijo, le había parecido una falta de educación que no la acompañásemos en la cena, como si ella disfrutase de nuestra compañía, cuando parecía menospreciarnos.

—Que le den, que yo esta noche no ceno por lo menos hasta las diez, solo para jorobarla—decía Andrea.

—A esa hora estará más que cerrado el comedor, abuelita. No será posible.

—Pues nos vamos otra vez a la calle, pero a mí esta cara lánguida no me hace entrar por el aro de lo que a ella le dé la gana por muy amargada que esté, niña.

—Es por su reciente viudedad, abuela, hay que compadecerla.

—¿Y por eso disfruta torturándonos a todos? Para eso que se ponga música tecno de esa rara, que yo por del reguetón todavía paso, pero lo otro me parece una tortura—nos decía.

Estaba puesta en todo. Por cierto, que yo también estaba puesto, pero de otro modo. Esperaría a que Adam se durmiese y luego llamaría a Paula por la ventana para que bajase al jardín, en el cual me quedé tras la cena haciendo tiempo.

## Capítulo 37



Le lancé unas piedrecitas a su ventana, como en las pelis, y ella abrió.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —susurró porque la altura era la de un primero y se escuchaba bien, por bajo que hablase.

—Llamarte para que des un paseo conmigo, solo eso. La noche está espléndida.

—Tú no quieres pasear, yo sé muy bien lo que quieres.

—Lo mismo que tú, por eso lo sabes así de bien, ¿bajas o subo yo por ti?

—Que no, que ya te he dicho muchas veces que no puede ser.

—Maldito oído, ni idea de lo que me dices—me hice el tonto—. Vale, que suba, ¿no?

—No, no, que ya bajo yo...

Lo hizo enseguida, con la intención de echarme la bronca.

—¿Es que te has vuelto loco? Me vas a buscar la ruina. Alguien podría vernos y, si llegara a los oídos de Adam... Pobre mío, sería lo que le faltase.

—Calla, calla—le pedí.

—Claro, me callo y ya no te digo nada, saliéndote otra vez con la tuya. Ya está bien, hombre.

—Que no es eso, Paula. No estoy loco, oigo voces.

—Pues igual no es locura, pero sí algún tipo de perturbación, ¿tú has ido al psicólogo?

—Que no, que las oigo aquí en el jardín...

—Pero si están todos acostados, no puede ser.

—¿No? Tú pon la oreja...

—Ya, y así me entretienes y me robas un beso, ¿no? Qué cuco tú. Ay, no, que es verdad, ¿quién anda ahí?

—Pues mira tú por dónde, si es la simpática de tu suegra—le comenté tras comprobarlo—. Y no está sola.

—¿Adam ha bajado también?

—Qué va, ese sí que es duro de oído, no se entera de nada, debe estar en el séptimo sueño.

—Pues tú da gracias de que no se entere, ¿y quién es ese hombre que está con Rose? No lo conozco.

—Pues no lo sé, pero ella sí que debe conocerlo, más que nada porque va a comerle todos los morros.

—No, eso no puede ser...

—Qué va, es que yo estoy tarado perdido. Si tengo alguna tara, es mental y me la está provocando tu negativa a volver conmigo, pero la vista la tengo que ni un búho.

—A ver, a ver... ¡Es verdad! Se están besando.

—¿Esa es la viuda tan apenada? Según tú, su mala leche se debe a eso. Pues anda que...

—No puede ser. Yo misma he visto cómo se le agriaba el carácter...

—Pues menos mal que tiene un amante que, si no, cualquiera la aguanta. Yo de ti iba cogiendo la maleta, que no sé cómo le sentará a Adam lo de tener un padrastro y en las cosas de familia mejor no meterse.

—Qué bobalicón eres...

—Calla, calla, que andan de confesiones.

—Espera, que yo los entenderé mejor—se ofreció a traducirme.

No pudo hacerlo, no cuando sus ojos se comenzaron a agrandar y ella contenía la respiración, no dando crédito a eso que escuchaba.

—¿De qué va todo esto? —le pregunté cuando por fin se marcharon.

—Ese tipo es su amante y ella le estaba diciendo que a Peter se le está bien empleado por haberse largado con otra, que ojalá hubiera tomado ella la determinación primero y que así no se sentiría como una pringada.

—¿Su marido no está muerto?

—Por lo visto no... Pero si a Adam le dijeron que...

—Que estaba más tieso que la mojama, aunque él no llegó a tiempo al entierro.

—No, porque se puso malísimo. Por eso no llegamos a tiempo...

—Espera, espera un momento.

—¿Por qué pones esa cara? No me vayas a decir que crees que Adam sabe algo de esto y me ha mentado para que no me apartase de su lado.

—Pues sí te lo voy a decir, ¿encontraron algún motivo para esa taquicardia suya en el hospital?

—Pues no, la achacaron al disgusto.

—¿Adam se droga? —le pregunté totalmente en serio.

—¿Y tú? ¿Te drogas tú? Mira que vaya preguntita... Claro que no.

—¿Podrías ir a echar un vistazo a vuestra habitación?

—¿Qué dices? ¿Qué crees que voy a encontrar?

—Alguna sustancia que podría haberle provocado esa taquicardia que le impidiese viajar antes y así, cuando llegara, ya su padre estaría enterrado.

—Tú estás loco, muy loco...

—¿Y tú? ¿Tienes el teléfono de Peter?

—Claro que lo tengo, pero ¿cómo quieres que llame al teléfono de un muerto? ¿Y si contesta? Ah, claro que no estará muerto—decía nerviosísima.

—Vamos a llamar...

—No, no puedo hacer eso.

—Hazme caso, dámelo. No le vas a llamar tú, que te tendrá fichada, le voy a llamar yo, que mi número no lo conoce.

No me equivoqué. Llamamos con manos libres y ella escuchó la voz de ese suegro suyo que, desde luego, no había vuelto del más allá para atender la llamada. Le habían tendido una trampa e íbamos a desenmascararlos.

Ella subió a la habitación y yo me quedé en la puerta. No encontró drogas, pero sí un extraño medicamento que no le conocía a su novio y que, entre sus efectos secundarios, aparecía la aludida taquicardia.

Lo sacó y asentí con la cabeza. Todo comenzaba a encajar y ella no soportó más, despertando a Adam. Me quedé en la puerta, pero Paula me invitó a entrar con ellos.

—¿Qué es esto, Adam? —le preguntó.

—Ni idea, cariño, ¿qué ser?

Siempre tenía la condescendencia de hablar en castellano delante de nosotros, y esa noche lo hizo igualmente.

—No sé, un medicamento que me he encontrado por el hotel, ¿no es tuyo entonces?

—Claro que no, mi no haberlo visto en mi vida, ¿qué pasa?

—Pasa que estaba en esta habitación, ese detallito lo he omitido, y que con esta mierda te provocaste la taquicardia porque no podíamos llegar a tiempo para el funeral de tu padre, más que nada porque no hay muerto ni hay nada. Tu padre se ha fugado con una mujer porque, por mucho que haya querido disimular delante de los míos, a tu madre no hay quien la soporte, eso es lo que pasa también. Y ella, que es una soberbia, ha preferido decir que está muerto, seguro que llegando a un acuerdo con él. No me mientas porque he escuchado su voz por teléfono hace unos minutos y sé que está más vivo que tú, que parece que no tienes sangre en las venas, por

mucho que yo te haya defendido también, ¿de qué va esto?

—Pues sí, porque mi madre no querer ser una cornuda... Y mí tampoco. Mí saber que te acostaste con bombero esa noche y hablar con mi madre. Ella decir que los dos cornudos, pero que lo arreglaría, que mí no volver hasta que ella se ocupase de todo. Y que mi padre no aparecería más por aquí, que sería como si estuviera muerto de verdad.

—¿Cómo va a aparecer? ¿Para verla a ella? Peter debe estar ya en el Caribe.

—Tu dar en el clavo, padre mío estar en República Dominicana.

—Y deja que siga adivinando, ¿a que está con Diana? Esa chica estaba coladita por tu padre y acabo de atar cabos También se despidió en esos días, qué casualidad.

—Sí, estar con la guarra de Diana. Ella ser una guarra y tú otra, pero como mí querer a ti, pues mí preferir...

—Espera, tú, ¿a quién has llamado guarra? —le pregunté porque el imbécil ese no se iba a columpiar con ella.

—A Paula, Paula ser guarra por acostarse contigo.

—Mira, antes de darte la trompada de tu vida, te diré que ella no se hubiera acostado con nadie si tú le hubieras hecho más caso que a tu puta consola y ahora, ¡a dormir, friki! —le dije antes de que mi puño impactase contra su cara.

Recogimos sus cosas y nos fuimos a la habitación de Andrea y Nicolás, quienes fliparon con las noticias.

—Joder, así que el tonto este lo sabía todo y le vino de perilla la marcha de su padre para contarte que tenía una pena muy grande y obligarte a volverte con él. Pues menos mal que es tonto—le decía Nicolás.

—La madre que parió al tonto, bien que nos ha enredado, ¿le has dado en condiciones, mi superhéroe? —me preguntó ella.

—Con todas mis ganas, Andrea.

¡—Vale, entonces de ese no me dará tiempo a despedirme, que estará frito, aunque me voy a despedir de su señora madre, que ese gustazo sí que me lo dará.

Andrea la esperó en el *hall* del hostel, adonde ella llegó con la sonrisa en la cara tras despedirse de su amante.

—De manera que aquí se desayuna, se almuerza y se duerme a la hora que a ti te da la gana, porque tú tienes una vida más recta que ese palo que parece llevar siempre metido en el culo, ¿no? Paula, traduce, y rapidito—le pidió.

La cara de la otra era un verdadero poema cuando lo hizo.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué me acusas?

—De ser una liante que ha movido los hilos para que su hijo se volviese a traer aquí a mi niña Paula. Normal, si es una joyita, encima de que casi ni la miras... Ella a sacarte trabajo y a hacer feliz al friki ese, que lo has educado para que no valga para nada... Y mientras tú, amargada perdida por los cuernos de tu marido, a joderle la vida. Y eso que también tienes un amante, anda que si no lo tuvieras... En fin, que a mí me importa una mierda todo este sainete, pero que no quería perder la oportunidad de contarte en primera persona que mi nieta se vuelve conmigo a España. Ah, y que ella también sabe poner cuernos, aunque de eso estás tú ya enterada, que tu Adam te lo cuenta todo. Mi Paula ha descubierto el amor por fin, y tu hijo ya nada tiene que hacer al lado de un hombre de verdad como es Rubén, con quien yo he querido liarla desde el primer momento. Pero me ha costado, ¿eh? Ah, y otra cosita, que las habitaciones no os las vamos a pagar y que espero que no llames a la policía porque no creo que te guste que airee todos tus tejemanejes. Al fin y al cabo, yo ahora tengo un montón de seguidores que estarían encantados de saber cómo ha seguido el culebrón aquí en Clovelli. Por cierto, el local muy bonito, pero la atención una mierda, salvo por mi niña Paula y por esa otra chica, la granadina, a la que será mejor que trates bien porque, como me dé una sola queja, nuevo Roma con Santiago y aquí no pone un pie más ni Dios, ¿me has entendido?

La entendió a la perfección porque, por muy soberbia que fuese, giró sobre sus talones y no nos contestó nada. La maldades se pagan y aquella tipa quiso aprovechar lo que le había pasado para poner contra las cuerdas a su nuera

Ella sabía muy bien lo que le dejábamos colgado, porque por mucho que dijese Paula, lo único que hizo Adam fue aprovecharse de ella y, si él la cuidó, fue en su propio provecho, para mantenerla a su lado, pero no vaciló a la hora de tratar de retenerla con engaños.

La verdad termina saliendo a la luz, y si no es antes, es después. Una casualidad nos llevó hasta ella muy pronto y eso sí que fue providencial, ya que aquella mentira podría haberse mantenido en esa familia durante años, muchos años.

Paula no se lo merecía y yo di gracias al universo por haberles quitado la careta a aquellos dos. A la madre, al menos, se la veía venir, pero el hijo era especialista en parecer tonto e ir haciendo la puñeta por la espalda.

Aún dormía cuando nos largamos del hotel, felices y entre risas. Paula demostrando una lealtad a prueba de bombas y eso, una vez más, decía mucho a su favor.

s

a

l

s

..

e

i

## Capítulo 38



Ya estábamos de vuelta en España y ella se mostraba totalmente feliz. Llegamos la siguiente noche, tras un día intenso en el que logramos billetes de avión de chiripa, pero en el que todo se alió para que pudiésemos descansar en casa.

Nicolás llegó hiperventilando de nuevo. Ni infusiones ni pepinillos en vinagre.

—No me subo más en un avión en lo que me queda de vida—se lamentaba.

—Tranquilo, que para lo que te queda en el convento...— se reía Andrea. ...

Yo nunca había conocido a una persona tan dicharachera como esa ancianita ni que se tomase la vida con tanto humor. Me encantaba su forma de echárselo todo a la espalda y también esa otra de hacerle frente a cualquier avatar sin ni siquiera pestañear.

Paula le sonrió cuando llegamos y les ayudamos a subir.

—Bueno, abuelita, yo...

—Tú no me tienes que dar ninguna explicación, ya te puedes ir volando con mi superhéroe. Solo te pido una cosa que no tengo el más mínimo pensamiento de marcharme de este mundo sin conocer a mis bisnietos—le advirtió—. Así que ya tienes faena por delante.

—Abuela, eres única.

—Venga, ¿qué estás haciendo ahí todavía? Que Rubén te está esperando y yo también tengo que pelar la pava con Nicolás, no sea que estire la pata con lo aprensivo que viene y me quede sin mi último repaso—rio con ganas.

Yo también le di un beso antes de tomar a Paula por la cintura, con el máximo de orgullo, para llevármela a casa.

—A ti no te digo nada porque sé que la vas a cuidar como ella se merece—me dijo haciéndome una carantoña—. Sabes que siempre te digo que eres mi superhéroe, pero en realidad eres mucho más que eso—se puso profunda y se le notaba—. Eres una especie de ángel de la guarda y obvio que no solo para mí, sino también para mi niña Paula, la persona por la que yo daría la vida. Y ahora cuento con la tranquilidad de que tú también la darías. Eso no tiene precio, Rubén, y solo por eso, te tengo que querer... Tú no sabes cuánto te quiero ya—me dijo.

—Andrea, mi bella dama, tú eres muy, muy especial también para mí, ¿lo sabes?

—Pues claro que lo sé. Si soy una mujer de las que deja huella. Ya sabes que, si me hubieses pillado con un porrón de años menos...

—¿Entonces no habrías estado conmigo, Andreíta? —le preguntó Nicolás, de lo más tierno.

—Tú no quieras saber tanto, anda, y métete para dentro no sea que te me resfries, que es lo único que te falta—rio

Nos marchamos a casa y, nada más entrar, la cogí desde atrás, fuerte, fuerte por la cintura.

—Ahora este también será tu hogar y quiero que sepas que me dejaré la piel en que seas feliz aquí, mi niña—susurré en su oído.

—Pues entonces, empieza por regalarme un trocito de felicidad—me pidió ella, tirando de mi mano y llevándome hacia la ducha.

Me había leído el pensamiento. Yo también tenía previsto comenzar a desvestirla y meterla bajo el chorro de agua lo mismo que hice yo mismo.

Antes de ocuparme de mi propia higiene, tomé una manopla y, tras mojarla enterita (me flipaba verla así, incluso con el pelo chorreando y de lo más natural), comencé a recorrer cada recodo de su piel con mimo.

:

Si algo tenía claro en ese momento es que no había ninguna prisa, que no quería precipitar nada en una noche que estaba predestinada a resultar mágica, puesto que sería la primera vez que pudiésemos amarnos sin reservas y sin condiciones, y eso es algo que no tiene precio.

De lo más sexy, mientras yo me fui agachando para seguir masajeándola con la manopla, colocó una de sus piernas sobre mi hombro y, lanzando un primer gemido, me invitó a sumergirme en esa parte de su cuerpo en la que estaba deseando hacerlo.

Así, comencé a explorarla con la manopla mientras que esos gemidos iban a más, deseosa de que continuase con una exploración que a mí me resultaba tan estimulante como a ella.

Cuando quieres de verdad a alguien, pones el alma y la vida en hacerlo vibrar como yo deseaba que ella vibrase para mí, emitiendo uno tras otro esa serie de gemidos que me llevaba al límite y que me endurecía mientras terminaba con esa maniobra y dirigía el chorro de agua hacia todos los rincones de su cuerpo, con la intención de retirar el gel de baño de su delicada y aterciopelada piel y de demostrarle a la vez lo bien que se me daba jugar con esos chorros de agua que, certeramente, apuntaban a sus zonas más erógenas, provocando que el calor se fuese adueñando de su interior y que su boca comenzase a contarme lo mucho que deseaba que continuase dándole generosas dosis de placer.

Cuando ya la tuve a punto de caramelo, chillando para que la penetrase, me aseé con rapidez y, tras secarnos, la llevé a la cama.

Deseaba penetrarla más que nada en el mundo, pero antes quise detenerme en ese clítoris suyo, al que la ducha erótica tanto había estimulado, para demostrarle aquello que mi lengua estaba a punto de hacerle.

No puedo describir el sabor de Paula, solo decir que no me parecía de este mundo y que, rabiosamente sexy como aparecía ante mí, prometía empacharme de ese sabor que no encontré en nadie más y que bien podía haber sido creado especialmente para excitarme hasta niveles que a mí mismo me sorprendían.

Supongo que, cuando ya vienes de vuelta de muchas cosas, valoras mucho más otras... Y Paula no solo me sabía a sexo salvaje, sino también a amor, a ternura, a compromiso, a instinto de protección... Paula me sabía a todas aquellas cosas que yo tanto disfrutaba entregándole a la mujer que amaba, porque había sabido enamorarme en un corto espacio de tiempo.

↳ Cuando saqué la cabeza de su entrepierna, con su esencia en mi lengua, solo podía pensar en penetrarla, en hacerle el amor hasta que ella me anunciase que no podía más, cosa para la que aún faltaba un buen número de horas porque aquella noche tuve la oportunidad de amarla sin ser preso del reloj ni de una mirada que me recordase que debía acabar porque la esperaban.

Paula ya no se iría, nada la condicionaba porque ella anhelaba quedarse tanto como yo que se quedase. Así me lo confirmó cuando terminamos y nos quedamos abrazados, increíblemente contentos y cansados sobre unas sábanas que ya me olían a ella, porque el perfume de mi chica me resultaba el más embriagador del mundo. Nunca podría cansarme, puesto que ese olor me daba vida, una vida que disfrutaríamos a dúo y que no había hecho más que comenzar.

Cuando quieres de verdad a alguien, pones el alma y la vida en hacerlo vibrar como yo deseaba que ella vibrase para mí, emitiendo uno tras otro esa serie de gemidos que me llevaba al límite y que me endurecía mientras terminaba con esa maniobra y dirigía el chorro de agua hacia todos los rincones de su cuerpo, con la intención de retirar el gel de baño de su delicada y aterciopelada piel y de demostrarle a la vez lo bien que se me daba jugar con esos chorros de agua que, certeramente, apuntaban a sus zonas más erógenas, provocando que el calor se fuese adueñando de su interior y que su boca comenzase a contarme lo mucho que deseaba que continuase dándole generosas dosis de placer.

Cuando ya la tuve a punto de caramelo, chillando para que la penetrase, me aseé con rapidez y, tras secarnos, la llevé a la cama.

Deseaba penetrarla más que nada en el mundo, pero antes quise detenerme en ese clítoris suyo, al que la ducha erótica tanto había estimulado, para demostrarle aquello que mi lengua estaba a punto de hacerle.

No puedo describir el sabor de Paula, solo decir que no me parecía de este mundo y que, rabiosamente sexy como aparecía ante mí, prometía empacharme de ese sabor que no encontré en nadie más y que bien podía haber sido creado especialmente para excitarme hasta niveles que a mí mismo me sorprendían.

Supongo que, cuando ya vienes de vuelta de muchas cosas, valoras mucho más otras... Y Paula no solo me sabía a sexo salvaje, sino también a amor, a ternura, a compromiso, a instinto de protección... Paula me sabía a todas aquellas cosas que yo tanto disfrutaba entregándole a la mujer que amaba, porque había sabido enamorarme en un corto espacio de tiempo.

Cuando saqué la cabeza de su entrepierna, con su esencia en mi lengua, solo podía pensar en penetrarla, en hacerle el amor hasta que ella me anunciase que no podía más, cosa para la que aún faltaba un buen número de horas porque aquella noche tuve la oportunidad de amarla sin ser preso del reloj ni de una mirada que me recordase que debía acabar porque la esperaban.

Paula ya no se iría, nada la condicionaba porque ella anhelaba quedarse tanto como yo que se quedase. Así me lo confirmó cuando terminamos y nos quedamos abrazados, increíblemente contentos y cansados sobre unas sábanas que ya me olían a ella, porque el perfume de mi chica me resultaba el más embriagador del mundo. Nunca podría cansarme, puesto que ese olor me daba vida, una vida que disfrutaríamos a dúo y que no había hecho más que comenzar.

## Capítulo 39



Las siguientes semanas fueron de lo más emocionantes. Yo seguía con mi trabajo y el resto del tiempo lo pasaba con ella.

La magia del comienzo lo envolvía todo. Paula se tomó un tiempo para pensar qué deseaba hacer con su futuro, puesto que Andrea no le dejó opción y, salvo una pequeña parte que se quedó por lo que pudiera pasar, puso el dinero que ganó en la tele a disposición de su nieta.

Por cierto, que era para morirse, puesto que su cuenta de Instagram ganaba seguidores cada día y ella no solo subía fotos de su vida cotidiana con Nicolás, sino que había aprendido a posar en plan influencer, y se estaba convirtiendo en un fenómeno social.

Paula aparecía también en ocasiones a su lado, para deleite de su abuela, que presumía de nieta todo lo que podía y más. Para ella fue un tesoro que volviese, y encima viéndola tan feliz como estaba, algo que ambas reflejaban en la red.

En fin, que mi chica no tenía ninguna prisa en tomar una determinación, si bien un buen día me vino diciendo que ya sabía qué quería hacer.

—¿Aparte de dejar que yo te mime? —le pregunté.

—Aparte, por supuesto, que eso se da por sentado—me sonrió.

—Dime, preciosa, ¿hacia dónde quieres que ponga rumbo tu vida profesional? —le pregunté mientras le besaba toda su preciosa cara.

—Pues mira, he pensado que lo que quiero es abrir mi propia agencia de viajes. Se me da bien todo lo que tenga que ver con eso y mi trabajo me apasionaría.

—La parte de la pasión te la compro...

—Me parece bien y, además, eso nos permitirá viajar a buen precio a nosotros también. Me gustaría hacer muchas escapadas contigo, Rubén, que veamos mundo y que en todos esos sitios...

—Que en todos esos sitios comprobemos cómo se nos da lo de hacer...

Es que no podíamos. Daba igual de lo que hablásemos, siempre terminábamos enredados. La química entre ambos era impresionante y el sexo ocupaba un papel primordial en nuestras vidas, al no perder ocasión de disfrutar uno del otro.

Al margen de las cuestiones de cama, que marchaban viento en popa y cada día más, mi felicidad era total al ver cómo se había adaptado a su nueva vida.

En el fondo, Paula siempre quiso volver, aunque la vida se le fue complicando y a punto estuvo de quedarse atada a Clovelly.

A su abuela le pareció formidable la idea de la agencia de viajes, que le sacó una sonrisa que era viva expresión de su felicidad.

—Yo puedo hacerte publicidad, mi niña y, a cambio, tú me regalas algún viajecito, que yo le he cogido gustillo al asunto.

—Pero a Benidorm, ¿eh? A mí no me hagas más coger un avión que todavía me entran fatiguitas cuando me acuerdo—reponía Nicolás y nos partíamos, ya que Andrea lo decía para picarlo.

Ella no estaba para muchos trotes, porque su salud era delicada y, por ese motivo, en su casa se sentía como una reina con los cuidados de él y con nuestras visitas, que eran constantes porque jamás nos olvidaríamos de la mujer que nos daba tanto y que luchó como una jabata porque lo nuestro prosperase.

A Andrea, el negocio de su nieta, aparte de hacer que se pavonease en el barrio contándoselo a todos, le dio vidilla y ella misma la ayudó, hablando con unos y con otros, a encontrar un local que hizo las delicias de Paula cuando lo vio.

A partir de ahí, y dado que el local se encontraba en perfecto estado de revista, todo fue coser y cantar. En breve tendría abierto su propio negocio, un sueño para la chica más bonita del mundo y a la que se le estaban cumpliendo los suyos, uno a uno.

Paula era esa personita por la que yo lo daría todo y, verla feliz, enfrascada en su proyecto y comenzando ya a rozar con la yema de los dedos el futuro que merecía, me hizo ver que el tiempo pone cada cosa en su lugar y premia a aquellos que luchan por salir adelante, poniendo todo su esfuerzo en ello.

El día de la inauguración de la agencia de viajes fue grande para todos. Paula vendía felicidad y los demás con ella. La gente comenzó a responder muy bien desde el comienzo, acudiendo a la pequeña celebración que hicimos y comenzando a interesarse por esos viajes que, con el tiempo, ella terminaría vendiendo como rosquillas.

La vida nos sonreía y tan solo nos restaba un pequeño escollo por salvar que no sería otro que el juicio de Samuel, el cual se celebraría en unos meses... Todo estaba en orden, pero no era un plato de buen gusto tener que pasar por ese trance. No obstante, yo la apoyaría por completo. Paula lo sabía y sería cuestión simplemente de ir a declarar como ya lo hizo en su día, con esa valentía y entereza que caracterizaban a mi niña.

e

:

a

El día de la inauguración de la agencia de viajes fue grande para todos. Paula vendía felicidad y los demás con ella. La gente comenzó a responder muy bien desde el comienzo, acudiendo a la pequeña celebración que hicimos y comenzando a interesarse por esos viajes que, con el tiempo, ella terminaría vendiendo como rosquillas.

La vida nos sonreía y tan solo nos restaba un pequeño escollo por salvar que no sería otro que el juicio de Samuel, el cual se celebraría en unos meses... Todo estaba en orden, pero no era un plato de buen gusto tener que pasar por ese trance. No obstante, yo la apoyaría por completo. Paula lo sabía y sería cuestión simplemente de ir a declarar como ya lo hizo en su día, con esa valentía y entereza que caracterizaban a mi niña.

## Capítulo 40



Los meses fueron pasando y nuestra felicidad creciendo. La agencia de viajes tuvo una formidable acogida por parte de los vecinos del barrio y Paula no podía estar más ilusionada con ese proyecto detrás del cual estuvo Andrea, como tras la mayoría de las cosas buenas que le pasaron en la vida.

Esa mañana, sin embargo, el semblante de mi chica lucía más serio y preocupado de lo normal, puesto que se celebraba el juicio y eso le suponía remover una serie de hechos muy desagradables que ese criminal provocó, llevándola a tener que marcharse lejos.

Lógicamente, no declararía sola, puesto que allí también estaría Lidia, mi ex, con quien no teníamos relación, pero sí la total certeza de que estaría de nuestro mismo lado, al haber sido igualmente víctima de las maldades de ese tipejo.

—Todo va a salir genial, mi vida—le decía yo en aquella mañana en la que percibía que ella precisaba mi apoyo más que ninguna otra. Normal que fuese así. Si hubiera podido ahorrarle aquel mal trago... Pero no podía, solo podía estar con ella y recordarle que podía contar conmigo para todo en el mundo.

Ya en la puerta del juzgado, nos sorprendió ver avanzar a Andrea y a Nicolás, ¿cómo no se nos ocurrió que sería así? Si nuestra Andrea se metía en todos los saraos.

—Abuelita, tú no deberías estar aquí—le comentó ella.

—Yo esto no me lo pierdo por nada del mundo—le dijo del brazo de su fiel pareja, del hombre que también la apoyaba en las buenas y en las malas—. Pienso mirar a ese tipo a los ojos y no sabrá dónde meterse. Un canalla así tiene que pagar por todo el mal que ha hecho—le decía ella.

Ni Lidia ni Paula se acogerían a su derecho de que les colocasen un biombo a la hora de declarar. Se ve que ambas tenían la misma idea que Andrea: mirarle a los ojos en el momento de pronunciar en alto su verdad, de dejar salir todo lo que él les hizo.

Unos minutos después, llegó Lidia y se acercó a saludarnos. Cuando las cosas dejan de doler, y a mí hacía ya tiempo que las suyas dejaron de hacerme daño, las relaciones se normalizan.

—Vamos a meter a ese desgraciado donde se merece, ¿ok? —le comentó Paula mientras que ella asentía.

Lidia llegó sola hasta allí y Paula demostró mucha humanidad pidiéndole que se quedase con nosotros para que no acusara esa soledad.

Caprichos del destino, a ambas las atacó el mismo animal, un animal de esos que, sibilino, van asfixiando a su víctima hasta que ya no pueden más.

El juicio comenzó y, ciertamente, a mí se me hizo un nudo en la garganta tremendo al verle. Era la hipocresía en persona, queriendo hacer ver que no había roto un plato en su vida.

La defensa de Samuel lo tenía complicado porque a él se le fue la pinza en más de una ocasión y dejó sus perlas por escrito. El muy imbécil, había muchas cosas que ni recordaba y que parecieron sorprenderle cuando salieron a la palestra, por lo que quiso argumentar que eran pruebas amañadas, ganándose la reprimenda de la jueza.

En todo momento, tanto Lidia como Paula se vieron muy respaldadas por el fiscal, que puso a Samuel contra las cuerdas, puesto que el caso estaba muy claro.

La declaración de Lidia fue algo más confusa porque los nervios le jugaron alguna que otra mala pasada que el abogado contrario aprovechó para tratar de acorralarla, aunque no lo consiguió. Sin embargo, la de Paula fue de matrícula de honor, sin dejarse dominar por los nervios, y poniendo los puntos sobre las íes a aquel criminal que, viendo su entereza, terminó por perder los estribos por completo. Para desesperación de su abogado, Samuel cantó y él mismo se puso la sogá al pescuezo.

Mi regocijo fue inmenso porque eso suponía el triunfo de la verdad, un triunfo que se materializaría en una sentencia de condena que ojalá no tardase en llegar para dar carpetazo al episodio más turbio de nuestras vidas.

—Has estado sublime—le reconoció Lidia a Paula, pues así fue.

—Tú tampoco lo has hecho nada mal. Gracias por tirar de la manta, porque fuiste tú quien tiró—le recordó.

—De nada. Viendo el tipo de mujer que eres, te lo mereces. Ah, y que sepas que te llevas un gran hombre, Rubén te va a saber cuidar como pocos—añadió antes de darme un abrazo y girarse.

La vida te da sorpresas y yo nunca podría haber imaginado que una situación así se diera.

Andrea y Nicolás se nos acercaron, todavía nerviosos por todo lo que vivimos en la sala.

—Paula, cariño, yo siempre he estado orgullosa de ti, pero hoy... Hoy es que solo me ha faltado abrir ahí dentro las alas como un pavo real, ¿tú has visto el tipo de mujer en el que te has convertido? —le preguntó con lágrimas en los ojos.

o

—En el que tú me has enseñado, abuelita, porque no te olvides de que todo lo que soy te lo debo a ti.

—No, mi niña, tú ya traías buena madera. Tu madre te estará mirando desde ahí arriba, y hoy se sentirá feliz, muy feliz de ver en qué se ha convertido su niñita.

A Paula también se le llenaron los ojos de lágrimas y no era para menos. Andrea siempre solía estar de broma, pero cuando se ponía intensa era de vellitos de punta.

Quise invitarlos a todos a almorzar ese día, un día que era para celebrar en familia.

l

—Otro día, cariño. Hoy, si queréis, os venís a casa, que he dejado yo preparado un bacalao que quita el sentido. E que no estoy para mucha jarana, apenas he descansado esta noche.

—Así que tú no estabas nerviosa, ¿no, abuelita?

—Y cómo no iba a estarlo, mi vida, si sé lo mal que lo has pasado tú a consecuencia de ese desgraciado. Menos mal que ahora tienes a mi superhéroe al lado. Por cierto, ¿se sabe ya algo de mi futuro bisnieto? —nos preguntó cambiando el tercio.

5

—Abuelita, que eso tendrá que esperar un poco, Mira que yo no doy abasto con el trabajo y...

—Es verdad, cariño mío, pero no esperes demasiado no sea que no me dé tiempo a...

—Última vez que dices eso, ¿eh? Te dará tiempo a ver bautizar a tus bisnietos y hasta a verlos hacer la Primera Comunión.

—Ay, hija, Dios te oiga, porque nada me haría más feliz que eso.

—Claro que sí, Andrea, si tú estás hecha una muchachita—le decía Nicolás.

—Sí, pues esta muchachita está hoy que no puede con su alma, pero muy contenta.

—Abuela, ¿prefieres que nos vayamos a casa y vosotros descansáis? —le preguntó Paula.

—De eso nada, mi niña, yo hoy quiero celebrar que, a partir de ahora, todo van a ser alegrías en esta familia, eso es lo que quiero celebrar—le respondió ella de lo más feliz.

—De eso nada, mi niña, yo hoy quiero celebrar que, a partir de ahora, todo van a ser alegrías en esta familia, eso es lo que quiero celebrar—le respondió ella de lo más feliz.

## Capítulo 41



Nos volvimos a su casa y, cuando por fin estábamos entrando en ella, Andrea se dio cuenta de que se había olvidado comprar el pan.

—Deja, abuelita, que ahora mismo vamos nosotros—le comentó Paula.

—No, cariño mío, voy a ir yo porque a la panadera le ha nacido un nieto y quiero felicitarla. Enseguida vengo.

—Yo te acompaño, cariño mío—se ofreció Nicolás.

—¿Tú no decías que llegabas a lo justo? Anda, quédate tranquilo y entra en el baño, que vienes dando saltitos—le comentó ella.

—Es la jodida incontinencia urinaria, que no puede ser más traicionera y me asalta a cada momento—le dijo él.

—Tranquilo, tranquilo, que vuelvo en un periquete, no creas que me voy a ningún lado.

Nos ordenó, porque ella era así de mandona, que pusiéramos la mesa mientras y que la dejásemos tranquila ir a saludar a su amiga la panadera.

Justo en el momento en el que Nicolás, sin dejar de dar esos saltitos, fue a abrir la puerta, vi que tenía un montón de llamadas perdidas, porque se me olvidó activar el sonido del móvil tras salir del juzgado.

—Anda, ¿quién será? —me preguntó Paula.

—¿A ti te han llamado? —le respondí yo.

—Ni idea, porque resulta que con los nervios me he dejado el móvil en casa, amor.

—Vale, pues voy a responder por si nos requieren en el juzgado para algo—le comenté.

Me quedé en el rellano de la escalera un segundo mientras ella entraba con Nicolás y un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver que era el comisario de Policía en persona quien descolgaba.

No puedo explicar por qué lo supe, ya que ni siquiera le escuché. Mi móvil resbaló de mis manos y, corriendo, entré en la casa.

Luego sabríamos que, en una maniobra sublime que hacía años no se veía en la ciudad, Samuel logró escaparse durante su traslado hacia el centro penitenciario en el que cumplía prisión preventiva, y no solo eso, sino que lo hizo portando la pistola de uno de los agentes. Y tras ello, logró colarse en casa de Andrea.

Si saltitos daba el pobre de Nicolás antes, para qué contar los que dio después, cuando se vio encañonado, igual que Paula. No obstante, al verme entrar, aquel criminal empuñó el arma hacia mí, cosa que agradecí al cielo.

—Moved un dedo y me cargo a este chulito que se empeñó en joderme la vida—les advirtió.

Paula y Nicolás no podían ni respirar.

—Deja que ellos se vayan, esto es entre tú y yo—le pedí.

—¿Y que se pierdan la escena? No, esta guarra va a tener que presenciar cómo te vuelo la tapa de los sesos, cabrón—pronunció con la tranquilidad de la que hacen gala aquellos que ya nada tienen que perder en la vida.

—Sabes que eso no es necesario—insistí.

—Pero sí que me dará mucho gusto, tío.

—Deja que se vayan—le repetí avanzando hacia él.

—Mírate, si va a ser que de veras te has creído que eres un puñetero superhéroe. Va a ser que no, va a ser que vas a morir hoy, que es lo que te mereces.

—Ellos no tienen nada que ver con esto, me quieres joder a mí...

—No solo a ti, también a ella, aunque igual lo que hago es matarte a ti primero y luego enviarla también a ella a..

Cometió el error de divagar y de pensárselo demasiado. Juro que no vi la maceta volar hasta que le impactó en toda la cabeza.

Samuel cayó de espaldas y la pistola salió volando, cogiéndola yo en el aire. Con ella en la mano, me volví y entonces vi a Andrea, quien acababa de salvarme la vida, ¿era posible? Y también podía ser que a su nieta, porque nunca sabremos si ese desalmado habría cumplido su palabra de atacarla también una vez hubiese acabado conmigo.

—¿A mi superhéroe me lo vas a tocar tú? Este es intocable, ¿me oyes? —le dijo ella llegando hasta él y con la pierna en alto. No se lio a patadas con ese gusano, quien tenía una brecha tremenda en la cabeza, porque lo evitamos, que si no...

En ese instante escuchamos la sirena de un coche de Policía que avanzaba por la calle.

—A buenas horas mangas verdes, ahora que ya lo ha resuelto todo mi preciosa novia—decía Nicolás mientras iban corriendo al baño.

Miré a Andrea y le di el abrazo de mi vida.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Devolverte el favor, mi superhéroe, eso he hecho. Y no veas si me he puesto contenta—me respondió.

—Andrea, por esto y por todo, tú sí que eres una superheroína—le dije de corazón.

—Yo solo soy una vieja que ya sirve para poquito, hijo.

—¿Eso vas a decir, abuela? Qué puntería, ¿cómo es que te has vuelto? No te ha dado tiempo de llegar a la panadería—le preguntó una sorprendida Paula.

—Pues no, es que la cotilla de Nieves, la vecina, me ha parado para decirme que había visto entrar en el bloque a un tipo muy alterado y me ha dado un pálpito. Así que me he vuelto y, al ver la puerta abierta, he puesto el oído. Por suerte, me funciona lo suficiente para escuchar lo que he escuchado y no me lo he pensado.

—Has cogido la maceta del rellano y le has tirado con ella. Pero abuela, si pesa un quintal, ¿cómo has podido levantarla?

—Hija, porque lo que había en juego era muy gordo. Habría podido levantar el mundo si hubiese hecho falta para salvaros a vosotros. Sois todo lo que tengo y con mi familia no se juega, yo por vosotros mato.

Samuel estaba en el suelo sin opción a moverse, porque yo le tenía encañonado, aunque cuento con la certeza de

que le temía más a ella que a mí. Ese tipo nos las pagaría todas juntas, porque a la condena que ya tenía debería sumarle una nueva por agresión a la autoridad a la hora de huir, intento de homicidio y algunas lindezas más que , multiplicarían su condena por mucho.

Se la había jugado y había perdido. Los agentes se hicieron cruces cuando le vieron en el suelo y en ese estado.

—¿De verdad ha sido usted, señora? —le preguntaban queriéndose hacer fotos con ella.

—Pues claro que sí, voy a hacer un tutorial de esos de tiro con maceta, para enseñar a la gente a defenderse—les contaba de lo más contenta.

—Y capaz que lo hacen deporte olímpico, señora, capaz—le decían entusiasmados y hasta le pedían autógrafos.

Mientras, Samuel se desesperaba.

—¿Me vais a sacar ya de aquí? No estoy seguro con esta aquí a mi lado—se refirió a ella despectivamente.

—Esa es una señora, así que te refieres a ella como es debido—intervine sin dar opción a que lo hicieran ellos, aunque también lo estaban deseando.

Un día más de esos gloriosos que apuntar en el calendario de nuestras vidas, en el que mi bella dama Andrea demostró contar con un arrojo impropio, con un arrojo que la llevó a ocupar por méritos propios muchos titulares, que exhibía entre risas.

que le temía más a ella que a mí. Ese tipo nos las pagaría todas juntas, porque a la condena que ya tenía debería sumarle una nueva por agresión a la autoridad a la hora de huir, intento de homicidio y algunas lindezas más que multiplicarían su condena por mucho.

Se la había jugado y había perdido. Los agentes se hicieron cruces cuando le vieron en el suelo y en ese estado.

—¿De verdad ha sido usted, señora? —le preguntaban queriéndose hacer fotos con ella.

—Pues claro que sí, voy a hacer un tutorial de esos de tiro con maceta, para enseñar a la gente a defenderse—les contaba de lo más contenta.

—Y capaz que lo hacen deporte olímpico, señora, capaz—le decían entusiasmados y hasta le pedían autógrafos.

Mientras, Samuel se desesperaba.

—¿Me vais a sacar ya de aquí? No estoy seguro con esta aquí a mi lado—se refirió a ella despectivamente.

—Esa es una señora, así que te refieres a ella como es debido—intervine sin dar opción a que lo hicieran ellos, aunque también lo estaban deseando.

Un día más de esos gloriosos que apuntar en el calendario de nuestras vidas, en el que mi bella dama Andrea demostró contar con un arrojo impropio, con un arrojo que la llevó a ocupar por méritos propios muchos titulares, que exhibía entre risas.

## Capítulo 42



Cuando las cosas funcionan, funcionan, y por esa razón ni mi amada Paula ni yo quisimos esperar demasiado para darnos el “sí, quiero”.

Todo nos marchaba genial y, siempre que podíamos, nos hacíamos una escapadita romántica por eso de que mi chica era la flamante dueña de una agencia de viajes.

La pedida ocurrió en Venecia, entre canales, montados en una góndola y con ella en mi regazo. Yo ya llevaba el anillo preparado y aquella era la ocasión perfecta.

Cuando Paula lo vio, mientras el gondolero nos regalaba las notas de una romántica canción, casi se va al agua de la emoción, por los muchos aspavientos que hizo.

—Lo interpreto como un sí—le comenté, viendo que era incapaz de articular palabra, entre las lágrimas saliendo de sus ojos y la mucha emoción que la embargaba, qué maravilla.

—Sí y mil veces sí—corroboró cuando por fin arrancó a hablar, momento en el que, tras besarme, les hicimos una videollamada a Andrea y Nicolás para compartir la magnífica noticia con ellos.

—¡Por fin hay boda a la vista! —exclamó la ancianita, quien no dudó en hacer del anuncio una gran fiesta por adelantado que no tardó en publicar en las redes.

En lugar de ir decayendo con el paso del tiempo, Andrea mejoraba como el buen vino, hasta el punto de que incluso los médicos se sorprendieron al comprobar que sus dolencias iban a menos.

—Estoy cada vez mejor, sí señor. Y todo se lo debo al amor, al mucho amor que siento por todas partes—les explicaba ella.

Y no solo al amor, también a lo activa que estaba y a cómo aprendió a manejarse por las redes, ¡si hasta estaba ganando un buen dinerito!

Mi chica y yo comenzamos a planear la boda de nuestros sueños, que no habría de ser una multitudinaria ni nada parecido, sino íntima y romántica.

La celebramos en Navidades, en una fecha familiar que, a partir de ese año adquirió un nuevo sentido para nosotros, aún mucho más entrañable.

Paula se presentó en la iglesia con un precioso vestido de novia, elegantísima, parecía un ángel, con sus mangas largas en encaje y escote cisne. Me la esperaba guapa, pero su visión al entrar del brazo de Nicolás superó todas mis expectativas. También las de él, quien nunca imaginó presumir así de hija camino del altar, pues la consideraba como suya.

Andrea estaba que se salía en un día en el que no dejaba de grabarnos. Lo hizo desde por la mañana, retransmitiéndolo todo. Estaba guapísima también, nunca la vi más contenta que el día que cumplió el sueño de ver casarse a su Paula.

Así se lo contó a sus seguidores a la salida de la iglesia, mientras pétalos de rosas nos cubrían de felicidad a su nieta y a mí.

Fue un día plagado de emociones en el que no faltó ninguno de los nuestros, salvo los que ya no estaban, claro... Por esa razón, Paula pronunció unas bonitas palabras en la celebración en honor a su madre, a quien tanto le hubiera gustado poder asistir. Ese fue el único momento en el que Andrea tuvo que dejar de grabar, presa de la emoción.

Se trató de un día inolvidable, y no ya solo porque nos casáramos nosotros, sino porque nos encontramos con un anuncio inesperado, después de que Nicolás aceptara la propuesta de matrimonio que le lanzó Andrea, con una gracia que no se podía aguantar.

—¿Me concederías el honor de casarte conmigo, mi amorcito? —le pidió ella y él pensó que estaba achispada.

—Calla, calla, nena, que te voy a decir que sí y mañana te habrás arrepentido.

—No estoy borracha, solo contentita. Y sé muy bien lo que te estoy pidiendo—le comentó ella.

—¿De verdad? ¿De verdad? Mira que te voy a decir que sí a la una, mira que te voy a decir que sí a las dos y mira que te voy a decir que sí a las tres, ¡nos casamos! —chilló y, tratando de arrodillarse delante de ella, por mucho que no tuviese anillo que ofrecerle en ese instante, se quedó cogido y casi tenemos que llamar a la dotación para que vinieran a socorrerle.

Sí, sí, eso pasó y contra todo pronóstico, ya que ella después nos contó que estaba ganando un dinerito curioso y

que ya no necesitaba su paga de viuda, por lo que se decidió a darle ese gustazo al hombre que se desvelaba por sus huesos.

Nunca lo hubiéramos imaginado y, en el emotivo momento de la pedida, todos lloramos a moco tendido. Lo hizo hasta mi amigo Diego, ese golfo empedernido que, de momento, no dejaba de serlo y que se pasó todo el día y buena parte de la noche—mientras duró la celebración—, bailando con Beatriz, Sandra y Carmen, las amigas de mi ya esposa.

Allí se dieron cita todos los que nos querían e incluso Carol, la presentadora de la tele, no se lo perdió. También recibimos una sorpresa cuando se nos presentó Olga, la granadina compañera de Paula en Clovelly, quien decía que se volvía para siempre, que ya no soportaba ni a Rose ni al friki de su hijo.

Nos lo pasamos impresionantemente bien en una fecha tan señalada para nosotros, en la que unimos nuestras vidas para siempre.

De sobra nos habíamos demostrado lo que éramos capaces de hacer los unos por los otros y eso solo tenía una lectura: nos habíamos convertido en una verdadera familia.

Ya habíamos celebrado una preciosa boda y otra estaba en camino... Una verdadera sorpresa que llenó más aún nuestras vidas de alegría tras una serie de sinsabores que dejamos atrás para siempre.

El futuro nos sonreía y nosotros le devolvíamos la sonrisa, como quedó plasmado en unas fotografías que son el fiel reflejo de la felicidad que vivimos en un día perfecto, en el primero de nuestra vida como marido y mujer.

que ya no necesitaba su paga de viuda, por lo que se decidió a darle ese gustazo al hombre que se desvelaba por sus huesos.

Nunca lo hubiéramos imaginado y, en el emotivo momento de la pedida, todos lloramos a moco tendido. Lo hizo hasta mi amigo Diego, ese golfo empedernido que, de momento, no dejaba de serlo y que se pasó todo el día y buena parte de la noche—mientras duró la celebración—, bailando con Beatriz, Sandra y Carmen, las amigas de mi ya esposa.

Allí se dieron cita todos los que nos querían e incluso Carol, la presentadora de la tele, no se lo perdió. También recibimos una sorpresa cuando se nos presentó Olga, la granadina compañera de Paula en Clovelly, quien decía que se volvía para siempre, que ya no soportaba ni a Rose ni al friki de su hijo.

Nos lo pasamos impresionantemente bien en una fecha tan señalada para nosotros, en la que unimos nuestras vidas para siempre.

De sobra nos habíamos demostrado lo que éramos capaces de hacer los unos por los otros y eso solo tenía una lectura: nos habíamos convertido en una verdadera familia.

Ya habíamos celebrado una preciosa boda y otra estaba en camino... Una verdadera sorpresa que llenó más aún nuestras vidas de alegría tras una serie de sinsabores que dejamos atrás para siempre.

El futuro nos sonreía y nosotros le devolvíamos la sonrisa, como quedó plasmado en unas fotografías que son el fiel reflejo de la felicidad que vivimos en un día perfecto, en el primero de nuestra vida como marido y mujer.

## Epílogo



*Un año después...*

—¡Vivan los novios! —les chillamos a la salida de la iglesia a esa parejita adorable que acababa de intercambiar las alianzas.

Ni Paula ni yo podíamos ni queríamos disimular la increíble alegría que sentíamos al verlos casarse, y más cuando en el verano Nicolás nos dio un susto de salud que impidió que lo hicieran en la fecha que tenían prevista.

Por suerte, solo fue un bache y el hombre se había recuperado genial. Él siempre decía que gracias a los cuidados de su guapísima enfermera, quien estaba exultante sosteniendo su ramo de novia.

No hace falta decir que el de Paula en su día fue a parar a las manos de su abuela, a esa abuela que fue la siguiente en casarse, regalándonos uno de los mejores días de nuestra vida.

Para entonces, ya Andrea triunfaba a lo grande en las redes y era la influencer de mayor edad y más respetada, por lo que su boda se convirtió en todo un acontecimiento.

Ella no se olvidaba de dónde venía y por eso quiso que su superhéroe, como me seguiría llamando hasta el final de sus días, fuese su padrino. También Paula actuó como madrina de Nicolás.

El papel nos ilusionaba de antemano, pero más aún cuando unos días antes recibimos la noticia que esperamos a darles cuando hubiesen cortado su impresionante tarta nupcial, pues ellos sí que celebraron una boda por todo lo alto.

—Abuelita, abuelito—les comenzó a decir ella, porque ya llamaba a Nicolás de esa cariñosa manera.

—Ay, pillina, que tú tienes algo que contarnos, ¿no me digas que nos regalas un viaje de luna de miel a Nueva York? —le preguntó Andrea, picando a Nicolás, como siempre, que hay cosas que no cambian.

—No, no, a Benidorm, nosotros a Benidorm, mi vida, que como yo me suba en otro avión te dejo viuda.

—No, no es eso, abuelita, es algo más importante aún, ¡os vamos a hacer bisabuelos! —les anunció.

Nunca he visto a Andrea llorar más de la emoción. Miento, sí que la vi, y fue el día en el que Gloria, nuestra hija, vino al mundo, pero esa ya es otra historia. No hace falta decir que el nombre se lo pusimos por su abuela y que Andrea no cabía en sí de gozo cuando se enteró.

Pero, volviendo al esplendoroso día de su boda, recuerdo que nos comió a besos a su nieta y a mí.

—Mi superhéroe, ahora sí que te has superado. Un día entraste por mi ventana, como el ángel que eres, a salvarme la vida. Y sí, me la salvaste, aunque yo no sabía entonces que también venías a hacérmela feliz, muy feliz. Tú me devolviste a mi nieta y ahora, junto contigo, ella me va a dar un bisnieto, ¡te adoro, Rubén!

—Yo sí que te adoro, mi superheroína, ¿o ya se te ha olvidado que tú también me salvaste la vida?

—Menudo macetazo, cariño—recordó Nicolás—. Mira que a veces se me van las cosas de la cabeza, pero esa no se me irá en la vida.

—Ni este día tampoco se te irá. Sobre todo, porque todavía nos queda la noche de bodas—le guiñó el ojo, pícara.

—“Que todas las noches sean noches de boda, que todas las lunas sean lunas de miel” —comenzó a cantar él y todos le seguimos.

En esa preciosa frase de Sabina, se resumían nuestros deseos para esas vidas que con tanta ilusión compartíamos en familia. Una familia que pronto se vería aumentada con Gloria, la niña de los ojos de Paula y míos.

—No, no, a Benidorm, nosotros a Benidorm, mi vida, que como yo me suba en otro avión te dejo viuda.

—No, no es eso, abuelita, es algo más importante aún, ¡os vamos a hacer bisabuelos! —les anunció.

Nunca he visto a Andrea llorar más de la emoción. Miento, sí que la vi, y fue el día en el que Gloria, nuestra hija, vino al mundo, pero esa ya es otra historia. No hace falta decir que el nombre se lo pusimos por su abuela y que Andrea no cabía en sí de gozo cuando se enteró.

Pero, volviendo al esplendoroso día de su boda, recuerdo que nos comió a besos a su nieta y a mí.

—Mi superhéroe, ahora sí que te has superado. Un día entraste por mi ventana, como el ángel que eres, a salvarme la vida. Y sí, me la salvaste, aunque yo no sabía entonces que también venías a hacérmela feliz, muy feliz. Tú me devolviste a mi nieta y ahora, junto contigo, ella me va a dar un bisnieto, ¡te adoro, Rubén!

—Yo sí que te adoro, mi superheroína, ¿o ya se te ha olvidado que tú también me salvaste la vida?

—Menudo macetazo, cariño—recordó Nicolás—. Mira que a veces se me van las cosas de la cabeza, pero esa no se me irá en la vida.

—Ni este día tampoco se te irá. Sobre todo, porque todavía nos queda la noche de bodas—le guiñó el ojo, pícara.

—“Que todas las noches sean noches de boda, que todas las lunas sean lunas de miel” —comenzó a cantar él y todos le seguimos.

En esa preciosa frase de Sabina, se resumían nuestros deseos para esas vidas que con tanta ilusión compartíamos en familia. Una familia que pronto se vería aumentada con Gloria, la niña de los ojos de Paula y míos.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.*

*Con mucho cariño,  
Manu y Alma.*

**Redes sociales:**

*Facebook:*

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

*Instagram:*

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

*Twitter:* @ChicasTribu

*Amazon:*

<http://relinks.me/ManuPonce>

[relinks.me/AlmaFernandez](http://relinks.me/AlmaFernandez)

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.*

*Con mucho cariño,  
Manu y Alma.*

**Redes sociales:**

*Facebook:*

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

*Instagram:*

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

*Twitter:* @ChicasTribu

*Amazon:*

<http://relinks.me/ManuPonce>

[relinks.me/AlmaFernandez](http://relinks.me/AlmaFernandez)